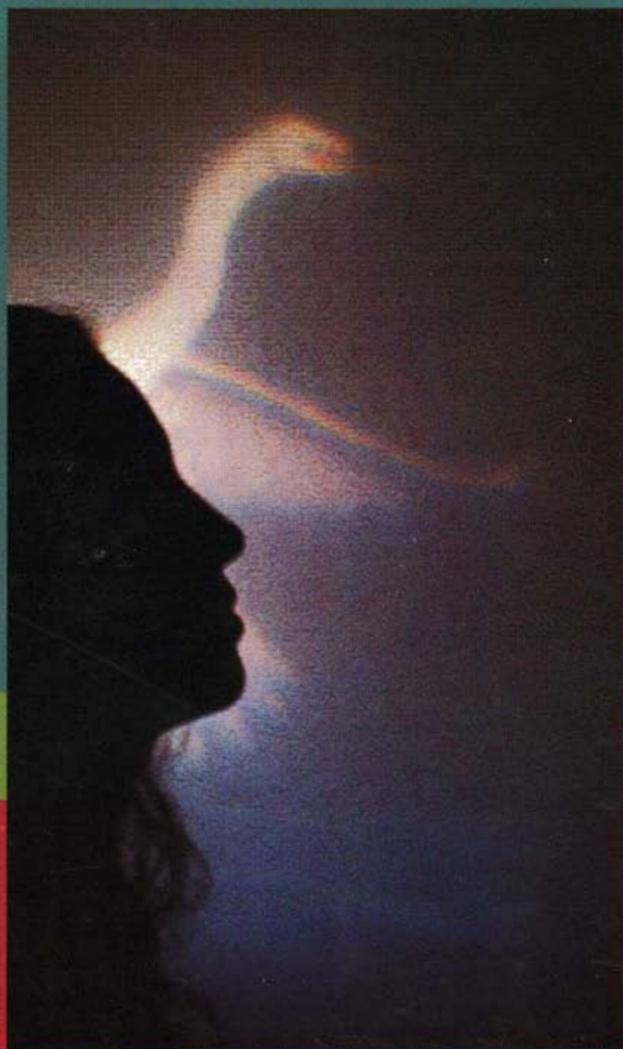


Carmen Naranjo  
*Incluye prólogo de Yadira Calvo*

# Más allá del Parismina



Colección **Sulayom 1**  
Uruk Editores

MÁS ALLÁ DEL PARISMINA

A Vicky Borlós, me gustaba hijo  
y ángel iluminador de mi obra

Carmen  
29/5/04

Carmen Naranjo

# Más allá del Parismina

**URUK**  
EDITORES

Colección Sulayom N° 1  
Uruk Editores, S.A.  
San José, Costa Rica  
2004

863.6 Naranjo Coto, Carmen  
N2183m Más allá del Parismina / Carmen Naranjo  
Coto ; Yadira Calvo, prologadora. – San José : Uruk  
Editores, 2004.  
118 p. –(Colección Sulayom)

ISBN 9977-952-12-4

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA  
COSTARRICENSE I. Calvo, Yadira, prologadora. I I. Título

Primera edición de Uruk Editores: 2004

© Uruk Editores, S.A

Calle Los Olmos N° 164. Lomas del Sol.

Curridabat, San José, Costa Rica.

Teléfono: 393-0561

Correo electrónico: [ocr@urukeditores.com](mailto:ocr@urukeditores.com)

Internet: [www.urukeditores.com](http://www.urukeditores.com)

*Prohibida la reproducción total o parcial por medios mecánicos,  
electrónicos, digitales o cualquier otro, sin la autorización escrita del  
editor. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.*

Este libro recibió el apoyo del CERLALC, dentro del Programa  
de Formación y Asistencia Técnica a Editores Centroamericanos.

Dirección editorial: *Óscar Castillo Rojas*

Fotografía de portada: *Mayela López Corrales*

Impresión: *Servicios Litográficos Mario Peralta*

San José, Costa Rica

# Índice

PRÓLOGO

UN LUGAR DE MUJERES

MÁS ALLÁ DEL PARISMINA . . . . . 7

Primera parte . . . . . 13

Segunda parte . . . . . 77

Tercera parte . . . . . 105

# PRÓLOGO

## UN LUGAR DE MUJERES MÁS ALLÁ DEL PARISMINA

*En la presente novela hay dos elementos fundamentales y profundamente entrelazados. El primero consiste en los modos en que se percibe a Isabel, el personaje protagónico; el segundo es esa especie de utopía más allá del Parismina que da nombre a la obra.*

*Las percepciones sobre la protagonista son tan opuestas entre sí, que a veces dudamos de que se refieran a una misma persona. Para Miguel, su ex amante, ella es "dulce y buena", "soñadora y bella", "limpia", "noble", "sublime". Su lenguaje se resiente de hiperbolismo, con expresiones como: "Isabel, Isabelita, me invoco a tu pureza y a tu hermosura, a tu aire de gran dama, a tu inagotable fuente de amor casto y sublime"; "gran patrimonio de madre pura y noble". Desde el principio sabemos que Isabel no es ni quiere ser ni parece una gran dama, porque "gran dama" es una concepción patriarcal de lo femenino opuesta a la espontaneidad de este personaje. En el mundo de la realidad de los seres humanos, no existe esa mujer que Miguel anda buscando. Isabel es siempre un ideal que se persigue en vano y lo peor es que él tiene conciencia de eso: "Tengo miedo—declara—, un miedo espantoso de que no coincida tu cara con mi sueño, tus palabras con las que oigo a través de mi silencio, tus gestos libres con las velas de libertad, las que te he puesto en tu ausencia". Cuando al fin un día se vuelven a cruzar los caminos de los*

dos, "ni siquiera se miraron con curiosidad alguna de reconocimiento". Miguel, como Pigmalión, no ama a una mujer, sino una imagen por él creada. Isabel hubiera preferido que amara a la mujer que ella es y no a la que él se inventó. Esta es una de las razones por los cuales, a través de toda la novela, él no la puede encontrar.

La otra razón es el hecho de que no sola esa imagen es falsa, sino que de una manera brutal y sobrecogedora, en todas partes se da topetones con las múltiples voces anónimas, en general masculinas, que encuentra al paso. Estas voces se refieren a Isabel como "basura", "mierda", "diabla", "salvaje", "ortiga brava", "bicho malo que asfixia", "buena para ciertos momentos"; se la compara con una víbora, se la identifica con una fiera, con una harpía, con una hiena; y hasta alguno declara que prefiere acostarse con una terciopelo que con ella. De camino, cuando pregunta por Isabel, la respuesta más frecuente es la que la asocia con el desafiador y la inmoralidad sexual, con calificativos como "hueco", "perra", "devoradora"; se la denomina "conocedora del oficio", "puta de fuego", "puta de las buenas", "refinada en puterías", "monstruo de insaciables cavernas", "mugre de orgasmos gigantescos"... Uno de los hombres anónimos con quienes Miguel se encuentra, dice de ella: "Es de las que no se conforman con los jugos, quiere las mismas entrañas y es capaz de escarbarlas con sus propios dedos, una asesina tendida en una cama, sonriente, burlona retadora", una "cámara de tortura", de desafío incansable, de esas que te roban en un instante el aire y te ahogan y al rato no sos más que un poco de basura, de pura basura" [...] "La carnicería de tu virilidad, la que la parte en pedacitos y te deja sin sexo, sin fuerza, sin saber si sos un híbrido o un muñeco sin ademanes propios".

Dice Walter Benjamín que "cuando la esclerosis del mito amenaza acabar con su potencial de vitalidad, la narración lo reconstruye en un plano mucho más fresco y estimulante, menos referido a los remotos orígenes y más enraizado con la forma más rica de

cotidianidad". Eso es lo que hace la autora de esta novela: enraizar el viejo mito de las vaginas dentadas, en el mundo de las realidades cotidianas. Por eso sus palabras nos resultan a veces semejantes a lo que en otra épocas llamaban "verdades de loco": "espinosas como erizos de castañas, ásperas como almendras amargas".

El miedo a Isabel se origina fundamentalmente en el hecho de que ella se plantee como libre, y sobre todo libre para elegir su compañía sexual: "Pertenezco al género mujer —declara—, para el que desde hace siglos se ha recetado conformidad, resignación, servilismo y sometimiento a lo que disponga una autoridad superior". Ella es inasible para Miguel y temible para los otros hombres anónimos de la novela, porque sostiene un discurso de igualdad y de libertad: afirma no haber nacido "para compromisos o ataduras". "La disimilitud entre la conquistada y el conquistador —dice en un monólogo— es enorme, nunca alcanza un nivel de igualdad, a pesar de la estrategia del cortejo y de la lisonja". Isabel se autodefine como una "mujer de decisiones [...] muy firme en eso de estar sola por largo tiempo". Por ella sabemos que tuvo varios oficios, todos honorables, que no se dedicó a la prostitución ni instaló burdeles, que no coincide en casi nada ni con la mujer que Miguel busca, y que no coincide en absoluto con aquella de que a Miguel le dan noticias.

Es un hecho que estamos ante una ficción de la novelista, pero es también un hecho que, como señala Mario Monteforte, "lo propio de la literatura es hacernos ver, hacer percibir, hacer sentir algo que alude a la realidad". La realidad que Carmen Naranjo nos hace ver y sentir a través de la metáfora que constituye su obra, es la realidad tal como la percibimos muchas personas, principalmente muchas mujeres, y la solución que ella encuentra se inscribe dentro de lo que se ha denominado la utopía: un "no lugar" en el cual las cosas pueden o deben ser diferentes. En algún pasaje de la novela, Miguel reconoce que "Isabel no estará porque quizás ahí no ha estado nunca y no hay lugar en donde buscarla, sólo él conoce su

sitio y ya no sabe si es en un inexistente pueblo de esa colina, de otra colina o en el puro centro de su corazón". No hay donde buscarla; Isabel va hacia utopía, o para ser más precisa, hacia una de sus formas, a la que las feministas han llamado "ginecotopías": lugares—ficciones literarias— donde las mujeres pueden gozar de todo lo que la sociedad patriarcal les ha venido arrebatando por siglos.

Si el primer elemento fundamental denunciado en esta novela es la incapacidad de nuestra cultura para vernos de otro modo que no sea ángeles o monstruos, el segundo elemento es la ginecotopía: el sueño de un lugar donde se pueda escapar de este tipo de concepciones. Cada vez que concluye una relación afectiva con un hombre, Isabel le deja un papel: "Si me necesitas en algo, me podés buscar más allá del Parismina". Parismina es ese lugar utópico que se plantea como alternativo: una "tierra húmeda y pantanosa, llena de terciopelos, de tortugas, de lagartijas y de iguanas, hasta de blancas garzas que rompen el verde muy oscuro de la maleza amenazante".

A Isabel le han fallado las ataduras emocionales con los hombres: Tempestad fue para ella sólo compañía del camino; ella fue para Mao Chang sólo compañía de un rato, y los dos a quienes más amó eran agresores domésticos: Miguel la golpeaba por celos, Vicente la golpeaba porque sí. El saldo es que ha recibido humillaciones, se ha quedado coja, ha perdido dientes, está marcada de cicatrices. Pero hay también otras razones para soñar un lugar más allá: la idealización de que es objeto por parte de Miguel y la detracción de que es objeto por parte de los demás. En este contexto, ese hipotético lugar "más allá" adquiere una dimensión simbólica y se establece como un espacio de libertad. Por eso, cuando llega a Parismina, ella no se queda en el pueblo, sino que continúa "más allá siempre en busca de un lugar libre" para construir su rancho. El lugar que busca es aquel donde disfrutar "de la musicalidad de las aguas" y donde sentirse "camino al mar." El agua en cualquiera de sus condiciones es universalmente un símbolo de feminidad. Monologando

sobre su relación con Isabel, Miguel se confiesa: "No he dejado de ser un verdugo [...], por eso la lluvia me persigue". Cuando Miguel, a través de la obra, camina en medio de la lluvia, esto es un indicio de que es perseguido por su particular concepción de la feminidad. Por eso la forma en que acaba, sumergido en las aguas, resulta particularmente significativa. En la novela, a ese lugar más allá del Parismina no pudo llegar ninguno de los hombres con quienes la protagonista se relacionó. Por ella sabemos que ellos no van a llegar allí porque cuando le dejó a Miguel el clásico mensaje de "si me necesitás en algo..." se trataba —dice— de "la simple invitación a que se perdiera en la penumbra de la selva y del aguacero". Cuando el acto se repite con los otros hombres, se han repetido las intenciones. Por eso allí sólo pudo llegar Jessie Brown, otra mujer, con lo cual Más allá del Parismina se configura como un espacio femenino, una ginecotopía.

En el último párrafo, admirablemente condensado, se resume el sentido de la novela: "Las aguas ya habían invadido la planta inferior del rancho y se entretenían en socavar los cimientos, así como la base de los horcones." Un zapatazo insolente del viento (el viento es un símbolo masculino)... "un zapatazo insolente de viento rompió la puerta, pero ellas no le dieron importancia..." Es una atmósfera de tormenta, y en el rancho azotado por la tempestad, hay dos personas, Isabel y Jesie, libres de miedo, convencidas de que "no hay ningún remedio mejor que el cariño". Más allá del Parismina es el lugar simbólico donde la agresión del patriarcado ya no la alcanza; donde no la alcanza la imagen de dama pura y noble, ni la de ramera insaciable. Allí, finalmente, ella se encuentra libre para ser quien es.

Yadira Calvo

# Primera parte

Quizás la lluvia, persistente hasta el dolor de la humedad, insaciable buscadora de la planicie del agua, o aquella tormenta lejos-cerca y alcanza apenas para contemplar por segundos el lustre espeso de la arboleda y del camino. Ese camino mitad lodo, mitad pozos de hojas danzantes, charcos que caricaturizan figuras densas y desfiguras vacías. Quizás eso, y aquel buscar ya infinito, lo hacen pensar en el círculo trágico de comienzos y finales cuando ni siquiera se sabe si ha empezado.

Él, el pobre Miguel, porque lástima siente por sí mismo, una lástima creciente como la inclemencia de la lluvia y el azote constante de la humedad. Él, que únicamente buscó salirse de sí mismo y tender hacia los otros, pues nunca creyó que el hombre nace, vive y muere sólo doliéndose de soledad y de ese cultivo infinito de quiero porque me quiero y soy porque me siento y me pienso. Él, el idiota, que le gustó protestar y romper los círculos y querer a los demás, ganar su estimación, vivir para ellos, sentirse útil, darse, compartir un sencillo intercambio de palabras en que hay respuestas y alguna vez una razón de camino o de vida. Él, el tontoneco, que empezó a buscar y seguía buscando porque no quería ser distinto, ni tampoco igual a los otros, y se conformaba con tenerla a ella, a la Isabel.

Así, en el revolver infinito de la lluvia, una vez más fuerte con el viento, otra vez fatigada pero insistente y

perpendicular, siempre entrando con libertad por el cuerpo, como si la tarea de mojar fuera un lema de necia perfección, con un pie ya firme en el fondo del barro y el otro cansado de buscar apoyo, lento, sucio de sudores propios y ajenos, de hojas que se mueven como gusanos, con sensación de mariposas y abejones que se le refugian en los rincones más íntimos, sigue Miguel, sigue el pobre Miguel, con su búsqueda y con su lástima.

La primera luz, luz de vislumbres movedizos en el perfil del agua. Ahí, adelante, tal vez cerca. La luz se apaga y se enciende en un movimiento de perspectivas que juegan a las adivinanzas. Oh conjuro de la lluvia, que llueve por dentro y por fuera, que golpea el corazón y brinca entre los huesos y las venas, que resbala los ojos sobre el horizonte, con la misma imprecisión de pasos falsos, caídas, trapiés, y revela de golpe la presencia radical y armónica de la lluvia absoluta. Los telones sobre los ojos que nos hacen ver y no creer lo que se ve, porque hay un deseo antojadizo de confusiones y una invocación sobrenatural y obligante hacia lo turbio. Dentro de lo impreciso la luz se vuelve sólida, ya no era el agua iluminada por un rayo, la luciérnaga despierta con la avidez de que no termine la noche, el conejo asustado que refleja en lo oscuro la furia escondida en sus eternos ojos de suavidad incolora, ni era la luz del deseo porque el camino es largo y debe terminar, ni el espejismo que ruega fervoroso ser contenido de algo más que reflejos. La luz se fija, todavía titilante, entre las ramas agitadas por el viento y la lluvia.

Miguel extiende un puño duro, agarrotado por el frío. La soledad hace rato le tiembla entre las piernas y cierra en su mano la fuerza de todas las esperanzas. ¿Qué tiene adelante? Pueden ser esos ademanes de peleles indefensos, en la feria burda que desemboca la orgía de los aburrimientos; pueden ser brazos de títeres violentados por la impericia de unos niños que juegan al teatro de las imaginaciones, y se encuentran con la alternativa de repetir lo visto, sin aún

comprenderlo, o desembocar libremente la fuerza del antojo; pueden ser los estilizados ritos del viento y del agua, que se juntan para inventar mecanismos desconocidos y producir químicas de voces, luces y tinieblas; pueden ser las almas en pena de lo que muere en la tierra con los ojos abiertos y en la frente el signo de por qué y para qué.

Ahí está la luz, esa luz que no sabe si se debilitará después hasta morir, con esa terrible amnesia de lo latente que en el umbral de una posible vida, permanece en agonía porque llegó a olvidar la primitividad constante de su pasajera permanencia. La luz se mueve de un hilo transparente y la lluvia abre cortinas, sin perder el ritmo sonoro de los goterones. Está en un corredor que le recuerda altares maltrechos por el tiempo, inútiles y vacíos, la procesión ya va lejos y en ellos no han quedado rastros divinos, sólo la basura molesta, igual al papel de regalo o al sobre sin uso que empezó su metamorfosis amarillenta.

Miguel llega al corredor sin que su paso se oiga sobre la consonancia del agua y el repetido retumbo de los truenos. La respiración lo antecede con un vaho espeso y caminante. ¿Es la simple confrontación de diferentes temperaturas o el humus trágico del polvo seco y al polvo volverás o la simple vegetación que corre con el viento, tal vez saciada de agua y de inclemencia?

Ha llegado a un sitio en donde preguntará por Isabel y se le responderá cualquier cosa, la más inusitada y cierta, la más confusa y concreta, la más enigmática y clara, la más cruel y dulce. ¿Qué más da? Todas las preguntas las ha hecho, todas las respuestas están dadas. Preguntar es ya su oficio y tal vez las respuestas sean sólo espejismos de voces y oídos que pueden extenderse infinitamente como las mismas Isabeles, porque muchas de ellas están a punto de nacer, otras se han muerto, algunas viven entre múltiples paredes de múltiples casas. Escondidas detrás de sillas y cómodas, caminando con pasos lentos que van desde las mecedoras a las

camas, absortas en el remiendo de sábanas y calcetines, solícitas a la absoluta vigilia de la sopa y del arroz, protagonistas todas del dolor de cabeza y del vientre, y con esa vocación sagrada a la queja y a la protesta, al alboroto y a la calma, girando en la veleidad de las páginas porque están seguras de que son al mismo tiempo la figura y la desfigura, la cara y la máscara, el anverso y el reverso, el sopor y el insomnio, en la dualidad trágica y desconcertante del gesto repentino. Y todas las Isabeles, o la mayoría de ellas, con Isabel en fila, por los anchos caminos, con la cara escondida, un velo que se roba un ladrón inmemoriado, sin interés alguno en coleccionar cosas sin importancia, y después, después la correntada que pasa por maquillajes, cosméticos, vestidos, peinados, caricias, copas, cuartos, ejercicios, recetas, agregados, predicciones, magia y realidad siempre. Todo para el sencillo lenguaje comercial o estético, en que se estatuyen los organismos con signos telegráficos.

Frente a la lluvia ve a las Isabeles caminando sobre rutas improvisadas y fijas, constantemente con la idea del quiebre súbito porque la inseguridad las carcome y el tiempo es una espada que corta los nervios de la ansiedad que no se alimentan sólo de constancia y necesitan afilarse para el momento pleno de los encuentros, que a veces son semblantes perfectos, otras pensamientos de fuerza y siempre tesoros de refugios universos. Sin definirse nunca por completo, pues en la variedad está el gusto, por uno que se pierde quedan cien vivos, en la pesca de lo grande algo se agarra y una hora de alegría vale más que muchos años de pena. Las ve, le parece verlas, unas por acá y otras por allá, con un punto de énfasis sobre el lunar casi peca, con un acento de caderas en el ritmo de la oferta, con ese ademán de confianzas llenas de suspicacias, con ese tono encegador de conozco mi destino, con esa generosidad momentánea de lo que sea, con esos ojos de cacería que confunden la rotonda con la selva, el escritorio con la cama, el teléfono con el libro sabio, el don

Juan respetable con el don Juan apache y se conforman con el simple Fernando. Las Isabeles que sueñan, aspiran, buscan, anhelan y de repente enseñan la caza, que siempre supo lo que quiso, porque todos somos lo mismo y lo mismo a mí me gusta, qué caramba, andemos sin rodeos que la vida es corta. Así de simples pero tan extrañas y complejas, como las miradas que fueron naciendo en los ojos de Isabel, que descascararon la inocencia de un sopapo y miraron naturalmente hasta lo que esconden las flores tras la vellosidad porosa de sus intimidades. Quizás no entendió la mirada, la confundió con las vulgaridades que siempre lo estremecieron, tal vez era una mirada fresca, virgen, limpia. Sí, indiscutiblemente fue injusto, atribuyó a Isabel lo que le repugnaba de las Isabeles, no supo ver la diferencia, no distinguió esos ojos valientes, sinceros, que no ocultaron distancia en la proximidad de sus enfoques.

Sin tocar la puerta oye las voces: “¿Isabel qué? Ajá, la Chavela. Sí, la Chavela, aquella de pelo negro y la nariz larga y recta. No, la pequeña y regordeta, medio castaña. ¿Tiene un defecto en la pierna? Isabelita le dicen y bien que se lo merece porque a finura nadie le gana. A la Isa todos la buscan y se las trae, claro que se las trae. Morena y alta, con ojos grandes y voz suave, no la conozco, salvo que sea la manca, la manca para todo menos para hacer cosquillas. Isabel es un nombre muy corriente, he conocido a varias, una ya está vieja y otra apenas si alcanza la cerca, la otra es de Mateo, la de Juan se llama igual y por la que usted pregunta a lo mejor la vi y la conocí, a saber...”

Un movimiento de hamaca oscila la luz en un viaje de ventana a ventana, que pasa sobre su cabeza para iluminar el charco goteante de su propio cuerpo. No hay nadie, es mejor pensar que no hay nadie, que no hubo nunca nadie en el mundo, que todos duermen y él es el único despierto, que debe dormir también y soñar con Isabel, la que él conoce, la que sólo él conoce, la que no es como las demás, aunque lo

pretenda, la que le pertenece, aunque no sea suya, porque suya es en el mejor sentido de las eternas pertenencias. Y con la idea de que debe dormir, tiene la impresión de que se ha hecho obediente al ritmo de las guaridas, en que se simplifican las pautas inflexibles, para aposentar las más diversas fuerzas en una cadena de similares eslabones, que enlazan cansancios y descansos.

La noche tiene una velocidad inexorable y la lluvia es una canción coral, que incorpora al canto los aplausos.

San Miguel y Santa Isabel se levantan de sus tronos para ver al Miguelillo y a la Isabelilla indigestos de catecismo, con resuellos temerosos de pecados que se pueden visualizar, o esos niños que crecen sin la poda sabia que hace del árbol un mástil. San Miguel apunta que su ahijado se arrepiente sincera, conmovedoramente, hasta llora cuando pide perdón a Dios, al Espíritu Santo y a Jesucristo. El niño tiene voluntad, pero también las tentaciones son fuertes y la Isabelilla necesita más oración, más recato, más conciencia de que es fruta sabrosa, aunque todavía verde, pero todo crece y debe crecer con las formalidades debidas. Santa Isabel se enoja, qué cosas más injustas, la niña es despierta y eso más que defecto es ventaja, el mundo duro es y aprender a defenderse no sobra, además el árbol del conocimiento se descubrió hace tiempo, para eso existe la redención, pecar es propio de los humanos y la Isabelilla ayuda a perfeccionar a los demás, sin dejar de aprender ella misma, ya le llegará el tiempo de las formalidades, ahora están en la etapa del juego y lo hacen con libertad. San Miguel se indigna, recuerda que juego de manos es de villanos. Santa Isabel se enfurece, cómo es eso de andar con prejuicios y diferencias de clases, los villanos son cristianos. San Miguel aboga porque no lo mal interprete, se repite inconsciente lo que se dice sin meditar mucho en su significado, el alma de todos es igual y vale lo mismo, para el cristianismo no hay posición social ni privilegio alguno que asiente diferencias, pero una cosa es la

magnesia y otra la gimnasia, la Isabelilla se ha despertado con fuerza de terremotos que derrumban catedrales, palacios y cabañas. Santa Isabel apunta que a San Miguel le gustan siempre las diferencias y eso es injusto, si la Isabelilla tiene fuerzas de viento loco, Miguelillo bien que requiere que se le sacuda y sacuda, no se quede por ahí rezagado, inútil para enfrentar la vida, sin saber nunca que entre lo bueno y lo malo está el residuo de lo aceptable, que es siempre lo mejor y quizás lo más santo, pues nunca ha creído en los grandes arrepentimientos al último momento y ha sospechado de los que sin otra alternativa se acogen a la justicia de Dios con grandes aspavientos y piden perdón; vale lo diario, lo de siempre, aunque no sea muy perfecto. San Miguel se asusta, eso es un atentado contra las normas y contra la voluntad de Dios, que siempre es óptima y sabia, lamenta comentar que Santa Isabel es rebelde y habla más de lo que debe y a lo mejor piensa en quién sabe qué cosas profanas y por esa pauta no puede discutir ni abogar por su ahijado, pues se está faltando a las normas y al respeto y a la consideración mutua. Santa Isabel se disculpa, de tanto ver a los humanos, oír sus invocaciones, conocer sus debilidades, darse cuenta cierta de sus faltas, algo se va contagiando. San Miguel se sonríe, aquí no ha pasado nada, además el futuro nos dirá, nos dirá muy claro lo que ha de suceder, mi pronóstico es malo, a lo mejor me equivoco, también estoy humanizado, es un microbio que se mete no sabe uno dónde ni cómo, pero hay que inmunizarse reverenda Isabel, hay que inmunizarse. Claro que sí, contesta Santa Isabel, con una sonrisa coqueta, y afirma que su pronóstico es bueno porque la Isabelilla la invoca de vez en cuando con una voz fresca y pura y le dice que es alegre, que su sangre es caliente, que quiere vivir, que el Miguelillo es buena gente pero muy torpe, un poco dormido, temeroso de lo más sencillo y por eso se complica tanto y confunde lo natural con el pecado, a lo mejor un poco de luz de su parte reverendo Miguel, le puede

ayudar mucho. San Miguel predica que quien vive con la duda está cerca de la verdad. Santa Isabel comenta que quien vive con la vida vive su vida. Ya veremos, ya veremos, concluyen los dos y se sonríen en paz.

Miguel, el mundo es grande y hermoso, dan ganas de conocerlo de un golpe y saber muy bien y con seguridad lo que tiene adentro. Lo conoceremos juntos, Isabel, mi Isabelita. Pensás demasiado en la escuela y en los cuadernos, te conformás con los mapas y conocer nombres de los lugares lejanos. Eso es estudiar porque tengo que estudiar, saber por los dos, ganarme la vida, ser responsable. Y así seremos tan felices, nunca tendremos miedo, ni nos faltará nada. Y quién quiere eso, yo no lo quiero, vivir es lo que deseo, con sus riesgos y problemas, conocer por experiencia lo bueno y lo malo, lo feliz y lo desdichado, el placer, ese placer que está en todo si se sabe encontrarlo, eso es lo que quiero. Te entiendo, te entiendo muy bien y lo haremos juntos, yo te traeré placer siempre y hasta el cansancio, pero antes me debés dar tiempo para estudiar, sacar buenas notas, ganar becas, pegar la lotería y quererte mi vida entera. Miguel, me da miedo el tiempo, me da mucho miedo, siempre hablás como si el tiempo fuera muy largo y la verdad es que se acaba, no quiero dejar las ilusiones para cuando seamos viejos, estoy llena de ahora, porque es ahora cuando puedo disfrutar y no después, siento que crezco más que vos, que envejezco más rápido que vos, que necesito las cosas más rápido que vos. Yo te sigo, Isabelita, yo te sigo a dónde sea.

Don Miguel y doña Isabel se asustan de verlos crecer, cada día más alto el bandido, ya necesita navajillas y va a ser de barba cerrada. A mí me parece que él no crece, es un niño, ella en cambio se va redondeando, caderuda como las tías y en lo que se refiere a emperifollarse hasta el achiote es bueno. Ella es bonita, no lo niego, pero él es muy guapo, con esos ojos profundos y brillantes, con esa nariz tan recta, es varonil, hasta en la forma en que toma las cosas. Yo no sé,

para mí los hombres son hombres cuando se llenan de pelos y sudan fuerza por los músculos y con la voz profunda dicen aquí estoy y se acabaron las vainas; ella, en cambio, es mujer desde ya, no se puede negar, esa forma en que sacude hacia atrás los hombros para que se vean bien claros sus pechos, redonditos al inicio y puntiagudos al final, esa manera de peinarse y de coquetear con los ojos, ese olor de mujer que se despidе de sus manos y de ese andar brincando con gracia. No lo dudo, ella es muy mujer, pero él va a ser muy hombre, se le ve en su seriedad, en su concentración, en ese pensar siempre en el mañana porque tiene pasta de casero y de padre de familia, se le siente el peso de cimientо . Pero, ella es viento y libre. El es casa y apoyo. Ella es goce. El es constancia. Ella es fuego. El es madero. Ella, qué sé yo, no pertenece a las paredes, sino a los caminos. El es guía, conductor por naturaleza. Ella es flor. El es árbol. Ella es barco que no busca puertos. El sabe navegar a la deriva. Los dos son buenos. Claro que sí, los dos son magníficos. Que Dios nos dé tiempo de verlos felices. Amén.

Las vecinas los atisban porque un día habrá torta. Doña Juana pregona que los vio tan juntos que era imposible determinar cómo respiraban. Mañana, pasado, todo es esperar, los pronósticos están listos, esa forma de verse no es natural, se tienen hambre uno de la otra. La otra más que el uno. Ella, Dios me lo perdona, va por mal camino, porque el Miguel no es el único que recibe sus caricias. ¡Si yo contara las cosas que han visto estos ojos! Las vecinas se asoman porque ellos se alargan, se invaden entre juegos de manos y miradas, lo dicho que de tanto manoseo la masa florece y no hay dos sin un tres que le busque los pies al gato, ni un rasguño que deje de enquistarse. Tan jóvenes, es un pecado, pero los jóvenes de hoy no conocen el recato, ni les importa que los vean entre el besuqueo y la tocadera. Es el ejemplo de París, señora, qué vamos a hacer, desde que nuestro mundo se comunicó con los mundos del pecado ya no hay alternativa para

la vida moral, se han muerto nuestras buenas costumbres. Ella le tocó la parte que no se menciona en las conversaciones decentes, estos ojos que se han de podrir lo vieron, y él, por supuesto muy complacido, hundió la cara entre su pelo con innumerables besos. ¡Qué horror! ¿Y qué más? Que quiere usted de más, ya sabemos en que terminan esas cosas: en aborto o en matrimonio a la carrera y después las desgracias. El se las trae, no es tan inocente como parece, aunque tiene cara de niño, yo vi cuando la cogía por detrás y le ponía las manotas sobre sus pechos. ¡Alabado sea el Señor! Las vecinas se persignan. Ayer en la cerca, anoche en la calle oscura, hoy en el cine, mañana en el parque, todos los días en la puerta de la casa. Es un asco el manoseo, yo lo detesto. Qué mala memoria doña Agustina, se me hace que a usted también la manosearon en sus tiempos. Eso ni hablar, fui siempre muy pura, tal vez muy tonta, pero les puedo asegurar que no sé realmente para qué son esas cosas y con qué ingrediente se comen, me criaron muy educada y sin complicaciones. Y, cómo nacieron sus hijos, querida doña Agustina, porque cada audacia necesita su entrada, su introducción. Los tuve con muchos dolores y con poco placer. No me diga que usted fue tan salada. Más bien muy cristiana, no confundamos los términos, además esta conversación raya en la vulgaridad y no aticemos la memoria que ya no estamos para esas gracias. Las vecinas los señalan. Qué raro, hoy han estado muy queditos, se habrán cansado de los juegos. Para mí que la torta ya viene. Ella no se ríe como siempre y tampoco anda tan desafiante enseñando lo que Dios le puso en el cuerpo. El también ha cambiado en forma diferente, lo veo más hombrecito y eso que se le ve sucio en el labio es un bigote que se está dejando crecer. Pero, las cosas se acaban y los pronósticos y las vainas, también los reojos y comentarios, un perfil de realidades muele muy fino las palabras. El te lo dije y el lo sabía ni siquiera condimentan el aplomo de

lo que se hace estanque, para luego secarse por poros que no llevan a los ríos y por lo tanto no traen piedras ni cantan.

¿Es la mañana la que se adelanta o es la noche la que se afirma? ¿O es esa pesadez de gigantes enormemente gordos que se niegan a moverse? ¿O es un simple tránsito de lagartijas nerviosas que van devorando las hojas, para limpiar un laberinto de tortugas casi piedras, que tienen miedo de bostezar el aislamiento de un instante en que se perdió el afán de multiplicarse? ¿Es la mañana o la última luciérnaga con esa pretensión de ser estrella del suelo? ¿Es un telón que necesita la comparsa del tiempo o los ojos brillantes de las fieras que preguntan con rabia el destino de su hambre? ¿Es la claridad sobre la tiniebla, en la lucha suave en que nadie muere, o es la necedad insistente de los que braman, mugen o lloran? La noche es siempre una sombrilla agujereada que el amanecer destroza con señales de puño fuerte y al extender de pronto los dedos, en un conjuro de químicos efectos, se sabe que hay algo implacable, indiferente al fulgor de los búhos, al bramido quejoso de las fieras, al llanto solitario del hombre. Lluve más sobre el tiempo que sobre la tierra.

Toca la puerta, la toca con una mano suave y tímida. ¿Está aquí Isabel? Nadie responde, no se oyen pasos. El sol es el único que va entrando silencioso por las rendijas. Quizás Isabel esté muerta. Quizás murió en esa misma casa, mientras el sol ponía bordes dorados sobre la lluvia. Quizás, si se atreve a traspasar la puerta, la encontrará tendida, ya con los ojos extraviados en la nada, si es que las hormigas han respetado su mirada dulce. Pero, no ha muerto, algo se lo dice en el corazón, y menos ha muerto en la soledad de una casucha abandonada. Un gallo revolotea las alas y canta el quiquiriquí eterno de las madrugadas. Entonces entiende todos los símbolos, la farsa permanente de las abstracciones y las solemnidades vacías de lo real, que no se puede elevar a pensamiento porque duele en la simpleza de lo sucedido y resulta tan recortante como propio, tan concreto como

absurdo. Cuando la puerta se entreabre con un aburrido qué desea, Miguel tiene el alma asustada en un cuerpo que se dobla de dolor, pero no encuentra su voz ni su cara y siente que se han escondido en un rincón de la noche.

¿Qué desea? Nada, dar las gracias, después irme. ¿Quiere un café? No tengo tiempo, busco a Isabel. Ayer se fue, sentía una persecución extraña. Se acostó ahí, me propuso que la acompañara, pero soy un hombre castrado, usted sabe los juegos del machete, se lo dije como se habla de las cosas ciertas, ella se sonrió, había conocido muchos como yo, me propuso que la calentara a mi manera, busqué las mejores formas que conocía pero ella se durmió y antes de que amaneciera se fue. Me persiguen, me dijo, me persiguen, alguien no quiere que siga viendo el mundo. Estaba enferma, me dio lástima la Isabel, he oído hablar mucho de ella y cuando llegó no la reconocí. No era la misma de quien tantas cosas contaba Pedro, ni tan dulce ni tan amarga, ni tan amarradora ni tan de pelea, una mujer en la cuesta abajo, enferma, sola, estoy seguro de que anda muy mal por dentro, desmoralizada, sin fuerzas. ¿Usted es quien la persigue?

Sobre el sol, mano fuerte y firme, la lluvia se hace suave y llueve con timideces cierta dulzura de humedades. Pasa su triste mirada de siempre desde el mango que sostiene su sombra tupida de malas yerbas hasta las gallinas que escarban gusanos. Cuando llega a la casa del hombre, barbarie de soledades con un gesto de fiera que se niega a reír y a llorar, comprende que está de nuevo frente a frente al machete que lo busca y lo tienta. Se miran y retroceden, él puede decir que no es quien la persigue, que es hombre de paz, el infeliz marido, el eterno cornudo, que simplemente la requiere para recogerla, para ampararla, para darle un hogar. Calla y retrocede. El otro huele el miedo y tensa en el aire el arma. Está afilada, no hay duda y busca lo que hay que buscar: la sangre, el nervio despierto del alarido. Con una voz que es

lluvia desamparada, acepta el café. El machete descansa en el moledero y el tipo confiesa que no tiene café, sólo guaro que calienta y tal vez es lo que necesitan para aclarar por todas qué se trae con la Isabel. La botella blanca de vacío y de licor ante ellos, se limpia de babas viejas. El trago es sediento y se lo tiende para otro igual. Empuña la botella y que caiga lo que ha de caer, el fuego enturbia sus ojos y el trago pasa doliendo. Yo no la persigo, señor, yo no la persigo, yo la quiero, ella es mi vida y deseo encontrarla para quererla más y más. El tipo lo ve con entendimiento de fiera y le dice vivan los pendejos, se ríe humana y sonoramente pero la risa para de pronto y con el machete de nuevo en la mano, confiesa que sabe de esas cosas, perdí mi habilidad por una de éstas que son pura basura, mierda, enconos que tenemos los hombres hombres y aunque todavía me lamento ella no es de este mundo porque supe a tiempo quitarme el veneno, el perfume y el maleficio, ahora me pudro en vida pero sólo con soledades malditas, el viento, la lluvia, la fiera y el desgraciado hijoeputa que busca Isabeles tiene que escupir ante mí las tripas mismas de sus pendejadas.

No hay alternativa, lo comprende. Un trago más le hace correr lágrimas calientes por la cara fría y tensa. Que sea de una vez, para qué tantos miedos y tantos caminos. El tipo arrebató la botella y la vacía de un sorbo. Suda calenturas artificiales. La Isabel es una puta, se levanta la falda y no lleva calzones, te pide, te ruega que le hagás el favor, porque es sólo eso un hueco que se llena. Casi sin sonido, le ruega que no hable así, que es dulce y buena, que es soñadora y bella, que es limpia y noble, que es sublime, más allá del entendimiento humano. El machete suena en el aire y Miguel retrocede, de nuevo están en el patio lleno de rostros y gritos. Si decís que es una puta, una puta como todas las putas, yo te dejo seguir el camino. Es una mujer, una buena mujer, mi amada Isabel que todavía no ha descubierto mi corazón, mi fibra de hombre, la profundidad con que la deben

retener por siempre mis manos. Una puta, lo decís y no te pasmo en este instante. El patio está rebosante de rostros que gritan sin asustarse.

El machete encuentra látigos de viento y no se detiene ante el soy hombre de paz, un simple maestro, zigzaguea en el aire como una lengua de plata y se carcajea al llegar siniestro y penetrante al filo de la mejilla. Ahora serás un maestro cicatrizado. Ya en el suelo los tréboles están rojos de sangre oscura y cuando el lomo del machete sigue golpeando la espalda, una sensación de finales chillones, con marejadas de nieblas densas y azules, se enrosca en espirales de catacumbas. El perdón, las lágrimas, los por favor, los ay de mí, provocan risas, palabrotas, ademanes muy abiertos que demuestran la inutilidad de pelear con cobardes. En la vulgaridad del bullicio hay un lamento escondido de que hubiera sido mejor otra cosa, el machete contra el machete, el gallito atacando al gallito, la riña de toma y daca, el te doy y te devuelvo, el esto se pone bueno, ya sangran, ya se desangran, ya se los llevó un tren de putas...

Decime por lo menos que es basura, mierda, que no vale, que es mejor cogerla con las manos y fingir que estás con una mujer de carne, o abrazar a la ternera y dejar que te la chupe, a jugar con una víbora que te envenena de dulzuras cuando sólo tiene espinas y puñales, decilo pendejo del carajo, güevón de mierda y mierdades, decime que es puta y te dejo con tus órganos de muñeco inútil, con tus pichas de maricón, decime que es puta y te respeto.... Isabel, Isabelita, me invoco a tu pureza y a tu hermosura, a tu aire de gran dama, a tu inagotable fuente de amor casto y sublime, a tu gran patrimonio de madre pura y noble.

Cuando se acaban los escupites, las patadas y los manoseos, pobrecita la mujercita, los maricones no se deben tocar ni con el pétalo de una rosa, sólo encuentra la medicina de arrastrarse un poco más lejos, esconderse si puede, alcanzar algún camino mágico que ponga barreras de distancia, donde

se le permita jurar con fe absurda que quiere a la Isabel y la querrá siempre. Las voces lo siguen tan de cerca, que no sabe si las inventa. La batalla está perdida para el machete, porque no hay músculos que tocar, no hay sexos que alterar, no hay hombre que matar. La Isabel es un ícono que debemos besar en las manos y en los pies, cuando sólo quiere que le besemos el coño y nos juguemos el vigor por un poco de calor en el centro mismo del frío. No hay forma, no hay cómo, no hay cuándo. Es una gelatina reproductora de gelatinas, es un acto sexual que no ha empezado y no se acabará nunca, porque se ignoran las claves, el cómo, el por dónde, el brote centrado hacia la llama iluminada para apagarla por siempre. Malditos sean los enconados, los diabólicamente enconados que se vuelven santos, que dicen oraciones, que no saben maldecir, con la hombría secuestrada, con el cerebro cautivo, pobres prisioneros de camas en que no se han acostado, pobres impotentes sin llama y sin fuego que aviente la pasión.

La lluvia que cae suave refresca las heridas, las que duelen y duelen hasta cicatrizarse con la sangre retenida en la sensación de dolor, al fin y al cabo los grillos no oyen su agudo canto.

Vomita en un rincón de matas con hojas de gruesa pasta. Vomita la comida de tensiones y aquel desvelo tan largo, que para buscar el sueño siente la obligación de aprender primero como se duerme frente a la memoria agotada en el esfuerzo terrible de no recordarlo. Vomita los hombres y las palabras, la lluvia que gotea por su cara sucia, la sangre que se ha dissociado por siempre del dolor, pero no logra vomitar el nombre de Isabel y su recuerdo. Exhausto quiere recordar alguna ancla que le sirva de sostén y sólo encuentra los ojos de un elefante herido mirándolo con tristeza, cuando se fija severamente los ojos crecen y responden a los gestos burlones de un mono, sobre él, no puede ser, pasan jirafas, rinocerontes, indios salvajes y un ruido de tambores con la insistencia de un safari fílmico, cuyo nombre no

recuerda. Vomita entonces enormes saciedades que salen en chorros pegajosos y tiene la sensación de estarse vaciando, de estar sacando afuera sus propias entrañas, que no caen con un ruido de carnicerías en la hora máxima de la descarga y acomodo de las piezas muertas, pero que despiertan los apetitos sin ningún presagio de matanzas o cadáveres que tuvieron vida y la perdieron en el altar de los estómagos. Cuando no puede más, cuando se siente vacío, un profundo hueco, algo lo impulsa a girar sobre sí mismo, a danzar, a flotar en el aire lluvioso, a irse, a multiplicarse en los rayos que perforan las ramas altas. Múltiple, infinitamente liviano, fugaz. Con él giran flores, hojas, pájaros, arbustos, el lodo, el río, hasta que la oscuridad y el silencio lo aprisionan en una caída que es una sólida cárcel de sordas durezas, ahí en donde las salidas se vuelcan en laberintos que regresan a los puntos perdidos y a la soledad que asfixia con olores de azufres cavernosos.

Siente que camina por el pueblo con el rostro herido, con una boca abierta sobre su boca cerrada, con una ceja trunca que le da un gesto de payaso y sabe que camina dejando un rastro de sangre. Siente que la lluvia, con la constancia insistente de múltiples lavanderas, lo lava con bondad.

Llueve, llueve mucho esa noche y ese amanecer, llueve tanto que no sabe si ha llovido la noche entera.

Llega al pueblo bajo la lluvia. Un pueblo como tantos en la geografía de caminos que suben laderas y bajan a los riachuelos, un pueblo inventario de ocho casuchas tristes, quizás más, exhibiendo en las maderas sin pintar el signo de la desinfección, la lucha contra la malaria, las palmas de un domingo de ramos envejecidas de lluvia y polvo. Un pueblo con pulpería y cantina, con plaza, con iglesia, con vote por mí y llegue al poder, con muchas multíparas que todavía recuerdan los nombres de quienes les hicieron el favor de los hijos rápidamente, con los pantalones en los tobillos, siempre en el rincón del potrero, al borde de los sauces que

sembró romántico un decorador de horizontes. Un pueblo sin ventanas, con una calle estrecha, alterada en su perspectiva por el barranco y unos arbustos que sembraron los vecinos mientras tomaban tragos y se ufanaban unos a otros de su pueblo, de su bonito pueblo, y olvidaron la simetría de la línea recta que exige como bautizo la calle más simple, y después qué pereza, la pereza de las vainas y del a mí qué, así está bien, y los eucaliptos siguieron creciendo unos más afuera otros más adentro. Un pueblo sin sacerdote y sin escuela, el dueño de la finca esperaba siempre el mañana para decidir cuándo y dónde porque la verdad es que por ahora los cuatro gatos de por aquí no necesitan tanto y está cerca el otro pueblo, es bueno caminar, el río sólo se crece dos veces al año y cuando le da la gana, y mañana, sí mañana.

Más allá, en otro pueblo, cuando las calenturas le dejaron formar su rostro justo, le dijo: te llamarás Isabel, así será más fácil todo. Ella no se negó, no era feo, eso de llamarse Isabel, si ella lo quería, el Josefa nunca le gustó y además Isabel sonaba bonito y él lo repetía siempre, inclusive cuando ni siquiera sabía su nombre y apenas si se fijaba en sus largas miradas, en el enrojecimiento de sus mejillas, en ese deseo de sonreírse juntos, al mismo tiempo. Sí, te llamarás Isabel y quizás duremos juntos. Y le suena a promesa matrimonial, a gran ceremonia delante del cura, ella con vestido blanco de cola, él todo de negro como en una misa de muerto rico y ya sin esa cara de tristezas, de enfermedades melancólicas y aquella mirada ida hacia otros lugares, en donde sólo él y quién sabe qué otra persona residían. No se había equivocado: Don Miguel es persona entendida y correcta, cuando habla algo lo dice en serio, aunque sabe Dios quien podría entender lo que comenta, porque parece que usa un idioma extranjero. Ella le cree y ahora este volconazo de latidos persistentes le confirma que estaba en lo cierto cuando dejó que su mano sudorosa subiera por la rodilla y luego le dijera que fuera buena, buenecita y esa misma noche, él, don Miguel, la

montaría en un tren para encontrar el mar, con mayor sonoridad que un conjunto de radios, un enorme espejo a veces inmóvil, cambiando de colores, a veces con movimientos rítmicos, incluso tempestades, siempre obsequioso dejando en la playa caracoles, conchas, peces, que brincotean como pájaros agonizantes. Ella dijo que sí y se fueron juntos. No encontraron ni el tren ni el mar, pero con el nombre de Isabel él la llenó de besos, le abrió la camisa, le hizo un nido de abrazos y quizás hasta el mar la llevó muy adentro.

Lo quería desde antes, cuando se quitaba y ponía los anteojos en un manejo de quita y pone casi de iglesia, con el mismo ritual de la misa. Lo quiso más y más porque con él se le fueron los dolores de cabeza, la sensación por días y días de que el vientre se le caía, esa hambre indeterminada, insaciable, que buscaba yucas, papas, plátanos, guayabas, flores de itabo, jocotes, cases, sin sentir que se los comía y sin embargo esa seguridad de que le faltaba ese sabor especial, que no había probado, que tenía miedo de conocer y que necesitaba encontrarlo con la urgencia misma del vivir.

“Isabel te llamaré y lo demás no importa”. Así fue al principio, pero después tocaba las puertas en busca de Isabel, se iba muy lejos y regresaba herido, enfermo, torpe de movimientos, con unas palabras delirantes que no entendía y ese buscar siempre y de nuevo por los rincones una persona que no está, que a lo mejor no existe, que se llama Isabel y no es ella. La rechaza, le dice extraña, entrometida, hija de puta, mujer a la venta, mala como todas, desvergonzada, siempre lista a abrir las piernas, sin entrañas ni sentimientos. Pero, después le pregunta como se llama, ella responde Isabel, él cierra los ojos con fuerza y se repite para sí mismo con tonos dulces y convincentes Isabel, Isabel, Isabel. La mano recorre el rostro con adivinanzas de ciego.

En momentos así llegan el toque de la puerta y las vecinas, siempre atentas a lo que pasa en la casa ajena, con el Josefa o el Josefita, según el talante o la zalamería. Dejan

que las calle pronto con un ademán silbante Isabel, por favor, y ellas se ríen con la malicia de dominar el secreto, porque no tiene enigmas y es completamente evidente, y acaban por decir que sólo quieren saber como sigue el maestro, se ve tan enfermo, para ellas son las calenturas, ésas que dejan los zancudos y las lluvias. Y, sin hablar mucho, sólo atenta a cambiar el Josefa por el Isabel, va cerrando la puerta hasta que se quedan en la calle, no hay derecho a cambiar realidades, él no debe oír, anoche la buscó en la cama, después de tantos días, y le habló del tren, del mar y de embarcarse juntos, y el nombre de Isabel volvió a hacerse mágico mientras llovía fuerte, insistentemente, tanto como hoy, hasta que se durmió sobre su cuerpo, húmedo de sudor y todavía con ese gemido del deseo que encuentra el placer.

Una mañana, en que la lluvia era apenas un responso modesto frente a la solemne ceremonia del sol, que había dispuesto despejar nieblas y humedades, Miguel dejó a un lado la taza de café, la miró frente a frente y le dijo Josefa. Ella se estremeció.

Desde la ventana lo vio irse, pensó que no había sido desdichada y tal vez volvería de nuevo y para siempre. Ella nunca esperó la fortuna, se conformó con el trajín del día cuando se dio cuenta de que ya no era joven, que los viejos se convierten en una visita de oraciones al cementerio y que la casa no resultaba vacía si con imaginación ponía cierta ilusión al amanecer y luego otra cuando ya anochecía.

Al llegar a la alta colina, Miguel vio hacia adelante. Tal vez ése era el pueblo que buscaba y allí estaría la Isabel o quizás estaba ella en otro sitio. Sin esperanza empezó a descender.

Ya en la entrada misma, se dijo a sí mismo que ése no era el pueblo, el que buscaba era distinto. Es el que tiene una iglesia blanca sin torres, el que tiene un cura de voz ronca casi tronante, a quien no le parece suficiente el altar y el púlpito de mármol, añora unas torres de disminución ascendente, a

manera de agujas para buscar el cielo y decir al mundo entero que el paraíso necesita mérito. Es un pueblo con escuela, un edificio largo de madera, pintado de gris, con tres aulas al frente, una sala ocupada, la otra sirve de salón comunal y la tercera eternamente vacía, donde se guarda la basura, la bandera, el escudo, los mapas de tierras lejanas, una lechuga diseada y un gato con ojos de vidrio; más adentro un patio de tierra firme casi laja, donde la lluvia hace espejo de noches en pleno día. Una escuela con las ventanas pintadas de blanco para ahorrar las cortinas y frenar las distracciones, porque algún ingenuo cree que la imaginación salta de rama en rama con el vuelo de un pájaro, o hace espirales de cristales coloreados con el coqueteo de una mariposa que va y viene entre el clavel y el lirio. Ese iluso no sabe, no puede saber que la imaginación se espesa en las paredes que pinta muy oscuras la noche y abre -si así lo quiere- enormes agujeros en las ventanas blancas, para ver el puerco espín con tamaños y pasos de elefante y el gavilán que se remonta muy alto con agilidad de ángel-aeroplano después de pisotear las huertas en que se siembran para que mueran las voces que regañan y ofenden, los ojos que persiguen y odian, las manos que pegan y duelen. Después se ven los túneles que llevan a los tesoros y a los placeres que se extienden sonrientes en sensaciones biológicas de suspiros que levitan y mueren. No sabe ese ingenuo que Isabel se encuentra sonriente frente a las ventanas blancas y dice muy tranquila que la vida es suave y hay que vivir a todo dar porque quizás mañana se muere uno y nada se lleva fuera del esqueleto, sus buenas movidas y el goce de la carne que se pudre. No es el pueblo de esa escuela con setenta y cinco voces veloces y difusas de buenos días señor maestro, con los insoportables Manuelillos a la caza de un descuido para introducir la picardía, la mala crianza, el desorden, y recuperar en un instante las caras de santo, moscamuertasquedita, con la lluvia como un reloj sin tiempo sobre las latas de zinc y la clase que no se oye ni entiende porque llueve y llueve con

viento y bulla y no importa decir entonces que la cabeza es el miembro superior del cuerpo o que la Isabel no está, se fue lejos y tiene ganas de llorar porque no aguanta su ausencia.

Ese mismo pueblo donde un niño con voz agitada le dice que el señor inspector, don Reinaldo, llegó desde muy temprano, les hizo muchas preguntas, los llenó de miedo, habló de porquerías y de sinvergüenzadas, de uno al que le iban a cortar el rabo porque no era maestro ni cosa que se le parezca, de la barbaridad que significa ser un irresponsable empedernido, un inmoral que anda por la calle con prostitutas, las toquetea sin pudor en plena acera, hace escándalos en los prostíbulos y no le importa meter a los escolares donde no se debe, en la cantina, en las casas de putas, para luego caer de puro borracho en medio de la clase. Y no dice más porque el resto se lo sabe de memoria. El descuido, la inmoralidad, la ignorancia, todo cunde por el país como las plagas de moscas van tras lo podrido para dañar los frutos nobles, los jóvenes, porque se acabó en esta tierra la conciencia, la vocación y el sentido del deber que tenían los viejos y ya no había maestros de su talla, de éstos que fueron formadores de más de veinte esplendorosas polladas, de las que salieron gallos de paso fino y largo, presidentes, diputados, profesionales y muchos hombres de bien y de valía. La voz de don Reinaldo, paralela en terquedades a la tarea incansable del agua, con aquel "mhijo" colgante de la más fría y solitaria orfandad, pone sobre la pared retratos de maestros barbudos, vestidos con chaleco, con un clavel en el ojal del saco negro, esos maestros tan empacados, tan de museo, que no se sabe como resistieron el calor y como la humedad no sembró lagunas en sus cerebros infalibles. Esos cerebros con compartimentos de añeja historia patria, de abstractas matemáticas, de inmóvil geografía, de romántico civismo inaplicable, de irónica urbanidad ante el hambre, maestros pulcros en el juego de las palabras inútiles, maestros de maestros comerciantes, con aquella presencia de soy el

sabio, de lo sé todo, me encargo de formar hombres, los magos frente a la alquimia de la ignorancia, con el reto del título honor de oportunidades, hecho voz engolada, hecho barniz de ademanes serviles para los de arriba y gestos dominantes para los de abajo. Y usted ni para remedarlos sirve, le falta voluntad de servicio, carece de vocación, no ha sentado cabeza, no le interesa la enseñanza, no quiere a los niños, no vive el ejercicio profesional, es sordo a las demandas de sacrificio que pide la patria, no tiene agallas para la docencia. No replique, no se defienda, admita los cargos como un hombre, enseñe con su aceptación algo de la modestia que necesita un maestro, que no es otra cosa que un simple aprendiz siempre. Además, usted no tiene defensa, sus ausencias tan largas, tan repetidas, sin disculpa alguna, sus malos pasos en la calle, su conducta poco ejemplar en el pueblo y en esos recintos que es mejor no mencionar. ¿Y los niños? Los niños no saben siquiera contar con los dedos y mucho menos leer sin deletrear a-l-a, para llegar con dificultad al ala sin saber qué es. Usted no lleva diario, no contesta las solicitudes de informes, ni siquiera extiende las notas, no aplaza a estos mocosos cada vez más ignorantes bajo sus manos. Sé que está pensando que esas cosas son puras vainas, no dejo de ver que algunas lo son, pero no todas. Además, para qué le hablo de esto, usted no distingue entre lo importante y lo no importante, usted es un completo irresponsable, ni siquiera ha escrito al sindicato para que lo defienda y el sindicato, a falta de sus propios informes, ha inventado que yo lo persigo. Compréndame, no lo persigo a usted ni a nadie. El oficio es el oficio y soy supervisor, un supervisor no tiene otra alternativa que denunciar lo bueno y lo malo que encuentra. Sé que usted no está en sus cabales, que algo anda muy mal, un psiquiatra le puede ayudar, no es normal que esté aquí conmigo y su cabeza se sitúe en otra parte. Sus ojos asustan un poco, ¿no se ha visto usted recientemente en un espejo? Diría que se ha envejecido y es apenas un muchacho.

¿Algún sufrimiento oculto? Ya ve soy un inspector puro corazón, un amigo en el fondo, un hombre bueno. Me apena su estado, claro no puedo hacer nada, no tengo autoridad para ello, pero debería ver un médico y ponerse en tratamiento.

Mientras sigue la retahíla, el supervisor desliza un vamos a almorzar juntos, a conversar como amigos, sin diferencias de jefe a subalterno. Tras las cuatro cervezas de aperitivo, el plato mantecoso de arroz con pollo y dos cervezas más de postre, los maestros barbudos, con bigotes tiesos, chaleco y clavel rojo en la solapa, se derriten como si la pintura fuera de tiza y la lluvia llegara hasta ellos con dedos que quieren jugar de borradores. Entonces ya es otro cantar el del gallo, porque perfectos no eran, bien torteros a su modo, el modo tapadito de la época porque entendían que más sabe el diablo por viejo que por diablo y aquello de que la mierda bien escondida no huele, claro que algunos escándalos no pudieron cubrirse y más de una chiquilla precoz o medio tontoneca aprendió la anatomía con la práctica, así como el inexorable ciclo que se cumple a los nueve meses, con horas y días, especialmente los finales, que se alargan con peso de siglos. Y recuerde usted que las debilidades humanas se dan hasta en los hombres perfectos, aun cuando en materia de perfección la verdad es que eran apenas unos malos aprendices. No crea nunca que todo lo que se dice es cierto, no, no, hay grandes mentiras y es fácil comprender el origen de las famas y la reputación de algunos: el elogio es grato y produce dividendos, quien habla generosamente de los demás obtiene recompensas, eso es innegable, nada cuesta pulir el más pequeño brote de inteligencia y hacerlo grande y brillante, hasta que el brillo deslumbre y apague la oscuridad que tiene en sus intimidades. Vivimos de ese arte extraño de las transformaciones, cuyo buen jineteo depende del manejo oportuno del reconocimiento para que también nos premien algo. Para ser sincero, me monto muy bien en

la cabalgata consagrada que lleva a esos próceres, no me canso de elogiarlos y de proclamar que sigo su ejemplo, porque me apunto a lo ya aprobado, a lo que tiene buenas calificaciones y no me arriesgo a la aventura de otras habilidades que están aún por probarse. Así me libro del sol desolador de esta tierra que todo lo destiñe.

Y cuando dobla el papel de la cuenta, casi sin verla y con un gesto medio inconsciente y automático la traslada poco a poco hacia el receptor de su interminable discurso, pide otra cerveza porque hay que humedecer las confesiones y con el aceite todo sale resbalado, además merezco que me atienda porque siempre enseñó, un maestro no deja de ser maestro nunca. Los cuadros de los tiempos idos se desaparecen y con ellos los modelos de conducta, los conceptos técnicos y las obligaciones de supervisión, el arte de la docencia y las formas de enrolarse en las líneas seguras. Yo comprendo, soy humano, también me dio escarlatina, pape-ras y sarampión, sé lo que son las carajadas de la juventud y esas nalgudas que nos hacen locos porque saben hacernos delirar, me conozco muy bien las mañas que tienen y ante ellas igual ponen patas arriba a un rey que a un mierda. Perdóne mi lenguaje crudo, pero todos somos un poco mierdas y sería mejor el precepto bíblico si dijera de la mierda viniste y a la mierda volverás. Yo viví eso y de vez en cuando me dan rachas, todavía no estoy tan viejo y hay algunas que tratan de complacerme, ni corto ni perezoso me pongo a tiro. Por eso entiendo lo que son los entusiasmos y como nos llevan a otros pueblos, nos hacen olvidar las tareas docentes. ¿Quién no ha vivido esas calenturas?, y la cosa no es para morir, la verdad es que nadie se muere por no saber que después del cinco va el seis y eso de que vaca se escribe con ve pequeña. Piense usted por un momento qué le pasaría si en vez mío estuviera otro en mi puesto. Eso sí sería grave, no tiene ni idea de las historias que me han llegado sobre su caso. Imagínese uno de esos supervisores apegados al reglamento,

castrados en consideración humana, castos de puros pendejos... ya no estaría aquí oyéndome hablar. Debe comprender que no todos sentimos las debilidades de los demás como propias, hay que ser muy hombre para eso, sensible, inteligente, humano, haber vivido y sufrido, porque el sufrimiento es un vaso comunicante con los demás, lo mismo que el goce y el saber que lo mejor y lo peor también se acaban y no hay mal ni bien que duren cien años. Yo estoy aquí y lo tengo al frente, pero mañana puede ser distinto, vendrá otro y entonces resultará ridículo que el sindicato alegue sin fundamento alguno que a usted se le persigue, porque pruebas hay a montones en su contra y nunca he visto peor abogado de sí mismo que usted. Por eso mhijo cuídese, un poco de disciplina no cuesta nada, y aunque esté ausente unos días la cuestión está en no hacerlo muy visible, pues con anotar en el diario cualquier referencia a las lecciones es como si estuviera presente. Conteste los informes, haga algunos méritos, sugiera o pida a los vecinos que redacten una cartita en constancia de sus esfuerzos y servicios comunales, usted la escribe y no falta quien la firme y le ponga el número de la cédula. Eso ayuda mucho, engorda el expediente y por ese camino a lo mejor encuentra un ascenso, un puesto de supervisor en que se viaja con frecuencia y no hay control, hasta viáticos tiene y como llega a pueblos en donde nadie lo conoce, si quiere se emborracha o se mete en los burdeles, no estoy contra esas cosas que son necesidades de hombre, pero siempre conviene no pregonar lo que se hace, el mucho ruido despierta hasta los oídos sordos y cuando el río suena ya sabe usted las pedradas que se lleva uno. ¿No se le antoja otra cervecita? Eructa, pregunta si hay alguna casa alegre en los alrededores y aleja de su lado los vales nuevos. Ya con palabras torpes en su dicción y en su hilo, asegura que las chiquitas de sexto grado se ponen bonitas, son como esas flores silvestres que maduran pronto y se ajan muy ligero, hay que aprovecharlas en el punto mismo en que entreabren los

pétalos. Insiste en que pueden pasar un buen rato con unas viejas a todo dar porque hay que matar la tarde, y pide permiso para salir a hacer aquello en que nadie ayuda, pero se equivoca de puerta y en la entrada hace la gracia bajo la risotada de los mocosos escolares que juegan en la calle. Cuando le recuerdan que debe pagar las cuentas, dice que él no da consejos gratis y que a su supervisado le falta todavía entender que las carajadas para ascender dependen mucho de una pequeña cortesía, de algún elogio, un favor, una humilde atención. Sus ojos se clavan en los vales, cerca de los codos del otro, tan lejano como siempre, tan inmutable como de costumbre, tan poco maestro que da pena que sea del oficio. Se sienta lenta y difícilmente en la mesa, toma los vales y los mete entre los dedos de una de las manos que sostiene la cabeza despeinada, esa cabeza que oye lejos y cerca, conforme el caer de la lluvia, el nombre de Isabel, su Isabel.

No es ese pueblo, ni es otro pueblo, es uno en que no se teme a la lluvia y la gente anda despacio, atraviesa las calles, se detiene a conversar, tal como si no lloviera. Ve sin creer que hay un deleite en mojarse, en sonreírse por el placer mismo de la sonrisa, y piensa inmediatamente que Isabel debe haber vivido largamente en un sitio así. Es un pueblo abierto que no acaba al voltearse la esquina porque abajo está el canjilón del río o sube con perpendicularidad hosca la montaña. Es un pueblo plano con calles que dan a otras calles en el crucigrama de avenidas, por donde se mueve la gente sin importarle el temperamento del aguacero, que varía desde las lloviznas y garúas hasta las ráfagas y los chaparrones. Claro que ahí está o estuvo Isabel. Lo sabe con más seguridad al descubrir una casa antecedida por un jardín que enseña la humedad en cuadros diminutos y peludos, en donde crece esa barba, extraña de la tierra, que a veces es un musgo casi lampiño y otras semeja la debilidad ritual y necia de lo que fue la yerba exuberante. Más allá un naranjo, rodeado por lástimas de geranios a punto de morir, y en el

fondo la casa rosa con un corredor brillante, recién barnizado por la lluvia. Ante la puerta abierta el llamado casi grito de Isabel, se inmoviliza frente a una mujer alta, pálida, que le impone silencio y luego lo conduce con lentitud por un corredor que da a cuartos, cuyas puertas se abren y cierran con golpe de abanicos. Cuando tiene la sensación de que está en un tren de innumerables vagones vacíos, que no está en el pueblo ni en ningún pueblo, que viaja a una velocidad inaudita y ciega, la encuentra en un cuarto sin puertas y sin ventanas, sobre una cama de ropas sucias, extendida sin recato, con un gesto de dolor en el rostro dormido. No sabe si ella o la carrera loca que siente bajo sus pies, le traspasan con furor la sensación de que está viviendo una pesadilla de ir inevitablemente hacia el precipicio y todo se convierte en un aviso claro, elocuente y siniestro de que no hay salvación. Trata de tomarla en los brazos, pero el cuerpo es pesado y gime dolor, está húmedo de una transpiración afiebrada, y sin despertar grita estertores ruidosos de animal herido. Cuando sobreviene el choque brutal que rueda y rebota en un vértigo de horror que va lanzando astillas de vidrios, maderas y pedazos de cuerpos, en él se hace consciente la impresión de que seguirán rodando y rodando y no acabarán nunca de rodar, por eso cuando encuentra la mano ensangrentada de Isabel, su Isabel, empieza a besarla con el fervor de quien dice el último adiós, como en las cartas que le ha escrito y ha ido dejando en los diferentes burdeles de los pueblos, con los viejos mañosos que conocen todas las putas, con las alcahuetas que bien saben sobre las cosas de amores imposibles. Al final de su caída, sabe que en las colinas se levantan pueblos que no existen y en ellos casas en que Isabel agoniza, porque su mundo cada vez más está confinado a la inexistencia, en donde las catástrofes se concretan en neblinas que nunca se despejan. Una fuerza extraña lo sacude como si de nuevo las fiebres inesperadas se apoderaran de él. Sube a la colina y ve el pueblo plano y extendido. Un

pueblo que no es el pueblo, que es otro pueblo, en donde encontrará un hombre que no es un hombre sino otro hombre, un amigo que no es el amigo sino otro amigo, una mujer que no es la mujer sino otra mujer, una Josefa a quien llamará Isabel y no será la Josefa sino otra Josefa, en donde él no será él sino otro. Todo será igual, la Isabel no estará porque quizás ahí no ha estado nunca y no hay lugar en donde buscarla, sólo él conoce su sitio y ya no sabe si es en un inexistente pueblo de esa colina, de otra colina o en el puro centro de su corazón.

Camina seguro de que habrá un nombre, una seña, una referencia, una historia, sobre un ademán de allá, porque de aquí se fue la Chavela, además no sea tonto, ésa no vale la pena, hay tantas iguales y muchas más baratas. Tal vez no sea tan jodida como dicen, aquí no hizo daño que se sepa, aunque era bien mal encarada y a las bizcas más vale poner distancia. A lo mejor aquél que tenía cara de bondadoso viejo y le recibió la carta con promesas de entrega, le vuelva a repetir con acento lascivo que la Chavelona no merece la atención de un hombre verdadero, pues si se mueve bien la muy perra y conoce a fondo el oficio, ya se sabe que no sólo de pan se vive y en la cama ésa ordeña muy fino y lo mismito hace con todos, con el que le pague, ese tipo de gallinas sólo amarran de momento y para el rato, pero el hombre hombre se levanta porque son de las que arrinconan, hay que tetearlas, caderearlas, abrirlas y cerrarlas y se acabó. No son para dejárselas ni para quedarse con ellas. Ese viejo que le dice: Oigame bien, y lo oye con asco, sin rabia, como si la pasividad de las cosas quietas le hubiera caído encima y no fuera el que oye y busca, sino simplemente el testigo indiferente de algo inevitable como la lluvia que lo acorrala en una esquina con aquel viejo que a pesar de todo es bueno y no sabe de lo que habla. Oigame bien, esas mujeres no convienen, no tienen entrañas, están vacías y cuando se les pide algo, una palabra, un gesto, una mirada, dicen bueno, ya la

función acabó y si quiere más pague de nuevo y a empezar, si tiene todavía fuerzas, cabrón pendejo, gallo gallina, remedo de hombre, y dan ganas de patearles el mico y mandarlas a la mierda. Oigame bien, no se pudra con lo podrido, ni se joda con lo jodido, es cosa de buen ojo: de mantener la vista en la cabeza y no cintura abajo, cada instrumento hay que tocarlo según la música que pueda dar y quiera bailarse, la mayor estupidez del ser humano es cambiar la naturaleza y cuesta caro el intento, el río se inunda y la serpiente domesticada algún día saca el veneno y se larga de nuevo al monte. Oigame bien, la Chavelona es ortiga de la brava, como remedio está buena para ciertos momentos, pero no para buscarla de pueblo en pueblo, usted ya no puede con su cuerpo y con su alma, está mal, se le ve, lo enfermó esa diabla, lo enconó, tienen sus mañas y usted, jovencito, todavía no sabe de la misa la mitad. Oigame bien, es la segunda vez que lo veo por este pueblo, preguntando de puerta en puerta por el diablo. Oigame bien, esto se lo dice un viejo que ha pasado por muchas camas y suerte no le ha faltado, y mire si sabré que me buscan por violador de menores y no fueron sino obras de caridad, compasión que siente uno por las ansias ajenas y por pura lástima se vuelve uno guía, enseñador de experiencias, para que luego los idiotas lo condenen. Oigame bien, yo me he metido hasta en donde mis años asustan, un viejo jugado si así lo quiere creer, he tenido mis enredos y no me desagrada enredarme, se vive para eso y para darse gustos y lo que nos ponen no son adornos, su función tienen y yo la practico, los únicos santos que existen en este perro mundo son los de palo que están en las iglesias y no sirven para nada, salvo para que alguna vieja loca les invente un milagro, les haga fama, les componga una novena y el cura amplíe el tamaño de la alcancía. Oigame bien, en el gusto está la variedad o en la variedad está el gusto, el orden de los factores no altera el producto, las hay jamonas que resultan, las hay viejas y reviejas que con ciertos masajes y lisonjas se

convierten en brasas, las hay muy jóvenes que no responden, las hay chiquillas que dejan sin respiro, las hay feas que para eso se convierten en beldades, las hay paralíticas y hechas leña que son licores finos y emborrachan como ninguna. Oigame bien, la Chavelita ya no es lo que era, la última vez que pasó por el pueblo la encontré floja, no la de antes, la que atizaba, me pareció que se cansaba sin empezar, ella se los empuja tieso y parejo, tal vez estaba muy borracha pero en aquello de afuera y para adentro se me quedó fuera de compás. Oigame bien, las hay mejores, de pura calidad, la Susanita es una delicia, búsquela, ésa sí vale la pena, como perra es muy perra y también muy cara, pero se mueve y brincotea como un colibrí, hasta si no se agarra uno bien se le escapa, a mí se me cayó de la cama y hay que ver que risotadas se echaba de este viejo inútil que ya no sopla y empezó a cantarme como si yo no supiera de lo que flaqueo, los años no pasan en vano, y oigame bien que usted está en los mejores tiempos y necesita buenas monturas, no se afloje ni se desgaste en los caminos, arrímese adonde pueda bien arrimadito, lo que sigue viene solo, y oigame bien...

Camina y de repente la furia de las puertas cerradas, de las respuestas casi maliciosas de no la conozco, no trato con esa clase de tipas, pregunte en la cantina o en la jefatura, en la sanidad la tienen registrada, ésa no viene por aquí, hace mucho que la corrieron, para qué la busca no sabe que le sobran los hombres, mire no sé de ella pero si la veo de nuevo le dejo inmóvil esa sonrisa de pura puta que tiene en la cara, cómo se atreve a preguntar aquí por esa fulana. Y el cansancio de preguntar por ella y de recibir las mismas respuestas, las compasivas, las burlonas, las irritadas, las irónicas, las fotografías de te conozco y la conozco, las vacías, las nulas, las demoledoras, las insistentes que en vez de contestar repreguntan. Amanecer, atardecer, anochecer, agonizar, soñar y despertar con palabras que no eran las esperadas, ni las prometidas, sino las que se hundan y revuelcan con dolor

en las entrañas, esas entrañas que nunca había visto, pero que se hinchan, duelen y golpean con ansias de una casa en que no haya nunca más a quien buscar, ella esté en su sitio con un delantal y la cara limpia y sonriente. Dejar de sentir la furia de sonrisas, codazos, burlas, esa furia de ver cómo se juega con los nombres y con las honras, esa furia de saber que la persona es un ser encerrado en sí mismo, que no se entiende ni entiende a los demás, sobre la que salta la infamia y el deseo de simplificarla en palabras. Ella no es lo que dicen, ella es ella, nada es malo en torno suyo, nada es malo dentro de ella, y está ahí, en donde la ha de encontrar un día, pura, noble, sencilla y buena, como sus ojos la ven, como los ojos de ella lo ven a él. Lo demás no importa, aunque lo enfurezca, en rabias y furias que no expresa, sólo se pueden balbucear ante sí mismo y ante ella. El, el silencioso que lo oye todo, que lo soporta todo, vive de su fe, de sus imágenes interiores, de su sentimiento centrado en lo vivido y padecido, lo demás no importa. Ni el honor, ni la fama, ni la buena reputación, ni la mala, ni el lugar en que se estuvo ayer y tal vez se volverá mañana. Tiene valor el sitio del corazón, la nobleza de querer, el dulce amparo de la esperanza, y eso de ir al encuentro por más largo que sea el camino.

Sigue y la lluvia empieza a angostarle los pasos. Isabelita, mi Isabel, te escribo otra vez en el viento, que es el único mensajero que nos une. Nada hay nuevo que contar. Anduve por muchos pueblos rastreando como un perro de cacería, pero con la sola intención de hallarte para decirte que te quiero y te querré siempre. Me tenés miedo, lo sé, cuando llego ya no estás, huís, siempre dijiste que te irías más allá del Parismina, en donde nunca pudiera verte de nuevo. Llegaré, llegaré, sé caminar y luchar por encontrarte. En donde estés. No conociste mi insistencia. Vos eras lo que se pierde desde siempre y yo estaba destinado a buscarte por donde fueras. Es el sino de cada uno, ya verás. Sé que no fui bueno, que te amenacé cuando la gente me puso la cabeza loca, que

no entendí al principio tu mundo libre de caminos, soñaba en tenerte dentro de la casa, oh loco de mí, encerrar el horizonte, la luz, detener la luna, aprisionar el trino antojadizo de un pájaro que siente por casa toda la tierra. Ya no soy necio, ya he aprendido muchas cosas, una de ellas es quererte como sos y quererte con la misma fuerza de antes, en que te prefería muerta a de otro. Isabel, si supieras de mis planes para nuestro futuro juntos, no tendremos casa, andaremos de un sitio a otro en eterno viaje, no callaré tu risa, te dejaré reír lo que querás, aunque sea de mí. Trabajaré en lo que pueda para que gocés de tu libertad, te seguiré como un perro faldero y nunca exigiré nada. Si te confesara mis pecados, todos mis pecados, constatarías que en el fondo soy inocente y mi único deseo es tu alegría, a costa de cualquier cosa, de mis humillaciones, de las burlas, de convertirme en esclavo a tu servicio, lo que sea. No soy bueno, no podría engañarte con menciones de virtudes que no tengo. Quise matarte, te pegué duro, te desprecié con palabras y pensamientos y aquí estoy buscándote para reverenciarte. Sos más que Dios para mí, porque de vos depende entera mi vida que no tiene significado sin vos, que no sabe a nada, es desabrida, carece de apetitos y propósitos. Nadie me comprende, pero yo me entiendo en esta búsqueda cada vez más insistente y dura, porque busco mi vida, mi razón de vivir, mi fe. No soy hombre de ideas, soy hombre de sentimientos, nací queriéndote y me voy a morir apegado a este quererte sin fin. Me llaman idiota los que viven por otras cosas, por ver crecer las matas en sus campos, por cuidar animales en sus potreros, por hacer dinero en los negocios, por creer que en un montón de hijos dejan de morir un poco, por arrodillarse y venerar a un ser superior, por desafiar el misterio y vencerlo, por trabajar con ahínco y saber un poco para ignorar mucho, pero soy muy simple, mi fe y vida es Isabel. Esa Isabel que conocí desde niño, que quise desde entonces y que seguiré queriendo mientras viva.

Camina y el cielo cada vez más cerrado y más oscuro, niega a la tarde el resplandor en la hora del crepúsculo. Empecé a caminar con un puñal, nada me parecía mejor que cortarte en pedazos, sentir que mi propio amor, en ese momento puro orgullo, penetraba tu carne y la derribaba en múltiples cuchilladas. Lo dejé en un camino, después de oír que te burlabas de todos y recordar esas voces tuyas que nunca me dejan: nunca seré vencida porque no espero vencer a nadie, sino humillarlos, descubrir sus miserias, ser reina de ellas, escupir sus pretensiones, empozada como quiero estar en lo peor y en lo mejor de los seres humanos, en la desnudez esencial de los apetitos, ya no habrá forma de disminuirme, los habré disminuido a todos, voy a ser una mercancía que se compra y nunca se vende, la mierda pura, entendés, ese último escalón en donde no hay caídas ni descensos, en que todo es malo, pudrición y sin embargo ahí está Dios, ahí está la desnudez básica de cada uno, el poder último del hombre, la sinceridad absoluta de los humanos, la simplicidad rotunda de las personas. Después compré un revólver, no podía soportar tu huida, tu rebeldía, tu libertad extraña, esos caminos que escogiste para encontrar esa rara condición humana que no podía encerrarse en una casa, en un horario, en las tareas cotidianas, en un desayuno en que a veces se habla del día y del mañana. Lo boté también, porque en mis andanzas detrás de tus huellas, no sólo he hablado con los humanos, he comprendido el lenguaje de los pájaros en sus tristes luchas contra el hambre, la sordidez de los ganados en esas fábricas de crianza entre los alambres de púa, la hostilidad obligada de las fieras, el drama constante de lo que quiere vivir y de lo que muere. Y no quise ser juez ni verdugo, tampoco testigo ni víctima, no tengo fuerzas para acusar y reclamar, carezco de valor para demandar justicia. La pistola quedó en algún lugar que ya ni siquiera recuerdo. No hay odio en mi alma, no hay rencor en mi corazón, no tengo derecho. Tampoco hay hombría ofendida, porque no es que

no supe retenerte, simplemente no te entendí, no te he entendido nunca y ése ha sido mi gran pecado. Soy muy simple, estudié la doctrina cristiana en los libros, asistí a la iglesia con devoción, me confesé con temor y sin embargo nunca llegué ni siquiera a acercarme a esa claridad de tus ojos y de tus palabras, a esa sinceridad de tus actitudes. Recordá que me empeñé en casarme, no es necesario me dijiste, eso ha pasado siempre en todas las épocas de la historia y sólo los tontos han hecho caso, ni siquiera Adán y Eva se casaron. Después tu familia fue la que propuso el matrimonio y no acababas de reírte por el ruidoso escándalo que hicieron. Mis padres no lo hacen todas las noches, pero de vez en cuando los oigo agitados y me los imagino sudorosos, hablando las tonterías que se dicen en la cama o tal vez callados porque ya no tienen nada que comunicarse y quizás no se han complacido del todo, pero se escandalizan cuando otros no hacen más que lo que ellos mismos hacen, la vida es hipocresía estúpida, se esconde la alegría y el placer, se exhibe con orgullo el dolor y la tragedia, al diablo con esas vainas, no me dejo vencer. Y nos casamos porque dijeron que nos debíamos casar, se sorprendieron que no viniera el niño a los pocos meses y declaraste que eras estéril como una mula, que es el animal más gozoso de esta tierra pues tiene los placeres sin los dolores. Y me dijiste claramente no te quiero en el sentido de que las esposas modelo quieren a sus maridos, aunque les apeste la boca y huelan a sudor el día entero, te quiero a ratos y no creo que mi amor dure mucho, me gustan los caminos, además para mí el matrimonio no es un asunto serio, que me pueda encadenar, es un absurdo de la moral y de las buenas costumbres que no admito, entendolo bien, creo sólo en lo que me gusta creer. Me había imaginado, con toda mi simpleza, que estabas bromeando porque aquellas palabras tuyas, cargadas de temas inesperados, no podían ser ciertas, no concordaban con las prédicas de las madres, de los curas, de las personas decentes, de los periódicos, de

las voces diarias en las casas y en las calles. Y ese lenguaje tuyo es similar al de los pájaros, al de las fieras, al del ganado, pero no lo entendía y lo transformaba en dichos disparatados, en originalidades de mi hermosa, de mi pura, de mi noble Isabel. Cuando nos fuimos al primer pueblo, en donde me inicié como maestro rural, me dijiste que si quería desayunar me hiciera el desayuno, que no eras esclava de nadie y sólo podías hacer lo que te placía, que no era precisamente huevos fritos y papas a la francesa. Nada de eso me importó, te lo juro, ni la casa desordenada, ni la ropa sin lavar, ni los platos sucios, ni la cocina con sus colecciones de parches y de basura. No me importó nada de eso, te lo juro, ni tampoco tus silencios y tus largas carcajadas, tu abrir la puerta a las vecinas medio desnuda y tu vocabulario de frases fuertes, tus maldiciones a la lluvia, al sol, al calor, al frío, a la soledad de un pueblo que no querías conocer, a tu aburrimiento de largos solitarios, a tu preguntarme por otras experiencias, a tu deseo de que me convirtiera en la cama en un monstruo de torturas, cuando sólo quería besarte y besarte, con inimaginables ternuras. No me importó nada de eso, te lo juro, me importó únicamente cuando te fuiste por las calles y no volviste hasta muy entrada la noche y me dijiste sin timidez alguna que en los platanares había nidos de amor, que no todos los hombres eran tan celes como yo, y que bastaba interesarse en una pequeña cosa para crear un mundo de realidades descaradas, que eran las únicas que valían la pena en esta tierra. No supe qué hacer, no tenía palabras con que convencerte sobre la dulzura del hogar, acerca del bienestar que dos personas que se aman pueden encontrar juntas, prediqué es cierto, prediqué hasta el más rotundo aburrimiento sobre la fidelidad de la pareja, sobre la lealtad que se debe un cónyuge al otro, sobre el premio de ser honesto y puro, sobre la virtud que debe prevalecer en los actos humanos. Y me respondías que eran palabras vanas porque lo mismo necesita del sexo el trabajador del banano que el administrador de la

compañía, y ella no era un banco para acumular tesoros y negar préstamos sin interés y amortizaciones. Me dijiste que te daban compasión los deseos ajenos y no podías regatear las complacencias de ellos y las tuyas propias, que querías ser de todos, no entendías por que yo me atribuía la propiedad de tu cuerpo, que había nacido libre y era un goce cuando se entregaba a otros y sentía más satisfacciones que conmigo. Me enloquecí, es cierto, me enloquecí. Es difícil para un hombre entender tu carácter, tu modo de mirar las cosas, tu raro afán de ser de todos y no ser de nadie. Empecé a portarme mal, ahora lo entiendo, en vez de darte amor te di dolor, amargura, odio, inseguridad, palos, malos tratos, encierros, y vos ahí me esperabas para burlarte, para decirme que vencerías, te escaparías, no eras un objeto ni una propiedad, tenías tu propia vida, tus propias demandas y con tus manos me descubrías tu sexo y luego me dejabas días y días sin gozar de él, agonizando los dos de deseos y de calenturas insaciables. Me enfermé y te fuiste, pero luego te encontré, para qué decir a dónde, y te traje a patadas por la calle, me olvidé que era maestro, líder de la comunidad, pendejo ejemplar de la enseñanza. Pedí traslado y te arrastré conmigo a otro pueblo, en que se repitió el episodio. No quiero acordarme de tus palabras y de mis palabras, no quiero revivir tus gritos en el autobús, tus reclamos delante de la gente, tus manifestaciones de libertad cuando correspondía el decoro. En el trayecto gritaste que eras una puta y siempre lo serías, porque te gustaba, te encantaba serlo y así habías nacido, y yo era simplemente un cabrón y un cornudo. Te desvestiste delante del chofer y unos pobres campesinos, y yo con el alma acongojada sólo entendía mi propio lenguaje de timideces. En el nuevo pueblo, ya no hubo forma de retenerte, el más allá del Parismina era tu signo y tu destino. Volví solo a la ciudad a quejarme en voz alta, sin recato alguno, pues algo de tus libertades se me había contagiado. Me dijeron secamente: tuya es la libertad, buscá otra y sanseacabó. Era tan simple el

vaticinio ajeno. No pude, dije que no podía, grité que no podía, confesé que eras todo para mí, mi Dios y mi vida, me aconsejaron que tomara alcohol, que visitara burdeles, que encontrara a cualquiera y me acostara con ella, que te olvidara a como mejor pudiera. Hice caso, traté, me emborraché, visité hosterías, estuve con las rubias y las morenas, las flacas y las gordas, las simpáticas y las antipáticas, y ninguna, mi bien amada Isabelita, me borró tu memoria, cada vez más intensa y más de necesidad imprescindible. Cuando te salí a buscar como a un tesoro, como al sentido mismo de mi vida, ya era tarde, demasiado tarde, lo entendí mucho tiempo después del oportuno. Por eso debo pedirte perdón y resignarme a mi suerte, que no ha sido buena, palos me he llevado al decir tu nombre, machetazos por bendecirte, hambre por buscarte, pero no importa, lo merezco, merece el hombre aquello que le ocurre por no haber conservado sus únicos bienes. Yo te quiero, te quiero a lo profundo, y ha sido una lástima que tarde me diera cuenta de ello. No te quiero para venganzas de honras que no existen, te quiero para darte el goce y el placer que siempre has deseado.

Camina, la noche es ya un espejo opaco en que ni siquiera se reflejan las estrellas. Voluntariamente ha dejado atrás las luces pestañeantes de pueblos, que se animaban a anunciarse entre la neblina y la lluvia. Mi querida Isabel, mi Isabelita, nunca te supe dar amor, te besé demasiado, te hice muchos preparativos y a la hora de la verdad era yo un gusano retorcido en sus propias emociones, demasiado cansado, dormido en sus sueños de amores perfectos, soñando con las Isabeles que estaban en mi Isabel. Tenías razón en buscar a otros más directos, más prácticos, más viriles, que se cansaran pronto de hablar o que en silencio, sin las palabras de adoración que te molestaban, cumplieran con el amor del momento, en la espuma plena del instante. No supe cómo, quizás todavía no lo sepa, pero te quiero con el entendimiento de que querer es aceptar lo que es en su puro sabor,

sin descuidar el idealizar un poco, pero hacerlo a solas, íntimamente, sin decirte que sueño tu propia grandeza de mujer gloriosa. Las cosas pequeñas las he olvidado, para qué recordarlas. Apenas como un eco que se disipa en el aire, me acuerdo de tus furias, cuando me decías que nunca, y lo jurabas sobre tu frente, tus senos y tu sexo me querrías, porque yo no era más que la salsa espesa de un mundo que odiabas. Tuya era la razón, me parecía a tu padre en los sermones y en el deseo absurdo de que las cosas salieran bien, sin saber cuál era el bien y que había que hacer para lograrlo. Me parecía a tu madre, tu horrible y aburrida madre, con su lista de preparativos para satisfacer necesidades que no eran nuestras necesidades ni las de nadie, pero que ella las inventaba para crearnos misiones de cosas imposibles, tareas escolares de recoger herbarios, y sólo por eso debíamos ser buenos, bien parecidos, educados y morales, como si en alguna tienda del vecindario se vendieran las etiquetas. Me parecía también a mi padre, con su sentido de honor y de propiedad, el pobrecito siempre endeudado y con el rezo de debo pagar la próxima quincena, un creador de ilusiones sin atreverse a soñar en el imperio de lo imposible, que eras vos y serás vos eternamente. Y me parezco también a mi madre, la que se consolaba con todo y cualquier cosa era una bendición divina, porque esta tierra es un valle de lágrimas y la menor sonrisa un paraíso, pero para llegar a ese paraíso había que molestarme y me enseñó a joderme hasta que no supe de otra cosa y acepté tu desamor como la tarea del amor, estúpidamente creí que con decirte que te quería en forma de declaración me entenderías este amor que me duele y me martiriza y siempre me ha hecho crecer, aunque los demás crean que voy cuesta abajo. Me parezco también a mis hermanos, irritados y violentos, porque los antojos no se cumplen y hay un punto de conformación que desconocen, tal vez por eso te pegué y te encerré, guardé tu ropa bajo mil llaves y me empeñé en que fueras lo que no eras, la mujer de

la revista, la del cuento azul, la que remienda la ropa nueva sin huecos, la que tiñe el color fijo de las ilusiones tontas. Así te dije palabrotas, te hablé de los infiernos que llevabas dentro como si no fueras toda un paraíso, y me llamé a mí mismo infeliz, pobre víctima, traidor de ideales, sostén inútil de prostitutas. Y me parezco también a mis hermanas, insaciables damas del credo y del mal ajeno, y te eché en cara tus ingratitudes sin saber por qué me debías gratitudes, te reclamé armonías para mis disonantes dudas, te proclamé carcelera de mis infinitos egoísmos y te subí a un altar diabólico en que se te quemaba viva como a las brujas por no ser lo que no podías ser, hada encantada, señora de castillo, mujer de trovador, dama de salones, de esperas y conformidades. Mi pobre Isabel frente a un hombre confundido en sus semejanzas postizas, sin dejar de reclamar sus derechos, sin callar sus insatisfacciones, sin ocultar sus desengaños, y todo para nada, porque tampoco entendías mis palabras prestadas, mis alegatos históricos, mi falta de adaptación al momento mutuo, que era un desafío a la premura cambiante del instante y a la realidad de tus contrastes clamando por la fotografía desnuda que nunca se toma porque nos asustan los pellejos colgantes y las curvas profundas de lo íntimo. Y vos sin parecerte a nadie, rompiendo la tradición de tus seguramente santos abuelos y de tus muy honrados padres, porque sólo creías en la carga de carne que soportabas y en la validez de los minutos de tu presente, escurridizos y sin un fin determinado. Bien lo decías: mi vida no es una colección de perlas para un collar que usará una dama desconocida, mi vida es una porquería de terquedades que nadie querrá recordar pero que viví como me dio la gana. Oh mi Isabel de prodigios en un mundo que se acomoda en las filas, las que van al mercado, las que van a la fábrica, las que van al salón de belleza, las que van a la oficina, las que salen de la iglesia, las que esperan la fiesta, las que se visten de rosa, las que se visten de negro, las que sienten el verano, las que se estacionan en el

invierno, las que temen ser y se aguantan, las que sin temor a ser se sacian de embriagueces. Oh Isabel de mis amores, a quien conocí tan tarde en sus médulas de rebeldía y de anarquismo, a quien nunca alcanzaré en la espiral de remolino que tienen sus caprichos. Siempre lo supe: o me ahogo o salgo como Lázaro con otra vida en que aprendí a nadar en todas las corrientes. Y aquí estoy, en busca tuya, aprendizaje verdadero de la vida, hacia el más allá del Parismina, que puede estar a la orilla de cualquier cama, en cualquier pueblo, en uno tan viejo y tan nuevo que ni siquiera tenga nombre.

Camina, la noche ya es una niña mayor, de pelo negro que peina sobre su cara con mantos de oscuridad, que apenas si permiten adivinar las cosas. Caminante, a dónde va. Está acostumbrado a las voces de la noche, salen de los huecos de los árboles, se suben por las sendas opacas, se apiñan cerca de los arroyuelos y nunca se sabe si hablan de verdad, apenas murmuran o son los ecos con que juega la soledad a soledad. Una brasa de cigarro se mantiene en el aire como una luciérnaga colibrí. No voy, busco a mi Isabel, contesta. Siente necesidad de contestar y contar su verdad más honda, para qué esconderse, para qué mentir, para qué decir evasivas, quiere enseñar las intenciones y los intentos, aunque encuentre burlas, palabras compasivas, insultos. Esa es la vida. Se tiene un propósito y si se oculta se deshace en pretextos creados por las mismas evasivas. Caminante, venga para acá, yo no busco a nadie, pero me buscan a mí y me gustaría que conversemos un rato, tengo medio litro de guaro, estoy dispuesto a compartirlo por un poco de conversación. Ya está acostumbrado a esos rincones de la noche, a esas esquinas sin calles de las solitarias compañías que cambian unas cuantas palabras, sin saber a ciencia cierta de que hablan y que se confían. Al principio ni siquiera adivina si hay realmente un hombre, pero se sienta donde está liso el suelo, aún húmedo de la lluvia que ha dejado de llover y volverá a caer dentro de

un rato. Venga para acá, más cerca, dicen que soy peligroso, pero en realidad sólo ataco cuando me atacan. Se mueve hacia donde lo llaman, sin miedo alguno. Hace tiempo vive a la intemperie y conoce muy de cerca lo que es tropezar con una rama o con un borracho nervioso, capaz de matar a su propia sombra. Nunca ha encontrado un amigo, salvo los consejeros gratuitos que todo lo saben y lo han vivido, mientras los ojos se les escapan en gestos cobardes y las manos se les estiran con cicatrices de amargura. Señor, debo confesarle que me cae bien un descanso, vengo de lejos y no sé siquiera para donde voy, quizás usted sepa si estoy bien orientado hacia el Parismina. Y la voz, con las típicas bajas armonías casi a punto de transformarse en maduros catarros, le contesta que sabe poco de geografía, pero que algo le dice que están cerca de alguna de esas cordilleras donde cunde el frío y la lluvia, así como el olor de selva y de mono. No se aflija, compañero, que caminando siempre se llega a algún sitio, ésa por lo menos era mi esperanza. Buscaba desde hace días algún punto escondido por donde atravesar la frontera, pero no sé si estoy andando hacia el sur o hacia el norte, esas bandidas estrellas que orientan a tantos hace tiempo no se asoman por el cielo y cuando las vea qué voy a saber yo de las relaciones que existen entre su colocación y la mía.

Un cigarro húmedo, con sabor a tabaco mojado y un poco de alcohol que le duele al bajar. Señor, yo me llamo Miguel y dicen que soy maestro, aunque no sé ya si lo soy o no, llevo muchos meses caminando, de un sitio a otro, apeado, arruinado, hecho un pobre diablo, pero soy feliz porque estoy en lo cierto, he encontrado el meridiano que atraviesa mi alma y para allá voy, aunque tarde mucho. El cigarro se apaga y la luz veloz de un fósforo le enseña unos ojos rabiosos, viendo casi achinados sobre el reflejo de una nariz aguileña, de corte feroz como si se hubiera desprendido bruscamente de la arcilla. Venga para acá, más cerca, no tenga miedo, soy manso cuando quiero serlo y cuando me

dejan. Un escalofrío le recorre la espalda, pero se acerca, cualquiera que sea su destino está dispuesto a aceptarlo, la verdad es que las ha pasado peores, unas veces por confiar en los demás y otras por desconfiar, y siempre se equivocó, generalmente pasa lo que ha de pasar, pero la voz de aquel amigo inesperado le recuerda el cuento de la Caperucita y del lobo, algo de trampa suena en la voz, un poco melosa, un poco acatarrada, un poco con intenciones veladas de quién sabe que mente tortuosa. Toca su pierna y ya ve que el hombre está recostado en algo, quizás una piedra, quizás un bulto, quizás otro hombre muerto. Sólo el corazón palpita un poco, pero la voz la ha controlado, el miedo se ve y se huele, para qué ocultarlo. ¿Quién es usted? La pregunta está hecha y se arrepiente de haberla pronunciado. Qué importa quién es y qué quiere, si tiene un puñal entre las manos y está tan cerca que puede clavárselo sin gran esfuerzo. Si siquiera tuviera tiempo de invocarse a su Isabel y decirle por última vez que le desea lo mejor y la quiere de verdad y mucho, como nadie la querrá en su vida, pero recuerda que esto se ha dicho en muchos boleros, con música y suena a prestado, no a sincero, a vivido por él con tanta verdad y con tanto dolor. Tantea la botella que le pasa con un temblor en sus propias manos.

Yo soy un carajo muy malo, si supiera con quién está, tendría más miedo del que tiene ahora, soy lo que llaman en los pueblos un tipo sin alma, un bandido, un hijoeputa, un animal de mala entraña, pero esta noche estoy bueno como los comemaíz que no le hacen daño a nadie, quizás esté por entregarle el alma, si es que tengo, al diablo, unos cabrones me hirieron muy feo y tal vez de aquí no me levante, aunque quien sabe, mala yerba nunca muere y no tengo ganas de patear el balde, menos sin confesión y no sé por qué siento que en vez de maestro es un cura solapado, éstos que andan salvando almas y lo encuentro justo cuando a lo mejor vale la pena un minuto de arrepentimiento, aunque

muy arrepentido no estoy. Si me habla de Cristo y de las vainas del cielo, del amor al prójimo y de las torturas de los pecados, quizás me ayude a encontrar alguna razón para arrepentirme de lo que he hecho, y así pueda olvidarme que seguiría haciendo cabronadas si no estuviera como estoy. La oscuridad es a veces una fuente infinita de conocimientos, y cierra los ojos para estar completamente ciego y luchar como los ciegos en busca de sentidos que suplan los ausentes. No soy cura, creo en Dios y en la Virgen y en muchos santos, pero nunca pienso ni siento mis creencias, creo en la misma forma en que tengo manos, pies, ojos, pero nunca pienso en ellos, salvo cuando me duelen y cuando me duelen rezo para que no me duelan y después sanseacabó, como ve no tengo dotes para curar almas, tal vez puedo ser mejor con sus heridas, si usted me lo permite. El trago de guaro le baja redondo, en una bola que quema con un sabor agradable. El tipo contesta: es aquí matasanos, yo no me había equivocado, algo de cura sabía, me duele tanto que ya no sé lo que me duele, la cabeza me da vueltas y el guaro me quita esta calentura en el cuerpo, hace un rato me tendí para que la lluvia me aliviara un poco, pero ni así, debo tener gusanos hasta en el corazón, me dieron tres balazos en la pierna, los toca, son esos huecos, pero lo peor es la hinchazón, la pierna no se mueve, ya ni siquiera la puedo arrastrar, esos güevones se pasearon en mí, todo porque no tenía tiempo, ni las circunstancias me favorecían para sacarle a cada uno las tripas. Se estarán riendo esos come mierdas de la hazaña y a lo mejor todavía andan husmeando muy cerca para rematarme. Con delicadeza de curandero improvisado toca la pierna extendida, la hinchazón y los coágulos no le dejan encontrar los huecos. Una compasión de propias impotencias le duele muy hondo. No puedo hacer nada, no veo, además no tengo con qué, le aseguro que siento no aliviar su dolor, estoy apenado muy sinceramente. Cierra los ojos, por primera vez la oscuridad lo asusta. Un hombre herido está a su lado, un

hombre que jadea y maldice, que quizás esté agonizando y su inutilidad se reduce a unas palabras de disculpa, que ni siquiera transmiten sus verdaderos sentimientos.

La noche es un centro nervioso de oscuridades, en que su cara y la del otro, pueden ser estrellas que se ven en alguna otra parte del mundo. Siempre había querido las noches como el lugar ideal de reposo, en que ella era de él, volvía a su lado como una bestia mansa y le decía casi sin decirlo: para siempre. Cualquier sueño cabe en la noche, aun el simple sueño del encuentro con sus tantas versiones, el de la sonrisa abierta de felicidad, el de la sonrisa burlona de para qué, el de la sonrisa hiriente de tu búsqueda ha sido inútil, el de la sonrisa mortal de nada se puede hacer, no te quiero ni te querré nunca.

La noche le hace sentir su mano implorante en busca de su mano húmeda. Ya que nada puede hacer, confíeseme al menos, confíeseme, porque un momento de arrepentimiento da la vida eterna, en realidad no estoy arrepentido pero con un poco de prédica quizás pueda, ayúdeme a forzar esta necesidad de consuelo y de esperanza, que no se da por vencida, quiere seguir viviendo y haciendo el mal, porque malo he sido, malo y jodido, lleno de odio, nunca he amado al prójimo, ni me importa el prójimo, que también ha sido malo conmigo. Ayúdeme cura del diablo, que a lo mejor me estoy muriendo, los huecos no están sólo en la pierna, también tengo dos en las costillas y esos son los peores porque no duelen, pero me queman cada vez que respiro.

Piensa dentro de la oscuridad de la noche. Cómo ser sacerdote si apenas es amante y quizás tampoco lo sea, un ser obsesionado eso sí es. Un ser obsesionado que busca a la Isabel como podría buscar a Dios o como podría buscar el dinero o como podría buscar un ciervo si le hubiera dado por ser cazador. Si ese moribundo entendiera que él agoniza desde hace tiempo, se soltó de todas las amarras de la sociedad y anda a la deriva, con la brújula de un punto que tal vez

es una falsedad tan grande como los cielos y las jerarquías divinas que han inventado los hombres.

La noche le ilumina las palabras como si fuera maestro de las grandes enseñanzas, porque sobre la noche saltan las luciérnagas con sus luces de instantes, las únicas luces generadas por un organismo vivo, quizás las únicas legítimas en esta vida opaca, de tinieblas, en que se busca siempre tropezando con la ceguera mal iluminada de cada ser humano. Yo señor, no soy sacerdote, no sé si creo en Dios, y aquí en donde me ve atravieso los días y las noches en busca de una prostituta, que fue mi esposa, que me dejó porque no me quería, no anhelaba tener un marido, deseaba todos los esposos del camino, las emociones del día, las alegrías de la mañana que despierta los sentidos y grita estoy vivo y debo vivir, las agonías de la noche que cierra las puertas de lo normal y abre los pasos secretos a las cosas que cambian con la oscuridad, que se vuelven luminosas al tacto, que desconocen la claridad pero tienen su propia luz y sólo se encuentra con el conjuro del que conoce las tinieblas y no tropieza en ellas. No sé si me entiende usted, no lo sé, pero le aseguro que no puedo ser un sacerdote porque soy lo que llama la gente un cornudo y no le importa serlo, ha descubierto esa rara comunidad en que no interesan los nombres, los adjetivos, los verbos, perdone estas señalizaciones gramáticas pero lamentablemente soy un maestro, un tipo encasillado en las clasificaciones, por eso me molestan las medio cifras, el dos y medio, sólo manejo con tranquilidad las unidades enteras. ¿Me entiende? Es difícil porque yo no me entiendo muy bien, pero debo confesarle que usted me ha revolcado por dentro, quizás en realidad no pretendo hallar a mi Isabel, a la Isabelita de mis amores, quizás a través de ella busque a Dios. Nunca lo había pensado. Usted me ha hecho meditarlo y eso me ha sacudido el alma en una forma que puedo calificar de terremoto. Yo, el cornudo, el que ama a pesar de todo, a pesar de saber que ella se restriega con cualquiera, con viejos, con

jóvenes, con enfermos, con borrachos, se acuesta y disfruta, siempre disfruta, se da como en nuestra noche de bodas, que realmente fue antes del casamiento, pero que importancia tienen esas cosas, cómo distinguir una noche entre mil y una noches, lo mismo da y si no da lo mismo es porque se sabe la diferencia y quien conoce ese tipo de diferencias que sólo existen en las categorías de la ignorancia, es un pobre diablo y un místico. Usted tiene razón, la conciencia de Dios siempre está en las cosas imposibles, en la distinción de lo indistinguible cuando los valores se concentran en uno solo, que se vuelve importante en su razón vital que ha superado neciamente sus pobres y tristes límites.

La noche oxida como si un viento frío al congelar fuera entorpeciendo los movimientos, antes ágiles, ahora lentos y difíciles. Las voces mismas también se oxidan, balbucean al principio y después cobran la seguridad de un ejercicio decidido con fuerza a interrumpir el silencio que ahora está avisando con pasos grandes que puede ser la muerte.

Ya sabía que no me equivocaba. Es un cura de éstos que lanzan largos sermones que nunca se entienden del todo, porque llevan pegados las torturas de ser hombre, de ser cura, de no alcanzar la santidad, ni la maldad. Los medios, los tercios, los cuartos de la unidad que le disgustan. Y yo, pobre yo, me estoy muriendo en una noche del carajo, fría y lluviosa. Siempre pensé que morir se era como jalar el agua en el excusado, todo se va, partes de uno mismo se desaparecen, no queda nada. Una hijoeputada ha sido mi vida y la de todos. No estoy asustado, la verdad es que no había pensado tener en ese momento un cura pendejo tan cerca, pero siento necesidad de confesarme, de decir adiós en alguna forma a las cabronadas que he hecho, y ayúdeme al arrepentimiento que a lo mejor es cierto lo de la otra vida y aunque no me gustaría eso de estar con faldones en el cielo, rodeado de querubines y me molesta el ruido de las arpas y las loas a

ese todopoderoso que nunca oye, ni nunca hace caso, puede ser, puede ser... También la cuestión de morir se no es tan mala, cuando ya no se respira y duele todo, la pierna, la cabeza, las costillas, y todavía más eso de haber nacido para nada, para ser un pura mierda. La mano encogida de frío y de emoción busca la frente, que encuentra sudorosa, con el entreceño fruncido, hirviendo de fiebres y de dolores. No recuerda lo que se debe decir y hacer, pero la ocasión no se pinta para las perfecciones y tan ignorante es él como el otro en la liturgia y en los formalismos. Los dedos encogidos se extienden para hacer la señal de la cruz, pero no sabe si lo consigue, están insensibles, desobedientes, es posible que sólo haya logrado formar el signo insolente de la respuesta sordomuda de la mala crianza, él que jamás ha dicho una palabrota, que nunca ha querido ofender, que se ha desvivido por entender al otro, aunque el otro fuera uno de esos que es mejor no conocer. "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo lo oigo con devoción para pedir la misericordia eterna".

Un silencio hostil surge en el intermedio, un silencio que no es silencio, las ranas, los grillos, esos sonidos de la noche que se explaya en oscuridades y es el refugio ciego de los que sienten la libertad de sus luces internas, hechas fuego de cantos necesitados, de pululantes llamadas, de incesantes búsquedas. Yo nací malo. Calla, unos pasos de animal pequeño avanzan por algún rincón. No sabe si debe replicar y decir que nadie nace malo, todos tienen un alma y el alma es buena, es el cuerpo el que desvía en los caminos rectos, pero siente que no debe interrumpir, su misión es escuchar, tal vez consolar al final, luego bendecir, perdonar y asegurar la piedad infinita de Dios. Nacer malo no es cosa jodida, ni nada que se le parezca, si volviera a nacer, pediría de nuevo ser malo porque es tener la habilidad desde siempre de ver las cosas en su puro fondo, no por las apariencias y saber que debajo de las palabras, de los discursos, de los buenos

ejemplos, hay una realidad de pecados y debilidades, está lo escondido, lo que nadie se atreve a decir pero lo vive, no sé cómo llamar a esas carajadas que pueden resultar en la mayoría los malos pensamientos, los crímenes mentales, las sospechas tremendas, las dudas, las desconfianzas, los deseos de que a todos les llegue el mal menos a uno mismo, que es siempre un vividor esencial de los defectos ajenos, jugador sabio de las cartas en que se denuncia claramente la debilidad de los otros. Usted hubiera sido un simple gusano en mis manos, si no estuviera hoy agujereado. Por puro gusto le habría quitado lo que lleva encima y no contento con eso le hubiera dado unos cuantos palos, para que no olvidara nunca nuestro encuentro.... Fui un niño gritón, no me gustó la leche, aprendí rápido a contradecir, a blasfemar, a mentir, a aprovecharme de que era un niño... para qué contar esas cosas, pasaron como tenían que pasar... mi familia no era pobre y más o menos no me faltó nada, me educaron hasta donde pudieron en escuelas y en colegios, pero el único aprendizaje que me gustó era el de la calle, mi escuela predilecta el mercado, esa orgía de mezquindades, el mundo es una enseñanza de robos legítimos, para los que se necesita la constancia del comerciante o la tenacidad del que se enamora de los centavos. Aprendí a robar por instinto, robé en la casa, en la escuela, en la calle.... No tenía cara de malo, era lo que las señoras llaman bonito y suerte no me faltaba. Para esas cosas que nacen los hombres, empecé temprano. No me acuerdo ni cuando fue la primera vez, aunque miento, me invitaron a dormir en la casa de los vecinos, empecé con un niño de mi edad, esos repugnantes por sus proposiciones de juegos de inteligencia que acaban por si me enseñás te enseñó y terminé con su hermanita, deseosa de que la tomaran en cuenta. Los detalles no valen la pena y resultan aburridos, primas, amigas, prostitutas, señoras, señoritas, me pude dedicar al jaretazo, pero no tenía paciencia para andarme con contemplaciones y algo me llamaba a una

acción más riesgosa. Me fui de la casa cuando empezaba el tercer año en el colegio, me fui sin razón alguna, no me castigaban, eran buenos, hasta comprensivos, son cosas de la edad, ya verá como sale un hombre de provecho y mis padres, bien tontos los pobres, creían que era cuestión de esperar el cambio. Siempre operé solo, detesto la compañía de los malos y de los buenos. Estuve en el reformatorio, luego en la cárcel, nunca por acusaciones graves, me cogieron por estupideces, la mayoría de las veces por borracheras en que hablaba demasiado. Nunca pude detener mi propia lengua y hasta inventaba cosas que no había hecho. En los encierros, esos de ventana, corredor y patio, he pagado caro, muy caro, mi temperamento de soledad que buscaba la compañía de los idiotas en las cantinas y me iba en correrías de palabras sin necesidad alguna. Mis grandes hazañas nunca se han sabido. Maté a dos personas: una pobre vieja, que vivía sola con sus joyas y sus dineros, no quise pasearme en ella, pero no dormía, el menor ruido la despertaba y apegada a su riqueza empezó a dar alaridos de monja violada. La fui golpeando sin intención de herirla, era dura y necia, se me fue la mano. El otro era una bestia de impertinencias, quería lo suave, me compraba lo que conseguía por un lado y otro, cada vez me enseñaba los fajones de billetes y me decía que el negocio estaba malo, muy malo, lo enloquecía lo barato, el regalo. Un día me dio la espalda y un puñal, que nunca abandono, encontró con facilidad su carne grasosa y algo debo llevar en el alma de carnicero, no me cansé de ahondar el cuchillo por donde hallé la tajada fácil. Debe haber leído las historias en los periódicos, la policía culpó a otros y yo tranquilo me reía de las brutalidades de la justicia. Es bueno ver que hay criminales sentados en los escritorios y la vida es un correte para allá que justifica cualquier oficio. Me cuidé por un tiempo de las borracheras y se me acabó la paciencia. Mi sueño era asaltar un banco a pleno día, correr como un loco con una valija llena de dinero y esconderme

en cualquier sitio. Me obsesioné con la idea. Empecé un trabajo limpio, inteligente, una agencia bancaria, ésas en que la inocencia de cómo está y en qué puedo servirlo son la pintura dibujada en las caras de los tipos que atienden, buscando un ascenso en espera de que el Mesías llegue de cliente. Eran las cuatro de la tarde, casi a punto de cerrar. Había vigilado el sitio día tras día. Salió la muchacha de la caja y sólo quedaba el flaco de los libros. Entré con mi sonrisa de inocente, a cambiar un cheque, era tan burda la falsificación, un cheque hecho por mí. El flaco se quitó los anteojos, lo miró por todos los lados, hasta de perfil, y me dijo con voz autorizada a usted lo estafaron, esto no es un cheque. Ya era tarde para él, lo cogí por la cabeza y le corté con cuidado de no profundizar demasiado las venitas que corren por el cuello. Se me desmayó encima del estante. Cerré la oficina y más tarde, ya oscuro, salí muy campante con un botín regular de pocos billetes y muchas monedas. No se puede imaginar mi felicidad. Estaba tan contento como el pintor que termina una obra maestra o el poeta que hace un poema. No me emborraché en el pueblo, sino en otro vecino, pero tuve el cuidado de comprar las botellas y de venirme a las soledades del campo, y en la juma, qué juma más deliciosa, me desnudé de pura alegría y me restregué contra el pasto. Me da gusto enseñar a perder la inocencia y el tipo aprendió con su collar en el cuello. Pensé el otro golpe con cuidado, tuve tanta paciencia que me entrené para manejar un jeep y correr en la huida campo abierto. Escogí el lugar y lo estudié.

La noche se ha hecho tan negra y la confesión del hombre se extiende en palabras débiles, que ambos y la historia parecen perderse en la oscuridad. Siente que el hombre escupe o tal vez vomita. Ya puede adivinar su cara sin verla: ojos negros, un perfil aguileño, una cicatriz, una boca que se alarga en una sonrisa dura. El frío lo encoge, si hubiera caminado no tendría tanto o a lo mejor en el alero de alguna casa

lejana pudo encontrar el sueño y la cara de Isabel cuando cumplió quince años.

¿Me escucha, no se ha dormido? La voz es espesa, pero lejana y débil. Estoy oyéndolo con toda mi atención. Siga usted.

Un cuchilleo de amaneceres se presiente lejos, pero ni siquiera tiene idea en donde se va a alzar la voz de la luz, que es una voz con perfiles de lenguas temblorosas.

Estábamos cerca del mar o en uno de esos lugares sin brisa, encerrado en canjilones que pretenden ser montañas y no hacen sino regatear el aire. Pasé por vendedor ambulante y llegaba con frecuencia al banco para cambiar dinero, preguntar datos y observar como quien no se fija en nada. Mi cara era demasiado conocida para asaltar a pleno día. La noche ha sido mi velo protector, las ventanas mis amigas y éstas eran de las fáciles, las que se rompe el marco sin gran estruendo. Escogí la noche del lunes, porque los lunes eran de cama tempranera para curar las gomas de los fines de semana. No había mayor cosa que hacer en ese pueblo de corredores y mecedoras, que ese día quedaban vacíos temprano. Ese lunes fue el día de mi buena suerte, llovió a eso de las siete, llovió fuerte y tanto que se humedeció la noche hasta casi volverse refrescante. La soledad fue mi compañera y me sentí como en mi casa. Entre un rayo y otro volé la caja fuerte. Con los fajos de billetes, con las bolsas de monedas, con un sinfín de papeles y las cartas de amor que encontré en la gaveta de un escritorio, celosamente guardadas con llave, me largué en el jeep, hacia la capital. Llegué al amanecer, compré un tiquete y me fui a San Andrés. Regresé con esa sensación que dan los viajes de borrón y cuenta nueva, aunque eso sólo pasa en la memoria de uno mismo y no en la de los demás. Busqué en viejos periódicos la información sobre el robo. No se le dio mucha importancia, se calificó como golpe audaz, limpio y se apresó a un guarda despedido unos meses antes. Nada

más. Esa era toda mi hazaña, unas cuantas líneas de periódico y punto, el monto robado no fue extraordinario, unos miles que en dólares alcanzaban para muy poco. Yo me burlaba de mí mismo con crudeza y de vez en cuando releía las cartas guardadas con tanto cuidado, con el final mentiroso de tuya para siempre. Babosadas y eran también babosadas lo que había hecho hasta el momento. Me pude conformar con recibir cartas como éstas, te extraño mi vida porque sin vos nada tiene sentido ni siquiera siento hambre, y ser lo que se llama un hombre normal con todas sus anormalidades escondidas o semiescondidas, la pura verdad es que era como los otros: alguien que soñó y ni de puntillas alcanzó la mínima parte de sus sueños. Me cogió rabia, de esa rabia que da a los animales y en los hombres es peor. Y aquí me tiene, leerá la historia en cualquier periódico, me balearon por un pedazo de mierda, quizás quería que me dieran y acabar así, debajo de un árbol, con un pen-dejo a la par, esperando morirme hoy mismo o mañana, diciéndole adiós a la vida con un asco tremendo, con asco de mí mismo, de usted y de todos.

Tal vez el hombre había acabado, pero los cuchilleos del amanecer se habían levantado definitivamente con dos oleadas tímidas de luz en ese horizonte que levanta negras las sombras de algunos eucaliptos, más esbeltos que cualquier catedral. La cara del compañero del momento era una encrucijada de arrugas dolorosas.

Yo lo absuelvo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No se le ocurrió nada más, aunque quería preguntarle por su Isabel, si la había conocido en algún camino.

Ahora lárguese, ave de mal agüero, lárguese rápido, no lo quiero más a mi lado, a lo mejor me da por llorar y ningún güevón debe estar conmigo, la muerte es una compañera solitaria y yo no me arrepiento de nada, volvería de nuevo a lo mismo, pero a hacerlo mejor, más perfectamente

perverso, soy una alma perdida y me regocijo con serlo.... Si alguien le pregunta, no me ha visto ni me ha conocido nunca. A volar, rápido, me enferma su presencia.

Se levantó despacio, le dolían los riñones, la espalda, las piernas, hasta los dedos de la mano, pero más le dolía la pregunta que no había hecho. Comprendo su situación, la respeto, quisiera ayudarlo, no puedo, sé que no puedo, pero haría cualquier cosa. La voz también le dolía y las palabras se encogieron al punto de no saber cómo pronunciarlas. Soy egoísta como todos los hombres, pero estoy dispuesto a hacer lo que usted quiera.

El silencio espesó el augurio del amanecer que seguía detenido en un acentuar sombras ciegas.

A volar, he dicho a volar y nada más, eso es lo que quiero y que se olvide de haberme visto. Nada me repugna más que las lástimas de los otros, me recuerdan las lágrimas de mis tatas empeñados en que cambiaría, en que cambiaría, en que cambiaría y ahora los oigo diciendo mejor muerto, mejor muerto, mejor muerto.

Escogió el camino, bajar por esa ladera oscura, perderse lejos, rehuir el pueblo y seguir hasta donde Dios quisiera. Sin embargo, algo lo retenía sin moverse, un deseo de besar la frente de aquel hombre, un deseo más inmenso de preguntarle por la Isabel. Sólo quiero saber si la conoció, es mi esposa, es mi vida, no se lo preguntaría en estos momentos si no fuera esencial para mí saber de ella.

El hombre se rió a carcajadas, en tal forma que no se sabía si eran gritos plenos de un dolor ya inaguantable. La Isabel, la Chavelona, claro que la conozco y me contó del maricón con quien se casó, un infeliz que ni siquiera se atrevía a tocarla porque la quería virgen, virgen siempre, con toda la cobardía de la falta de güevos, claro que conozco a la bandida, le quise robar y me sorprendió, a quien cree que debo la cicatriz que me alarga la sonrisa... es una puta de las buenas, de las más buenas, pero mejor ni acercarse, sabe

tantas mañas que da miedo y no le podría decir si pasé ratos buenos o amargos con ella, es difícil de montar la salvaje y se ríe como una hiena cuando ya uno no puede más... me daba asco y sin embargo la admiraba, ella me decía tiburón de agua dulce y no se cansó nunca de desafiarme, pero le patió bien el culo, un día en que me dio por vomitar al verla abierta como un animal tajadeado y llamar incansable a que uno le llenara la amargura honda de sus huecos podridos. Desde ese día preferí acostarme con una terciopelo que con ella. ¿Me oye bien?

Empezó a caminar, su Isabel era otra, él sabía que era otra, no podía ser la misma de la que ese tipo hablaba, bien valía dejarlo con su propia muerte, abandonado, lástima la absolución que le dio, esa gente debió nacer muerta, como los fetos. ¿Me oye bien? La voz se afirma en el creciente amanecer que suaviza la agonía de las luchas entre la luz y las tinieblas con una llovizna suave, casi cantarina. ¿Me oye bien? Prefiero una terciopelo, prefiero esta muerte, prefiero la cárcel, a esa fiera de uñas y dientes, a esa monstruo de insaciables cavernas, a esa mujer refinada en puterías, a esa mugre de orgasmos gigantescos, crueles, es una devoradora, es una arpía, es un bicho malo que asfixia.

Tuvo intenciones de retroceder y abofetearlo, pero era un abuso pegar a un moribundo. El amanecer es como la fe, el encuentro inesperado y esperado, la confianza en que hay algo, grato, quizás desconocido o conocido, que en algún punto del camino espera y acoge. ¿Sabe lo que me hizo un día?, cuando ya no podía y ella pedía más, me agarró los güevos, así, y empezó a clavarme las uñas, fue entonces cuando la patió, es la de las que no se conforma con los jugos, quiere las mismas entrañas y es capaz de escarbarlas con sus propios dedos, una asesina tendida en una cama, sonriente, burlona, retadora, y no es otra cosa que una cámara de tortura, de desafío incansable, de ésas que te roban en un instante el aire y te ahogan y al rato no sos más que un poco

de basura, de pura basura y entonces te golpean, después de burlarse y decirte que eras un güevón sin güevos, un simulacro de hombre, un puro pendejo, un maricón disfrazado con pantalones. No me cansaría de escupirla y de patearle el mico podrido que tiene entre las piernas y es su negocio, la pulpería de saca entrañas, la carnicería de tu virilidad, la que la parte en pedacitos y te deja sin sexo, sin fuerza, sin saber si sos un híbrido o un muñeco sin ademanes propios. Una puta de fuego, esa es su Isabel pendejo, cura del demonio.

No sabe si las palabras las oye porque las dice o las inventa el silencio de ese amanecer lento y tortuoso, lleno de lluvia fina, que después será lluvia fuerte. No puede dar un paso atrás. Es un moribundo que quiere que lo ayuden a morir de un golpe, como él mató a otros, de un golpe limpio y piadoso, porque era ese el día de su muerte o porque a alguien le dio la gana que se murieran ese mismo día, a esa misma hora, en ese mismo instante. Con su propio pan se come sus palabras, que son su verdad y la mentira de otros y que nunca serían su propia verdad.

El camino baja y el amanecer gris de esa hora temprana y lluviosa lo encontrará lejos de esa voz moribunda. Un tal por cual como hay tantos en las camas, en las sillas, en las calles, en los escritorios y en las ventanas. Algo enfurecido lo hace caminar con paso rápido y las palabras, sus propias palabras de amor le asaltan con la suavidad con que cae la lluvia, que cuando quiere es tan suave, tan fina que llueve como si no lloviera, como si no quisiera mojar. Mi Isabel, mi Isabelita, podría dudar tanto y cada vez tengo más fe. No sé si he tenido sueños terribles esta noche o todo ha sido una horrenda realidad, pero nada, nada, ni esas palabras que oí ni las que yo pensé en mi silencio, me pueden crear distancias, olvidos, necedades de duda. Te busco porque te quiero y te quiero porque podés ser como te de la gana. Pero aún esa voluntad de quererte a como me da la gana querer y a vos

ser, me parece imperfecta, irrealizable en la práctica, porque hay consciente un espíritu de sacrificio que no me agrada, es una especie de darte lo que no deseás que te de. Tal vez por eso el camino hacia nuestro encuentro se ha hecho largo. Necesito perfeccionarme, domesticar esta imposición de sacrificios que aún suena a hipocresías y a concesiones que no necesitás ni aspirás, ni tengo por que darte, pero todavía están arrinconadas en todas las partes de mi alma entera. No me acostumbro a que el hombre deje de ser el amo, el dueño y señor de la mujer que le tocó por ventura, y entonces para acomodarte como sos, limpia y sonoramente noble, me invento dogmas que no he digerido y digo, creo mandamientos que no sé si obedeceré en la práctica, me encarcelo, personaje de sentimientos que no he sublimado y no entiendo por qué he de sublimarlos. No soy claro como el agua, ni seguro como el halcón que se lanza sobre la presa, estoy hecho de turbiedades y de dudas, soy sombrío y desconfío de mis propias afirmaciones. Sé que mis estados de ánimo serán distintos a los que sienta cuando te encuentre. Tal vez vuelva a la violencia, tal vez te maltrate, te reclame cosas risibles, te culpe de injusticias en que no soy parte, te enclave dolores que nunca has sentido, te demande anhelos que nunca quisiste causar. Oh Isabel de mis pesares, oh Isabel de mis congojas, oh Isabel de mis enigmas, oh Isabel de mis soledades tan hondas que a lo mejor seguirán siendo soledades a tu lado. Te busco como se persigue al tesoro soñado, a la razón del misterio en este vivir tropezando en la oscuridad, cada vez más ciego, pero dudo que al tenerte seás toda la luz que quiero, que realmente buscaba. No es tu realidad la que me espanta, no es eso que se oye de golpe y duele hondo, tan hondo que hace sangrar las venas que corren dentro de uno con veneno de un dolor muy profundo, no es el que seás de tantos porque no te conformaste conmigo, hay cosas más sagradas que son de todos, más sagradas que vos misma, cosas como la idea de Dios de que me habló ese

moribundo, ese Dios al que se reza en español, en inglés, en alemán y los hombres se disputan porque para unos es blanco, una idea infinita, un pensamiento creador y para otros es un puro símbolo o un padre amoroso o unos ojos fijos que siguen sin piedad arrepentidos de esta creación de barro y de agua o el juez de la vida y de la muerte. Ese Dios que ha causado guerras, batallas en que las almas se aferraron a la figura o al perfil abstracto de esa imagen, que dijo así o que dijo así no, y todos, en los idiomas que sean, buscan la paternidad perdida, el consuelo de orfandad que hay en este mundo, el amor que escasea entre ellos, entre las mujeres y los hombres, entre los hombres mismos, entre las mujeres solas, entre las personas y los animales, entre las personas y las cosas. Ahora lo comprendo, la posesión da una corriente de odios, que sólo se puede remediar con la carencia, los ausentes como vos son los que se aman con la locura que dan las demás posesiones inútiles. Pero, soy tan oscuro, tan horriblemente oscuro, que por primera vez tengo miedo de encontrarte, ver tu cara de mis ojos y de tus espejos, de tus palabras y de mis palabras, de tu fe y de mi fe. Tengo miedo, un miedo espantoso de que no coincida tu cara con mi sueño, tus palabras con las que oigo a través de mi silencio, tus gestos libres con las velas de libertad, las que te he puesto en tu ausencia. Has crecido asombrosamente, por una parte sos un acto de fe y por otro una conformación de realidades, y ninguna de las dos cosas estoy seguro de soportarlas, por eso tal vez huya de nuevo y empiece tu búsqueda infinitamente, como si no te buscara, o quizás deshaga tu realidad en un gesto duro y fuerte, que nunca te tocará porque ignorás que te persigo y te quiero como un loco inflamado en el vuelo torpe y limitado de los papalotes.

Esta carta de dudas sombrías nunca se irá con el viento, quedará a tu lado, dentro de mi carne, en la imposibilidad del encuentro, porque te quiero en verdad y te quiero como te dé la regalada gana ser, puta o pura, que más da, a

las palabras tan distintas sólo las separa una consonante, qué vaina terrible es ser maestro y examinar las palabras, su composición y su origen, y saber que son adjetivos que se colocan al antojo. Isabelita de mis miserias, qué triste tu realidad, ser la inspiradora de un comején del vocabulario, sin alas propias para volar como un gavilán que te rapte a uno de esos nidos de la fantasía en que residen los paraísos de instantes y de siglos, porque hay fuerza de flor y de árbol, de noche y de día, y no hay recortes de vidrios que cuenten horas o brisas de furias sutiles que separen espacios. Ya ves que no supero mis limitaciones, por dentro y por fuera sigo siendo un creyente de realidades, en que la Isa rebelde se empeña en sembrar fogatas que apago como un revolucionario que detesta las libertades y sigue mamando la leche de las tetas amargas que te dicen ve lo que ves, y nada está más allá de tus tactos y tus paladares, porque la proximidad de tus siempre cercanías rodean tu mundo que es un límite de atmósferas y de horizontes. Huí de mi signo de libertades, pues soy prisión, soy amenaza, soy encierro. Oh Isa de mis amores, tan lejana a mi alma, tan fría a mi cuerpo de viento, tan real a mi mundo de símbolos. Huí como la gacela y la cigüeña frente al invierno, soy la mano que retiene, que no abona los campos, que se come las raíces, que desconoce el capricho y goza en jaulas de paredes y palabras. Huí como huye el venado ante la mirada ajena a los ojos de sus propios nervios, huí como huye el ladrón ante el silbido siniestro de los policías. Desconfío de los que sienten la paz de la circunstancia y no desean que hagamos lo que nos complace. Huí, huí siempre de mi presencia, llevo puñales escondidos, no conozco la libertad, el goce de los caprichos, el hacer tejidos en el viento, el endulzar la tempestad violenta de las lluvias, el despertar al rugido de las fieras. Soy la pacificación que demuele la hondonada libre de las correntadas, el que espanta el paso de las cabalgatas, la búsqueda del agua, la necesidad del sol, la aspiración de los amaneceres. Anochezco

tan solo anochezco siempre, en pleno amanecer, en el picotear antojadizo de los pájaros, en el despertar violento de las flores, en la necesidad misma de florecer. Huí siempre, Isa de mis amores tropezantes, que ya dudan si son amores o prédicas de evangelios para almas puras que no los necesitan. Huí, huí como podás, no he dejado de ser verdugo, invierno, por eso la lluvia me persigue, me lastimo con necesidad de ser víctima, busco lo que me duele y me dolerá durante mi vida. En el fondo no hay perdón mi querida Isabel, un poco de olvido, un colocar los sentimientos en un panorama más grande, que puede ser propio o prestado, pero el perdón se desubica, se mueve entre el amor y el odio con sus bordes cercanos y no sabe si se transforma en venganzas que hagan nacer el olvido para siempre. Huí, es mejor que huyás, yo mismo quiero detenerme en este camino hacia tu encuentro cuando esta luz hiriente de un amanecer gris me penetra por dentro.

El riachuelo se anuncia fresco, con la carga de agua que va saltando entre las piedras. Una mujer arrodillada lava la ropa. Al acercarse la espalda tiene la forma de una laja que se mueve flexible al compás de la corriente. Podría ser Isabel, si Isabel tuviera trenzas, el pelo negro y tuviera vocación de madre, de hermana o de hija. Buenos días. Muy buenos. Por ambas voces corre el frío. Una sonrisa fresca despierta pronto la amistad. Malo el día. Es el único en muchos sin chaparrones fuertes. El cansancio y el sueño se le espesan en los ojos y no comprende como tiene casi a su lado un ser tan despierto, capaz de emplear en esa mañana helada una fuerza tan ausente de él mismo, que le duelen los músculos de pensar en el más leve esfuerzo. Sin saber como iniciar una conversación, ella le invita a la botella de café y a la tortilla conservada caliente en la hoja de plátano y el limpión humeante. Le pregunta, después de cambiar sonrisas que lo quieren dar todo sin dar nada más que un gesto, como no preguntarle, si conoce a la Isabel. Ella dice que sí y

baja la cabeza. Isabel es buena y sufrida, la gente no la comprende, hablan tanto de ella y no saben, la conocí cuando puso una casa, no le fue mal, pero se cansó de pensar en las comidas, en los tragos, en el lavado de la ropa y en los problemas con vecinos y las autoridades. Al levantar la cabeza observa que los ojos negros tienen los bordes blancos teñidos de rojo, como si hubiera querido llorar y allá, en quién sabe qué silencio, dejó dolores de recuerdos sobre realidades presentes. Lo espera a usted, señor, lo espera desde hace mucho tiempo, dice que le traerá la gloria o la muerte, ella habla muy raro pero la entendía en mi ignorancia, yo también me fui casi igual. Fue un carpintero, mi tata tiene una finca cerca de acá, estamos casi a dos pasos. No me prometió nada, era un borracho, ni siquiera me pidió que me fuera con él. Estaba cansada de la misma montaña, de los aullidos en la noche, de la cascada y de este adivinar en la soledad qué podría ser la vida. Me llevó casi a la fuerza y en la primera cantina me quedé como había nacido, sin nada y sin nadie. Me concerté y ahí mismo me dijeron que si me topaba con la Chavela sin más ni más me persignara. Era en los días que los hombres andaban con los retratos de las nuevas muchachas que había traído a su casa, una casa silenciosa y muerta en las horas del sol, pero apenas aparecían las primeras estrellas el refuego mismo habitaba en ella. Me fue atrayendo porque yo era una infeliz, ni virgen ni mujer de la calle, medio tocada por un tonto borracho y con la fama por acá de haberme ido con el mismo diablo. Me animé, toqué la puerta en la tarde y me dieron trabajo. Ella nunca dormía, la noche, el día eran lo mismo para sus ojos abiertos. Al principio le tuve miedo y la llamaba la doña, pero era buena como el pan y humilde como estas piedras de la cascada, cualquier cosa de comida era suficiente y grata, nunca la oí quejarse, un día me propuso que atendiera los cuartos y se rió mucho cuando le dije que era señorita. Estás jodida Buenaventura, que así me puso mi tata por una abuela que engendró una docena

de machos, todos finados al poco rato del parto, menos uno que fue y es todavía mi viejo, con sus malos genios y sus guarros, bravo para el trabajo, se voltea la montaña en un entrecerrar de ojos, y para las demás vainas. Andate, me dijo un día, tomá estos pesos y largate para donde los tuyos, a lo mejor te dan por muerta y así fue que llegué en pleno aniversario de mi propia muerte, encontraron los zapatos a la entrada misma de la montaña cerrada y creyeron que el manigordo había hecho festín con mis huesos y los del carpintero, pero resultó que me maltrataban y los dejé para seguir a mis anchas, pie en suelo como había nacido. No me preguntaron nada al regreso, alma en pena todavía me creen aunque hago buenas tortillas y el hijo menor de don Pancho, el vecino, me ve con buenos ojos, aunque mi tata se enoja porque no son dueños del pedazo sino alagartados de lo ajeno y entonces puede ser que los buitres con uniforme un día nos manden largo, a jodernos a otra parte. Si la buena suerte y las enseñanzas de la doña no me hubieran hecho mella, ya llevaría dos criaturas con el Pánfilo, pero algo se aprende en los pueblos y los lavados a tiempo, en pleno riachuelo dan buenos resultados y unos resfríos con calenturas altas.

La oye como si no la creyera, de toda su larga confesión sólo le han quedado dos palabras, lo espera, lo espera, es a él al que espera y aquella mujer con espalda de laja lo ha reconocido sin preguntarle su nombre. Dígame una cosa, cómo sabe usted que ella me espera. Son cosas de la baraja, ella las tira en la pura mañana, cuando empieza la tarde, poco después del almuerzo y le gustan los macarrones con salsa de tomate, y cuando la noche se va a ser noche de verdad y se encienden las lámparas. Doña Isabel me decía éste no me olvida, pobrecito, no me olvida, me sigue oliendo de largo y para siempre, me rastrea los pasos y me llama el condenado con voces de ternero tras las ubres llenas, es un golo-so el jodido y no se despega así no más, la gran vaina es que me traerá la gloria o la desgracia, estas barajas siempre se

nublan o no se definen las hijoeputas a la hora de poner los güevos, más vale así, estoy harta de aguantar tanta joda y para mí esto de organizar la putería se acabó de veras, no sirvo para contemplarle la jeta a tanto jetón y limpiarle las babas a tanto baboso.

La mujer extiende las piernas entre la ropa lavada. Siente ganas de llamarla Isabel y de navegar por el riachuelo, aunque se tropiece con las piedras, porque esas piernas de vellos y de venas, de músculos y de pobreza, le revientan las ansias de mujer y le amontonan la soledad en un llamado de horas para comer y saborear la tierra. No se atreve, el frío y el cansancio, la soledad y la Isabel, lo arrinconan muy lejos del hambre propia y ajena. Cómo era, Isabelita, cómo era doña Isabel. Muy hembra para el negocio, muy fuerte para los malos ratos, muy mujer para los desafíos, muy valiente para espantar a los borrachos y a los buitres, para decir se trabaja como se trabaja bajo el sol y sobre la cama, pero muy débil con las barajas, con las voces que recordaba, con las copas que empezaba temprano, con las invocaciones a la Santa Isabel, con los viejos cabrones que no querían pagar y con ese deseo de quemar camas y sábanas para largarse al Parismina.

Ella lo mira coqueta, le alcanza la botella de café que es un residuo y la única tortilla fría que mal guarda el envoltorio de hoja y limpión. Era alta y morena, ojos negros, pelo negro. La mismísima doña Isabel con sus malos genios, su modo despachado de decir lo que pensaba y esas manías de no estar tranquila, siempre con algo en el buche, nunca contenta aunque risueña un rato y otro a punto de echar fuego, y yo oliendo sus humores porque tenía miedo a sus bravuras y me acongojaba verla queriendo todo sin querer nada.

Un rayo muy cerca anuncia el aguacero fuerte, que ya se viene encima. ¿Me mencionó alguna vez? Como mentarlo mentarlo, nunca lo hizo, pero desde que me dijo el nombre de ella supe enseguidita que era el mismo de sus rajonadas,

cuando hablaba de que tuvo esposo, casa y se aburrió ligero, pero cuando quisiera se juntaban porque el babiecas la perseguía y la adoraba. Ninguna le creía las historias y yo ni sé por qué pensaba para mis adentros que eran ciertas y aquí no más me lo encuentro.

## Segunda parte

Cuando alguien le comentó que un hombre medio loco la buscaba obsesivamente en algún lugar más allá del Parismina, Isabel con un acentuado desgano confesó que el nombre del río le fascinaba porque le recordaba la civilización egipcia con sus pirámides, sus tumbas y sus extraordinarios monumentos. Sin embargo, cuando conocí el río no me pareció más que uno propio del trópico, ni tan caudaloso ni tan sonoro como algunos de grandes correntadas y carente de una presencia majestuosa como otros con sus crecidas incontrolables. Además después del Parismina se encuentran Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala, México, Estados Unidos y Canadá, países en que es fácil perderse para siempre. Claro, ella no necesitaba huir ni esconderse, era muy mujer como para saber defenderse por sí misma y enfrentarse a cualquiera por más insistente y necio que fuera. Simplemente se había cansado del paisaje, de la ciudad estrecha y mezquina, de la avidez que la acosaba de esos ojos suplicantes, de esos insomnios interminables en que Mike desvariaba mientras la mantenía despierta a pesar de su cansancio y de aquella necesidad de dormir un poco, tranquila, simplemente tranquila. Se convirtió para mí en un suplicio, de manera especial sus celos, pues inventaba amantes y la más breve salida suya la convertía en la cita con enamorados o visitas a lupanares. Desde muy temprano empezaba a conversar sobre su impotencia, acerca

de la forma en que todos, incluso yo, nos reíamos de él, del fracaso en el dictado de las lecciones aprendidas de memoria y del ínfimo significado que tenía su vida. Cada uno de los temas, expuestos reiterativamente, me cansaba al punto de ofrecerle la venta de mi alma al diablo si me dejaba sorda.

Y así fue, harta de tantas locuras, decidiste dejarlo y venirte hasta acá, esta tierra húmeda y pantanosa, llena de terciopelos, de tortugas, de lagartijas y de iguanas, hasta de blancas garzas que rompen el verde muy oscuro de la maleza amenazante. Sí, hasta aquí, que es un refugio de desahuciados o de empresarios audaces, si se les quiere tratar con un grado incierto de respeto. Pero, antes de venir a la orilla del Parismina, estuve en otros lugares, quizás por el único deseo de despistar, aunque repito no le tengo miedo a nadie ni a los acosos. Soy mujer de decisiones, bastante terca es verdad, pero muy firme en eso de estar sola por largo tiempo. Me mantuve trabajando en varios oficios, todos honorables por cierto. No me dediqué a la prostitución ni instalé burdeles. No niego que tuve mis aventuras, siempre moderadas y sin exhibicionismo alguno, pero los hombres que venían del norte hablaban de un loco maestro, casi siempre borracho, que no cesaba de caminar por los alrededores del Parismina en busca de una Isabel, quien debía ser una tal por cual pues se metía en los burdeles que encontraba para hablar de sus desgracias y de su amor radical por aquella mujer que un día fue su esposa. Un loco, como tantos otros que se encuentran en los caminos.

Cuando llegó en autobús a David, pensó en lo injusta que era la gente, llamarlo loco en vez de febril enamorado, qué poco se sabe del desconcierto, de la obsesión, de los que rompen las rutinas y se atreven a vivir las aventuras que inflaman. Creía que tal vez lo de Mike no era un amor noble y estable, pero qué difícil es que se dé ese sentimiento cuando desborda y aturde, confunde y duele, aplasta y presta alas para renacer. Ella había pasado por lo mismo, semanas

enteras soportando sus extravagancias con una honda ternura porque no era culpable de esas fervientes fiebres que lo hacían delirar de manera incansable. Acaso es un delito plantearse las cosas al revés por un trastorno en el enfoque correcto de las realidades. Además algo de compañerismo resignado se transparentaba en un destino que los había vinculado a la infelicidad. En otras ocasiones él se enfurecía con sus sacudidas de hombros, sus bofetadas y sus golpes duros y agresivos, que acababa disculpando con el goce de que la venganza estaba ya en vísperas y con el consuelo de que no era la única mujer que sufría esos oprobios, con la certeza de que todas las de su especie nacían y nacerán para sufrir en abundancia. Por supuesto se sintió humillada en ese trato del menosprecio, para hacer un frente común con aquellas de su mismo sexo que no eran dignas de consideración alguna, menos a la valoración de sus dolores en medio de la evidente ignorancia de sus más mínimos derechos humanos. La decisión de irse, de abandonar para siempre la escena que refleja la injusticia y de dejar a la deriva ese ser monstruoso, la fue tomando poco a poco aunque con un aliento que se afirmó en sus actos de provocar las furias y los extravíos de Mike tan propenso a los excesos y a no distinguir entre lo dulce y lo agrio, desconocer por completo la frontera entre la armonía y el desequilibrio, entre lo correcto y el reproche. Sí, es cierto, ella se hizo la víctima provocadora como si se complaciera en aumentar su violencia fuera de razón y su injusta apreciación de lo normal.

El día que abandonó la casa de sus sinsabores una sonrisa sádica caminó por su rostro. Se dijo: llegó la hora de vengarme para que conozca la altura que ha alcanzado su miserable baja. Casi se rió de manera desbordante al pensar quien le daría de comer, quien limpiaría su casa, quien pondría en orden sus cosas y su ropa, quien lo va a esperar aterrorizada por sus inesperados enojos y quien le preguntaría después de una noche de interminables pesadillas si

descansó en paz como Dios manda. No habrá nadie más que el silencio y la presencia de ella, ahora ausente, llena de arrepentimientos, de ilusiones que terminaron en espeluznantes realidades y de cantos de victoria que se transformaron en horribles gritos de fracaso.

Claro, admitió una noche ante las preguntas impertinentes de los que le alquilaban un cuarto asfijante sin siquiera un ventilador que renovara el aire espeso poblado de sus propios olores, lo quise al principio sin hacerme muchas ilusiones. Recuerden que lo conocí desde que ambos éramos niños y ya en aquella época noté su torpeza en los juegos infantiles, en los escondidos dejaba medio cuerpo afuera y carecía de habilidad para apañar las bolas, en la gallina ciega nunca supo encontrar lo que buscaba y en las disputas entre policías y bandidos confundía con cual bando iba. Un poco fue el hazmerreír de los compañeros por ser muy despistado y no prestar atención alguna a las reglas dictadas para bien llevar a cabo la competencia. Esa señalada torpeza me hacía llegarlo a ver con buenos ojos y guardarle una enorme simpatía, lo que motivó que los otros chiquillos nos acusaran de ser novios, por eso nos gritaban de lejos y de cerca Miguel y la Isabel se quieren, están enamorados, se adoran y se casarán. Fueron aquellas burlas como un anuncio de nuestro predestinado futuro. Ya de adolescentes no lo quise de una manera deslumbrada, menos con signos de pasión. Era de mi agrado que me prodigara devotamente tantas atenciones, me diera una suma importancia, me llamara su belleza absoluta y hasta saliera en mi defensa cuando alguno con malas intenciones se sobrepasara en sus saludos o me cantara eso de Isabel piel de hiel, alma de cascabel. Demás está decir que siempre terminó con un ojo morado, la nariz rota o los labios sangrantes. Cuando llegó la hora de las proposiciones, me negué a aceptarlo y le dije que no había nacido para compromisos o ataduras. Entonces los padres de ambos intervinieron hasta convertirse en los verdaderos protagonistas

de nuestro endeble enlace. Como ven una unión así no podía durar, por lo menos yo no quería que durara. Porque no deseaba que mi vida fuera un infierno antes y después de la muerte, decidí dejarlo y escribir un papel, con mi mejor caligrafía, que pegué al espejo del dormitorio, con la simple invitación a que se perdiera en la penumbra de la selva y del aguacero: "Si me necesitas en algo, me podés buscar más allá del Parismina".

Pronto encontró empleo como dependienta de un almacén de hábiles turcos naturalizados panameños. No le iba mal, ganaba lo suficiente para subsistir y se las arreglaba para que sus necesidades fueran pocas. Siempre elogió su austeridad y esa precaución de no deber a nadie ni siquiera un favor. Lo único que la jodía era el turno de salir a la acera para invitar a hacer las compras en el local y casi cantar las gangas que se ofrecían. Esa tarea de pregonar la ofendía profundamente porque, además de humillarla al asumir un papel de micrófono, la obligaba a engañar a la gente con trucos de ofertas inexistentes o de condición de deshechos. En uno de esos turnos vio sentado en una banca del parque a un hombre vestido de immaculado blanco, desde el sombrero hasta las medias y zapatos. Risueño y gentil le pareció que era un hombre suave y considerado, muy buen compañero para convivir con él en términos amables y gratificantes.

Así con esas ideas, casi ilusiones, se dejó cortejar y más tarde conquistar. Vicente como se llamaba el que parecía ingenuo y bien intencionado, le propuso vivir juntos en una casa que alquilaba camino a Boquete, donde el clima era tibio, bastante agradable. No se prometieron nada, salvo el compartir los gastos y la cama, ni siquiera hablaron de fidelidad. Isabel pronto supo que el tal compañero era irascible y le disgustaban cosas tan estúpidas como que el café no estuviera caliente y se le interrumpiera mientras leía el periódico como si fuera una novedad y había sido editado el mes anterior. No le gustaba tener amigos, menos aún

relacionarse con el vecindario, mientras más solo se vive más seguro se está, la gente es muy entrometida, especialmente interviene en lo que no le importa y quiere saber cual es tu pasado, cuantas mujeres has tenido y cuantos hijos has dejado regados por diversos sitios. Cuando perdió el empleo las cosas se pusieron peor porque sin dinero, sin tener algo que hacer, los días se le hacían demasiado largos y sin sentido, la verdad es que le gustaba recibir el cheque del salario y hacer fila para cambiarlo, sentir el bolsillo lleno de dinero que aunque no era mucho sí le alcanzaba para sus propias necesidades. Empezó a exigir a Isabel que contribuyera más al mantenimiento de la casa y que mejorara la comida, no se podía vivir de pan, arroz, frijoles y café. Ella reclamó no ser la culpable de su cesantía, ya que él era vago, se inclinaba por el menor esfuerzo y en esa forma cualquiera se enlista en el fracaso y en la pobreza. Al negarse a aumentar su contribución, él le dio una paliza que le dejó morados sus ojos, le aflojó dos dientes y le grabó golpes en casi todo el cuerpo. El esfuerzo siempre produce milagros, arrastrándose y tropezando llegó hasta el hospital, donde después de curarla tuvo que contestar un largo y lento interrogatorio que le dio tiempo para inventar la historia de una caída en uno de los tantos barrancos, sin que nadie salvo ella y la oscuridad tuviera la culpa de su infortunio. No le creyeron, pero pensaron allá cada uno con sus mentiras pues quien sabe que motivo bien oculto las justifica. Cuando lo vieron llegar a visitar a Isabel, con un ramo de flores y con los ojos llenos de lágrimas, el personal de enfermería comentó que por fin apareció el cara de barranco.

Con súplicas y promesas de un cambio total de comportamiento, así como la admisión de que aquello fue un acto involuntario de locura, que debía perdonarlo y empezar juntos una nueva relación, tenían derecho a una vida distinta, además no se niega una segunda oportunidad porque nadie es absolutamente bueno ni rotundamente malo. A los

arrepentimientos de no haberla estimado lo que merecía, seguían los testimonios de amor absoluto y extraordinario. Luego le confesó que nunca había sido tan feliz como en ese tiempo que pasaron juntos, en que fueron una pareja como Dios manda.

Mientras las enfermeras comentaban que a la gran tonta ya la estaba reconquistando cara de barranco, Isabel lo oía como quien oye llover y sabe que no se va a mojar pues no tiene que salir a la intemperie, sólo le preocupan las cicatrices que le han quedado en el rostro y no se sanan del todo, siempre supuran y duelen. Vicente nunca le importó mucho, lo consideró una especie de entretenimiento porque vivir sola era duro y en cierta forma el tener compañía ayuda a circular por la vida con una sensación de confianza. Además había algo más y mejor en que pensar: su deseo de desquitarse, darle su merecido a ese pendejo del carajo. Eso la llevaba a sonreír inconscientemente porque estaba segura que los hombres en alguna forma debían recibir, aunque fuera un tanto baladí, el sufrimiento que causaban a las mujeres. Por esa época y ya de regreso a la casa en que convivían, empezó a hablar de sus experiencias amorosas, de lo maravillosa que fue su relación con Miguel y de otras crudezas que le habían sucedido en sus años juveniles. Vicente la oía como si las cosas no fueran con él, pero una rabia le parpadeaba en los ojos por no ser el primero y el único. En la noche la obligaba a posiciones muy difíciles y dolorosas que ella no quiso complacer aunque le gritara perra y puta, mujerzuela moji-gata, virgen desflorada y yegua inútil. Hasta ahí el insulto no se sumó al golpe.

Pero una mañana en que ambos se preparaban para el trabajo, ella como dependienta en la tienda del turco que decidió rebajarle el salario y enviarla a la bodega por el aspecto siniestro de su cara tan cargada de cicatrices y él como ayudante de un vendedor de lotería, Isabel le preguntó si sus padres estaban vivos y Vicente le respondió con furia que a

ella no debía importarle eso ni meterse en sus asuntos personales, que eran muy suyos y de su exclusiva incumbencia. Y como si fuera un gato a punto de cazar su presa, saltó sobre ella, le sacudió los hombros con toda la brutalidad posible, para propinarle bofetadas a diestra y siniestra hasta dejarla tendida en el suelo, donde pudo darle con comodidad unas patadas. No le asustaron sus pantalones blancos llenos de sangre ni su camisa desgarrada por los intentos de defensa de Isabel. Gritando a viva voz le preguntó quién diablos le vino con la historia, cuál cabrón se había atrevido a intervenir en su vida, qué hijo de la madre le llegó con cuentos y qué comemierda le hizo creer en chismes y habladurías. Ya Isabel no oía ni veía, el dolor, la caída, las heridas la sumieron en un largo desmayo en que pareció que la misma vida se desvaneció por siempre. Así es que no supo que ya Vicente lavado y limpio, dispuesto a asistir a su trabajo, le confesó que su padre no fue tan malo como lo pintaron los periódicos y si la mató a golpes ella lo merecía, pues era majadera, mal encarada y bribona, no se podía confiar en esa mujer y él, el pobre Vicente huérfano, sintió que lo amamantó con veneno.

Los vecinos que oyeron gritos y las altas turbulencias en la casa de la difícil pareja, recogieron a Isabel y la llevaron al hospital. Cuando lograron revivirla, le explicaron que el caso suyo era un intento de homicidio y no podrían ocultarlo a las autoridades, por lo que a pesar de sus negativas con la cabeza unas horas más tarde se presentaron ante su cama unos señores muy serios que le exigieron decir toda y nada más que la verdad. ¿Quién es cara de barranco? ¿Cómo se llama? ¿En qué trabaja? ¿Dónde podemos localizarlo? Aquellas preguntas eran constantes, repetidas una y otra vez, obsesionantes, especialmente para su intenso dolor de cabeza y sólo interrumpidas por dolorosas curaciones, ella no salió de su silencio porque pensaba que entre las cosas que suceden a dos personas un tercero está de

sobra. Conforme se fue recuperando, notó que padecía limitaciones de movimiento y de desempeñarse por sí misma por lo que con una voluntad indomable fue superando esas dificultades. Aún en las noches, mientras los demás dormían ejercitaba sus músculos y medía hasta donde se soldaban sus huesos rotos. Claro eso significó sacrificios y verdaderos calvarios, pero si las personas no se atreven a ganar terreno en las peores condiciones quedan empozados en los dolores de hoy, de mañana y en la memoria de los de ayer.

Al pedir que le dieran de alta le dijeron: no está lista, señora, sus lesiones son de mucho cuidado, debe tener paciencia. Pero necesito regresar a mi país porque ahí me cuidará muy bien mi familia. Aquí no corre ningún peligro, el tal Vicente ese que la golpeó tan brutalmente está en la cárcel. Pero si yo no dije nada, ni lo he acusado, prefiero estar muerta a ser denunciante. Cada quien hace con su cuerpo, la única propiedad que tiene, lo que bien le venga en gana. A lo mejor siento que merezco el castigo y en alguna forma lo busqué y lo provoqué. Me van a creer loca y en cierta forma lo estoy. No le hicieron mucho caso, pues conocían muy de cerca lo que eran capaces de hacer los sádicos y los neuróticos.

Cuando le anunciaron su salida, escribió con el cuidado necesario un papel a Vicente con el siguiente mensaje: "Si me necesitas para algo me encontrarás más allá del Parismina", sintió gran satisfacción al dejarlo ella misma en la cárcel, camino hacia la central de autobuses. Ya ahí compró un pasaje hacia Panamá y durante el pesado camino pensó que Vicente machete en mano buscaba sin piedad al buenazo de Miguel, quien por supuesto andaba desprevenido con su aire de pobre idiota, seguro de que al final del largo camino encontraría a la persona que buscaba, con los brazos abiertos para cerrarlos con los de él, en un interminable y estrecho saludo lleno de afecto, de dolor, de lágrimas y de besos en que ambos notaron la ausencia de varios dientes y

cicatrices que engrosaban sus bocas. Pero detrás de ellos estaba el machete al descubierto, demasiado limpio y reluciente como si tuviera hambre de esa sangre que justifica su existencia. Sintió el filazo en la espalda y como Miguel se desplomó. No supliques piedad por favor, a cada uno le llega su hora y hay que vivirla con valentía, cara al sol y un rayo de luz en la frente para recorrer la esterilidad de tu propia vida. Cuando sintió el machete en su vientre desnudo y frío, cerró los ojos con tal fuerza para que nada los obligara a abrirse de nuevo. Sin embargo le dolía no haber tenido el tiempo suficiente para vengar su maldita existencia y la de ese ser insignificante que tanto le complacía mortificar. Debía encontrar una cuarta persona que se encargara de Vicente, que lo pusiera de rodillas y lo obligara a rezar mientras se orinara en sus pantalones ante ese puñal tan hábilmente manejado y ese pecho desnudo y erizado de puro miedo. Debía contar con dos o tres meses para organizarse en forma debida. Los otros dos personajes le concederían esa gracia. Además unos andaban muy lejos, perdidos en la selva, y ella apenas se iba acercando lentamente a Panamá.

Entre bostezos y ese monótono ronroneo del autobús le llevó a imaginar otra solución, una más civilizada, como la de entablar una larga conversación entre los tres en que se aclararan los alcances de las verdades y las mentiras, el peso de los desafíos y la herida punzante de las provocaciones que desangran las rabias que se han acumulado a lo largo de lo que hemos vivido, las ilusiones y las desesperanzas que nos sacudieron, las grandezas momentáneas y las miserias humillantes que tanto nos vincularon a los huesos retorcidos que estructuran la vida. De todo eso y demás cosas sublimes y bajas que nos trajo el destino, hablaremos en un tono sensato, casi murmurante enemigo del grito y de la altanería, para desalojar la violencia y los reproches. Vivimos en una cultura que incrusta culpas como la de perder la inocencia, la de envidiar dichas ajenas, la de desear propiedades que

pertenecen a otros, las de caer en las tentaciones del sexo, las de perderse en pecados en vez de orientarse hacia las virtudes, las de odiar más que amar y las de haber nacido con un deseo insaciable de revanchas sin saber de donde viene y adonde se orienta porque en el fondo carece de justificación, salvo la de que nos trajeron a este mundo sin que mediara nuestra más mínima voluntad.

Una conversación serena y lúcida que nos iba desnudando como si fuéramos radiantes luces que perfilan y transparentan nuestros cuerpos, para descargarlos de culpas, de pecados, de debilidades y de las letanías que reconocen nuestros múltiples errores. Llegamos a la conclusión de que hemos sido falsos testimonios de nuestra vida, para crecer como seres deformes que se complacen en contemplar sus defectos externos y lo que no es simple ver porque pertenecen a los espacios interiores, a las intimidades que sólo se expresan en las hondas depresiones o en las intensas furias. ¿Por qué resulta tan fácil hablar ahora cuando ya es demasiado tarde para rectificar actitudes y todo parece estar atado a la desgracia? Pese a la consideración de lo que pudo haber sido y no fue, no hay presencia alguna de arrepentimiento porque los cambios que no surgen oportunamente no sirven para nada, más bien se convierten en anclas que encierran en el deleite de la tortura.

La voz de Miguel es lenta, a veces tartamudea, para contar como tomó conciencia de sus flaquezas y de su necesidad de tener constantemente a su lado una fuerza que lo apoyara para crecer y afirmarse en esta tierra movible y traicionera, pero admite que se equivocó en su escogimiento para caer en manos de alguien más inseguro y débil. Carece de remordimientos por desempeñar el papel que le asignó la vida, sabe muy adentro que es descendiente de Caín, aquél de los números cabalísticos y del que se atrevió a asesinar en la disputa por el amor de Dios. No camina en busca de que las autoridades divinas lo perdonen, quiere con especial fervor encontrar a alguien que lo castigue sin piedad

alguna, pero la ingratitud con que se ha acogido su ambición sólo ha logrado que se le permita convivir con personas crueles, quienes si bien le hicieron daño él supo devolver los golpes con la misma moneda.

Vicente, en espera de su turno, ha tosido varias veces para despejar su garganta y parece no haber prestado mucha atención a las confesiones de Miguel. A pesar de sus esfuerzos por mejorar su voz, ésta le sale melosa y desentonada, quizás porque no está acostumbrado a dar explicaciones de sus actos y motivaciones. La verdad es que no nació libre, vino a este mundo vinculado a unos padres y a una familia, cuya instrucción elemental los ayudó a sobrevivir en paupérrimas condiciones y dificultades arduas de superar. Esa sensación de estar en medio de un naufragio lo hizo indiferente, frío, ajeno a cualquier sentimiento que lo comprometiera a tener afecto, odio o compasión por cualquier prójimo, nunca vivió una situación que le provocara piedad o desconoció como propio cualquier acto de caridad. Ni di, ni recibí, ni siquiera me pidieron, creo que mis ojos huraños asustaban bastante. Me pude defender gracias a la habilidad de mi ingenio y de mi fuerza personal, sin poner mucho esfuerzo en avanzar o retroceder porque siempre me consideré fuera de eso que llaman el orden social. Nunca me afilié a partido alguno, pero fingía simpatizar con el que pedía mi voto, siempre que me ofreciera algo a cambio. La verdad es que no asistí nunca a las urnas y que soy demasiado irritable para que me demanden compromisos y deberes. No he sido ni feliz ni triste, me decidí a vivir a distancia, la misma que me aplicaron por considerarme un ser marginal. Si no dejan entrar a la puerta adornada de los invitados especiales, lo mejor es acomodarse en un sitio oscuro y muy desabrido que orienta la salida a los más humillados servidores. No me quejo, las cosas me pudieron salir peores.

Cuando me tocó hablar una ambición de elocuencia y de motivar reflexiones me turbó como si una ráfaga de

oscuridad me perdiera entre el principio y el final, por lo que elegí el camino más obvio: si me es difícil explicarme a mí misma, más me cuesta hacerlo ante ustedes, tan cercanos y tan distantes. No puedo definirme comparándome a alguien, sé que en las definiciones se da un juego de equivalencias, en que son válidas las semejanzas y las diferencias. Las primeras nos incluyen en un género que nos acerca en igualdades siempre que se respeten las variaciones de origen, de medio geográfico y de circunstancias emocionales. Las segundas nos enlistan en las relaciones del sexismo, en que se presenta desnuda la lucha por el poder: o mando yo o manda usted, así de simple y complicado. Pertenezco al género mujer, para el que desde hace siglos se ha recetado conformidad, resignación, servilismo y sometimiento a lo que disponga una autoridad superior. Soy mujer, muy mujer por cierto, y lo supe desde que nací con esa rajita escondida al terminar el abdomen y al iniciarse los muslos o sea esa cadencia que va de lo más fuerte a lo más débil, ese apetito que asalta la imaginación hombruna en su afán de conquista. La disimilitud entre la conquistada y el conquistador es enorme, nunca alcanza un nivel de igualdad, a pesar de la estrategia del cortejo y de la lisonja. En cambio el sexo es un elemento incompleto que para obtener el goce requiere de otro que lo auxilie con maña y con imaginación. Eso lo aprendí desde muy pequeña cuando empecé a masturbarme, para lo que convertí la muñeca y la curvatura del antebrazo en boca que la mía besaba con avidez, luego los dedos se encargaban de friccionar las partes lubricadas hasta que se presentara el placer más absoluto. Quienes se masturban sólo pueden quererse a sí mismos. Eso pasó conmigo, por lo que mis relaciones con ustedes fueron ficción, producto de mi febril inventiva y del deseo incontrolable de matizar el goce con el dolor.

Un suave codazo, apenas una gentil advertencia, trajo a Isabel a su presente realidad, ya habían llegado a la

terminal. Buscó trabajo en tiendas, bodegas, estancos, en ventas callejeras y en supermercados, pero su cara tajadeada horrorizaba a los posibles empleadores, quienes preferían decir con rapidez: no hay plazas vacantes. Durmió en los portales, pidió limosna, comió basura y hecha una ruina completa decidió regresar a su país, a aquella casa imaginaria por el Parismina, para oír de cerca sus agitadas aguas, el sacudir de alas con que se elevan las garzas, las zambullidas de los lagartos, la impetuosidad con que el río se hace a la mar y la forma dulce que toman las lluvias torrenciales para engrosar el cauce. Una casa con una planta baja desierta de divisiones y muebles, excepto una hamaca de risueño balanceo colgada entre los horcones, y un alto para dormir tranquila, a salvo de las inundaciones. Decidió ir a pie, en un acto de peregrinaje, como se va a los templos y se visitan las imágenes sagradas. El mismo día que lo pensó, se puso en camino, rumbo a los sueños libres y a la supresión total de las pesadillas. Después de andar más de dos kilómetros, descubrió el secreto de los andantes: dormir mañana y tarde bajo la sombra de un árbol de mango, alimentarse de ese fruto y al empezar a anochecer tomar de nuevo su ruta hacia el norte, con ese paso firme que fingen adoptar los beodos. Siempre iba de frente con el fin de toparse con la frontera y enseñar un pasaporte cuya fotografía no coincide con sus facciones actuales. Eso llevó a Isabel a inventar la historia de un accidente automovilístico que la dejó deformada. Un tipo, casi loco, embistió contra su débil y barato carro, para destrozarlo de cabo a rabo, y ella se transformó en la víctima rotunda del accidente porque prácticamente la reconstruyeron, pero su seguro no cubría las operaciones plásticas, así que los golpes y las heridas se recogieron a la voluntad de un dios que por aquellas fechas padecía de somnolencias. Por supuesto, confiesa Isabel en su diálogo con fantasmas, que el relato conmueve y apela a la piedad por lo que permiten su entrada con carácter preferencial.

Lo que nunca pensó, pese a lo fecunda que era su imaginación, fue encontrar un amigo cálido y gentil bajo la sombra del mango. Lo vio tan negro que pensó: éste se ha vestido de susto. Recorrió con un dedo su cara, para comprobar que no se había teñido, pero al recorrer su brazo constató que el color no era falso sino legítimo. Me llamo, dijo él con una voz de seguro barítono sobre sus alcances, Tempestad. Ella estuvo en capacidad de convencerse que frente a la Isabel de incontables infortunios había sacado la carta que correspondía a su cuarto personaje, el rey de florecillas negras, el verdadero vengador de sus entuertos. Le ofreció una sopa de extrañas salsas y retazos de cerdo, que ella rehusó por el temor a unir a sus malos olores un incontrolable vómito de mangos mal digeridos, pero lo abrazó para que durmiera tranquilo después de tantos ajetresos porque lo supo evadido de una cárcel en que descontaba una condena a cadena perpetua por un asesinato premeditado para acabar con la vida de una hija mal habida que lloraba demasiado. En esa primera noche, a plena luz, Tempestad no se excedió en el gesto fraternal del abrazo ni agregó palabra alguna a su ritmo de ronquidos intermitentes. Ella lo despertó a la hora en que se oscurecía el crepúsculo y lo invitó a caminar hacia el Parismina, donde no se necesitaban documentos ni rendir cuentas sobre el pasado. El se sonrió con una hilera blanca que se asemejaba al teclado marfil de un piano negro. Fue gentil, la ayudó a levantarse y a recoger los motetes que había dejado desperdigados durante su cansancio. Además, le dijo que era una mujer muy bella, la más hermosa que conoció en su tortuosa y miserable vida. Empezaron a caminar y Tempestad se asombraba de la forma ágil en que ella se recobraba de sus constantes caídas sobre las piedras y los deslizamientos de las bajadas compuestas de guijarros resbaladizos que la llenaban de suciedad y de lástimas. El, más ágil y atlético siempre le ayudó a levantarse y llevar la carga de los motetes envueltos en una sábana casi negra de tierra y de huecos por

los que se iban deslizando los harapos que se convirtieron en la ropa usual de aquella señora, que se fue acercando a la fotografía de una mendiga.

Un amanecer, antes de acostarse, bien escondidos para no ser víctimas de un encuentro inesperado, él le contó que nunca conoció a su madre, quien lo abandonó en una banca de la iglesia con un papel en que se pedía al que lo hallara que le prestara la ayuda necesaria para que creciera alto y fuerte. No le hicieron caso al ruego, pero sí lo trasladaron a un orfelinato donde siempre tuvo como compañero el más absoluto abandono. Nunca lo adoptaron, ¿quién quiere a un niño negro, que carecía de gracia y desde muy pequeño era ya un mal encarado? Tan pronto dominó el caminar solo, sin la ayuda de nadie, se escapó para hacer de las calles un hogar libre, amplio y sin muchos problemas. Comió de lo que la gente botaba en los basureros y gracias a ello creció grande y fuerte, nunca se enfermó, a pesar de que era duro dormir a la intemperie en las noches lluviosas. Sin embargo el clima panameño era muy generoso: además de empapar sabe secar las ropas, aunque les deja un olor a humedad. Ahí en su gran hogar con parques, iglesias y mucho tránsito, aprendió a trabajar en lo que fuera: cuidar y lavar carros, hacer mandados, cargar bultos y ayudar con los sacos a los que parecían necesitar más que él. Se ganó así la simpatía de los desafortunados y la confianza de los comerciantes. Nunca robó, nunca se apoderó de lo ajeno, salvo lo que se había abandonado, seguro por considerarlo inservible. Así se hizo de ropa y zapatos viejos. ¡Cómo resuelven los pobres de manera fácil la demanda de las cosas que requieren!

Otro amanecer, ya en su refugio, Isabel le preguntó por qué opinaba que era bella cuando su cara espantaba a la gente por sus cicatrices que eran en cierta forma una historia muy personal de amor. Tempestad le contestó que sólo se golpea a quien se ama y se ama a lo que se sabe hermoso por dentro y por fuera. También a quien se desea retener por

miedo o porque su compañía es vital para desalojar a su propia soledad. Comentó que lo único que le disgustaba era su color pálido, pues le daba la sensación de que estaba enferma. En cambio si fuera negra como él, absolutamente oscura, no se notarían las heridas. ¿Cuándo ha visto usted a uno de mi piel que se le noten sus cicatrices? Mire mi brazo, aquí me entró una puñalada de alguien que me quería robar y no es fácil distinguir donde me atravesó porque lo oscuro tupe y borra cualquier huella. Observe que esta verruga se puede tocar y no ver.

Ese día se desvelaron tamaño rato, por lo que Tempestad prosiguió su historia: con el dinero que adquirió y le permitió alquilar un cuarto en la gran zona pobre de la ciudad, que para su desgracia compartió con una mujer de su misma raza, la que trajo una niña que lloraba de amanecer a amanecer. No había forma de calmarla, ni la comida le interesó ni los juguetes que le compraron, menos el levantarla y mecerla en los brazos. Desesperado, sin poder dormir varias noches, aquellos gritos de la niña realmente lo enloquecieron, por lo que decidió acabar con su vida. A la madre le importaba poco la chiquilla, la dejaba sin cambiar cuando se orinaba y el pequeño cuarto olía igual al excusado sucio de una cantina pobre. Una vez decidido a la ejecución, le planteó a la mujer la necesidad de que se fuera con su bebé a otro lado, pero ella le rogó que no lo hiciera, hasta lloró convulsivamente y le repitió que la niña le importaba un pepino, por lo que le ayudaría a eliminarla. Vio lo que él hacía a cierta distancia y cuando la víctima perdió para siempre su capacidad de llanto, salió del cuarto para denunciar el crimen sucedido. Lo detuvieron en la calle del mercado, de ahí fue a la cárcel y al tribunal que lo condenó a cadena perpetua.

Ya llevaban más de diez días caminando hacia la frontera, rumbo al norte creían ellos, por lo que se volvieron más prudentes, debían encontrar un paso no vigilado por las autoridades, pues ambos carecían de documentos, lo que los

convertía en dignos de cualquier sospecha, como ladrones, traficantes de drogas, trata de blancas o contrabandistas. Realmente su apariencia los delataba de malhechores. Ella pensó que se podía adelantar un poco para encontrar el camino, pues su figura de mendiga la convertía en alguien inocente, incapaz de cualquier infortunio porque su cara y su cuerpo ya enseñaban su clara miseria. Quedaron de reunirse de nuevo bajo un higuérón muy espeso, que deparaba un escondite para Tempestad mientras duraba su ausencia. A una semana de caminata, con sus pasos torpes, casi arrastrantes, encontró un pueblo olvidado de Dios, fronterizo, sin nombre, que servía de paraje y de residencia a un grupo de comerciantes ilegales que vendían todo tipo de baratijas. Isabel averiguó muy pronto que en el pueblo no había autoridades, pues era un lugar provisional que se trasladaría a un punto más seguro, donde no entraran soldados y policías, temerosos de las serpientes y de los climas hostiles con paludismo y otras enfermedades infecciosas. Regresó entonces en busca de su compañero, cansada y polvorienta le contó con alegría el hallazgo de ese refugio, justo al borde de la frontera.

Empezaron a caminar de acuerdo con la ruta que recordaba Isabel. Iban tan ilusionados que pronto encontraron las diez casuchas de aquel poblado que aparentaba estar vacío. Seguramente sus ocupantes se encuentran al otro lado haciendo sus negocios. Ella tuvo un mal presentimiento, algo le decía que las cosas no andaban bien y que corrían el peligro de ser capturados. Después de que le contó sus presagios, aconsejó que se escondieran para observar lo que realmente pasaba. Desde el lugar que escogieron, pudieron ver a dos soldados con armas desenfundadas y a unos seis policías que recogían afanosos las cajas abandonadas por los contrabandistas. Se mantuvieron escondidos y en silencio hasta que la oscuridad los cubrió. Entonces empezaron a caminar por el trillo que seguramente los llevaría al otro lado. Picados de moscos, con los pies llenos de barro y con la

incertidumbre de no saber hacia donde iban. El amanecer los encontró en una amplia pradera dedicada a la cría de ganado, por lo que no había árbol alguno en que reposar un poco, mientras descansaban. Sin otra alternativa siguieron avanzando entre los pastos, con la dificultad de que cuando eran muy altos no los dejaban ver por donde continuar. A lo lejos vieron un rancho del que salía humo, signo de que estaba habitado y tenía cocina de leña.

Al llegar a la puerta tuvieron miedo de tocar y pedir ayuda, pues durante su largo viaje no conocieron ni se trataron con personas extrañas, por lo que para su encuentro habían olvidado la gracia de comunicarse con desconocidos. Sin embargo como su caso era tan extremo decidieron pedir ayuda. Apareció así un vaquero que tenía en la mano un jarro de café. Le explicaron que estaban extraviados, muertos de hambre y cansancio. El hombre, un joven imberbe los invitó a pasar y aceptarle un poco de café y un pan bastante añejo. Pueden sentarse en la hamaca, es el único lugar seguro para evitar la mordedura de las víboras que abundan por aquí. Después del desayuno, les trajo una cubeta de agua para que se limpiaran. No le importó que Tempestad fuera tan negro, que Isabel fuera una colección de cicatrices. Los recibió como a unos necesitados de su ayuda, por lo que les aconsejó descansar mientras él recogería al ganado para que pastara en otro corte donde la hierba estaba más alta. Los dejó tranquilos y ellos no se atrevieron a romper el silencio del rancho solitario.

Regresó el muchacho con su caballo a galope para ofrecerles de comida plátanos maduros y tamales. A ella le trajo una blusa para disimular un tanto su aspecto miserable y al moreno un par de zapatos para aliviar sus pies lastimados. Le dieron las gracias en la forma más vehemente que conocían, pero él les dijo que no era nada, apenas una muestra de buena voluntad. ¡Qué muchacho tan sonriente y agradable!, pensó Isabel con la seguridad de que su destino

había cambiado, un rayo de buena suerte la estaba iluminando. Más tarde fueron juntos a la cascada para lavarse de tantas pesadillas y suciedades que dejaron atrás.

Les contó que la finca era de unos chinos, quienes vivían en el pueblo de Agua Buena, por supuesto ya en suelo costarricense. Por aquí les aconsejó tener mucho cuidado porque los malhechores sobran, sin embargo conmigo no corren peligro, nadie viene por acá, ni siquiera mis patrones, a los que sólo les interesa el ganado ya gordo que saco cada mes y las crías que han nacido entre los pastizales. ¿Usted es panameño, verdad?, preguntó a Tempestad y cuando éste iba a contestar Isabel se apresuró a responder que no, era de Limón y de origen jamaicano, sabe muy poco de vacas y toros, pero sí mucho del cultivo del banano. Una lluvia con su estruendosa rayería enfrió la tarde. ¿A dónde van ustedes? Cerca del Parismina, donde se nos adjudicó un lote para construir nuestra vivienda y como los demás pobladores nos organizaremos para pescar y mantenernos con lo que logremos sacar del río. La tormenta arreció y el aguacero también, por lo que fue imposible conversar porque ninguno escuchaba lo que el otro decía. La lluvia los fue arrullando hasta alcanzar un profundo sopor.

A la mañana siguiente el vaquero no estaba en el rancho ni en sus afueras, no había encendido la cocina de leña para preparar el café. Eso les extrañó mucho y los llenó de recelos. ¿Habría sospechado algo y se marchó para informar a la policía? Quienes huyen o van en busca de su destino, no pueden confiar en los demás. Alistaron sus pocas cosas y se pusieron de nuevo al camino. Debían evitar el paso por el pueblo, pues ahí podían volverse a encontrar con el muchacho acompañado ya con los guardias rurales. Al llegar a la última tranquera se encontraron con un cuerpo atravesado en el trillo. ¡Es el muchacho!, gritó Isabel mientras Tempestad se acercó a comprobarlo. Macheteado en la garganta y en la espalda, debió ser sorprendido al bajar del caballo para abrir

paso, los maleantes listos para cometer el crimen no le dieron tiempo ni para encomendarse a Dios. ¿Por qué y quiénes? Tempestad le comentó que en la frontera robaban ganado y tantas cosas más. Es muy posible que los criminales se llevaran un buen hato. Le cerraron los ojos con piedad y dolor. Después con ese sentimiento de culpa que acumulan los que han decidido vivir fuera de la normalidad, se decidieron a andar con rapidez, porque los podían acusar de aquel asesinato, a pesar de ser inocentes y ajenos a ese cruel acontecimiento.

Ya fuera de la finca tomaron una vía de lastre que los llevaría a algún lugar sin tantas sorpresas desagradables. Iban tristes y apesadumbrados por el trágico fin de la única persona buena que conocieron en su interminable jornada. Si en Panamá su estrategia de dormir de día y caminar de noche les había salido bien, por qué no probar la misma táctica en Costa Rica. Así lo hicieron, aunque las sendas eran peligrosas por ir y subir sobre hondonadas, angosturas al borde de los precipicios y de caudalosos ríos. Un resbalón, un descuido, un paso mal dado parecían representar fatales riesgos. Comían lo que les ofrecía la tierra: elotes crudos, naranjas, papayas, melones, sandías y hasta los brotes tiernos de las plantas en crecimiento. Espinados, con los tobillos tambaleantes, con las rodillas hinchadas y los ojos irritados de tratar de adivinar en la oscuridad y esa lluvia que les empapaba la espalda hasta el dolor de sus músculos, cada noche lograban un avance, aunque ignoraban si era grande o insignificante.

Una noche, en la vuelta de algún camino, se encontraron con dos focos que los encandilaron. Dos hombres, cuyas caras no podían ver, les preguntaron con agrias voces quiénes eran y qué hacían por esos rumbos. Ella, con la agilidad que siempre tuvo para contestar, aclaró que iban a la reunión de los políticos que aspiraban a ser diputados. Van con don Mario y don Enrique, pues abajo de esta cuesta hay un camión para transportar simpatizantes. Después de

agradecer la información se deslizaron por la pendiente como si fueran expertos patinadores y en el borde del puente un transportador de ganado montaba a la gente que proclamadora de las vivas, los ayudaron a encaramarse sin ningún cuestionamiento y así supieron que San Isidro de El General estaba de fiesta con la presencia de muchas personas importantes. Fue un viaje accidentado de brinco en brinco, tratados peor que los animales que tienen cuatro patas de apoyo, luego de unas horas lentas, llegaron a un salón muy iluminado, repleto de banderas partidaristas, con altoparlantes que invitaban a la reunión con un estribillo: son los mejores, con ellos no hay quien nos gane. Isabel y Tempestad se refugiaron en un lugar oscuro, para pasar inadvertidos y salirse de esos enredos en la primera oportunidad que se presentara. Cuando llegaron los candidatos y se armó el remolino alrededor de ellos, creyeron que era la hora de escaparse. A la vuelta de la esquina, alguien caritativo le dio a Isabel una limosna, que emplearon en la compra de un refresco natural que bebieron justamente la mitad cada uno.

Sentados en una banca de la plaza, ella le propuso seguir una estrategia diferente: separarse para avanzar, él se podía quedar trabajando en el mercado de San Isidro y cuando fuera ganando sus centavitos adquiriera el pasaje a Cartago. En esa ciudad algún trabajo surgiría para el tiquete a Limón. Ahí se encontrarían en el Parque Vargas, para seguir juntos hacia Parismina. Mientras tanto ella pediría ayuda de casa en casa, un poco de comida y una contribución económica, así ajustaría el fondo necesario para llegar al puerto. A Tempestad no le gustó mucho el plan, pues se había acostumbrado a dormir abrazados y hasta hacerle el amor suave y virilmente para despertar su placer, con la ambición de convertirla en adicta de sus caricias y secretos masajes de preparación, para demostrar por último sus habilidades sexuales. Creía haber tenido un éxito señalado en la forma de poseerla, pero Isabel era demasiado independiente y arisca.

Se separaron después de una discusión liviana, sin que alguno de ellos se enojara, ni siquiera alzara la voz.

Ella cojeando, con la ropa desgarrada y la cara hecha un escenario de caídas y accidentes, consiguió la piedad que quería. Su único problema se presentó con los competidores que la consideraron una invasora de sus dominios y un factor que disminuía las ayudas de sus contribuyentes. Sin embargo, ella servicial y precavida estuvo dispuesta a repartir cualquier exceso que recibiera. Más pronto de lo que pensaba contó con el dinero requerido para viajar hasta Limón. Entonces visitó el mercado para despedirse con un cálido abrazo de Tempestad, a quien tampoco le iba mal, pues pronto cundió su fama de incansable, trabajador que no ponía reparos a las tareas que se le encargaran por más sucias y poco gratas que fueran, tal como recoger basura de verduras podridas. Cuando completó el dinero se largó para Cartago, de ahí era fácil viajar hacia Limón, que imaginaba un puerto más acogedor por su población de color. En esa ciudad hizo de jardinero, de limpiador de ventanas, de mandadero rápido y eficiente, de peón en una huerta que se debía desyerbar cada semana, incluso de enterrador cuando se enfermó el panteonero. Aunque tenía ahorros suficientes para viajar al sitio de encuentro con Isabel, prefirió guardar el dinero y como un tren lleno de ímpetu tomó el rumbo de la línea ferroviaria. Fue conociendo pueblos pequeños y grandes, casas en zancos, gente que sabía vender al pregón, viejos somnolientos mecidos en hamacas, algunos que bailaban al salir de las cantinas y una niña muy hermosa con sus trenzas crespas y lazos rojos para asegurar el ritmo de las puntas. Cuando llegó a Siquirres, como le gustó el lugar tan plácido y colorido, pensó que sería saludable quedarse una semana, no sólo para descansar sino para hacerle falta a Isabel, quien impaciente lo estaría esperando en el Parque Vargas.

Pero Isabel era una maestra en el arte de la paciencia. Además, estaba bastante ocupada, pedía limosna a la salida

de la primera misa, luego se iba al mercado para que le regalaran verdura ya marchita y vivía con una morena ya muy vieja, a quien debía asear, peinar aquel enredo alborotado de pelo blanco, darle de comer y oír sus quejas de anciana solitaria, olvidada de parientes y amigos. Luego de almorzar la sentaba en la mecedora, para que tuviera un rato de pasatiempo con las personas que pasaban por la acera. Ya libre de tareas se iba a pasear por las playas, a veces tan inhóspitas y en otras ocasiones tan calmadas con el azul claro de la serenidad. Le fascinaba el olor de selva húmeda propia del Caribe y de Africa. Rara vez pensaba en Tempestad porque él sabía arreglárselas solo. De una manera muy manifiesta era autosuficiente. Asimismo cada vez afirmaba su convicción de que los hombres se conocen a fondo, íntimamente, para luego olvidarlos. ¿Cómo sería ahora Michel? Seguramente tendrá una cara abotagada de alcohol y de parrandas. Y, ¿el salvaje de Vicente? No creo que se haya civilizado, la cárcel no auxilia en esa enseñanza tan esencial para una normal conducta humana.

Tempestad hizo amigos con bastante facilidad. Como tipo sonriente y de imaginativa conversación, se convertía en cualquier bar o centro de baile en el hábil manejador del coro de voces. Una noche le presentaron a Estrella, una mulata muy bien hecha y con esa gracia que se pierde una vez ida la juventud. Le advirtieron que la Star era peligrosa, no sólo por sus mañas enloquecedoras, sino porque tenía un mantenido celoso, egoísta y agresivo. A más de uno le había hecho heridas de grave envergadura, pero la justicia no ha logrado capturarlo, pues los cargos no se formulan por temor a las represalias o se presenta una larga lista de testigos que lo vieron a esa misma hora en un lugar diferente al de los hechos o se interna en la montaña hasta que la policía dejaba de buscarlo. Nada picaba más al Rey, como decía llamarse ahora, que el reto del peligro para conseguir lo que deseaba. Star lo miró como si estuviera haciendo un inventario de sus

atributos: alto, corpulento, bien constituido físicamente, con una sonrisa que devela unos dientes muy blancos y parejos. Al oírlo contar sus combates con víboras gigantescas, la forma en que detuvo a un toro enfurecido, el salvamento de unos niños atrapados por el fuego y la lucha que vivió en una correntada para sacar a flote a una anciana que estaba a punto de ahogarse, Estrella pensó que aquel hombre era diferente a los demás, no contaba chistes colorados, no mencionaba a las mujeres que había disfrutado, no hablaba de su familia ni del pueblo. La deslumbró que sólo se refiriera a sus propias experiencias y a su lucha honesta para vencer los percances a que estuvo sometido. Deslumbrada por sus historias y por la forma vivaz en que las narraba, le guiñó un ojo, a lo que él contestó con una amplia sonrisa. Ya sabía que únicamente faltaba que le dijera cuándo y dónde se podrían encontrar a solas.

Un chino, entrado en años, con poco pelo y unas uñas demasiado largas para su gusto, dueño de un próspero almacén de abastos, empezó a interesarse por Isabel, pues le recordaba a una abuela que se había esforzado para que sus progenitores tuvieran un mejor porvenir. La pobre fue víctima de una guerra fratricida y cruel de la que gracias a Buda salió viva pero cojeando y poblada de cicatrices. Empezó por regalarle alimentos frescos y sanos, también algún dinero para que se diera sus gustos y comprara ropa. La vieja Rosy, su compañera, le aconsejaba que se aprovechara, pues no siempre se tiene la suerte de toparse con un hombre bueno. Ella, no muy convencida de que fuera un atinado consejo, fue aceptando atenciones, regalos y billetes. Así las dos mujeres comieron bien, sustituyeron sus andrajos por vestidos nuevos, compraron zapatos cómodos y hasta adquirieron un radio, pues a Rosy le encantaba oír música afrocaribeña la que seguía al compás de un movimiento de hombros, bastante alborotado, pero rítmico. Una noche el chino, llamado Mao Chang, pasó por ella para llevarla a comer. No la invitó a un

restaurante oriental, sino a uno italiano porque no quería que su familia se diera cuenta de sus andanzas temporales. Respeto mucho a mi esposa y a mis hijos, quienes sin regateo alguno le ofrecían su trabajo gratuito y toda clase de sacrificios. Por eso estaba obligado a no desmoralizarlos, menos a desanimarlos. Isabel sintió ganas de mandarlo al diablo porque además de lascivo le parecía un siniestro explotador y un soberano hipócrita, pero no dijo nada porque tan pronto llegara Tempestad se largaría a las orillas del Parismina, aunque una enconada sospecha le iba advirtiendo que no se verían más. Se dejó acariciar por aquellas manos con tan desagradables uñas largas. Los chinos son gente rara, dan tanto y piden muy poco. A lo mejor están acomplejados por el tono de su piel. El amarillo no es un color que dé prestigio, tiene un matiz decadente, símbolo de lo viejo.

Star y Rey perdieron la prudencia, su pasión fue creciendo conforme se conocían más y más, era entonces natural que se acoplaran en jornadas experimentales y en otras rutinarias. Aprendieron juntos juegos en que se sentían delirantes y casi al borde de la locura. El mantenido se enteró de esos excesos que lo sacaron de quicio, por lo que casi ciego de ira y de celos empezó a afilar su machete con la constancia con que las aguas dejan brillantes las lajas. Ya lista el arma envió un recado a Estrella: no se preocupe mi amor, estaré en la montaña una semana más. Practicó su agilidad y su acierto con bejucos y lagartijas, a las que se complacía en dejar sin cola. Cuando se sintió diestro y seguro de sí mismo, empezó a bajar del monte. Llegó a Siquirres a las once de la noche, las calles estaban desiertas, pues los despiertos a esas horas se congregaban en las cantinas en procura de emborracharse para olvidar el calor y las trifulcas, los demás estaban en los bailongos probando si su pareja aceptaría revolcarse antes del amanecer. Nadie lo vio, ninguno lo notó a pesar de que varios perros ladraron a su paso. Cuando llegó a la entrada de su ya examante desenvainó el machete, se

encomendó a Satanás para que no le faltara la buena suerte y a tientas, envuelto en un mortal silencio, de una patada abrió la puerta. Los encontró como lo había pensado, ambos en la cama, completamente desnudos entre ropas revolcadas, ella sobre aquel negro cabrón, haciéndole las cochinas que acostumbraba. Gritó como si fuera un animal vengador y orientó el machete hacia los cuerpos. A ella le tajó los riñones y al Rey lo hirió en el abdomen, pero ágil y fuerte se quitó a la mujer de encima y sin nada entre las manos se defendió como pudo, pero cada vez que se acercaba recibía más heridas. Sin darse por derrotado de un brinco derribó a su enemigo y ambos en el piso empezaron la danza de la muerte. Tempestad se valió de una faja caída en el suelo con la que envolvió el cuello del atacante hasta dejarlo sin resuello y sin vida. Casi moribundo sintió un gran placer al apoderarse del arma y con ella rajarle la cara, abrirle las yugulares y a manera de lápida clavarle el machete en medio de su estómago.

Rosy, mientras esperaba el desayuno que oía preparar a Isabel, puso el radio para enterarse de las noticias y quedó horrorizada con el crimen pasional ocurrido en Siquirres. Tan pronto apareció su amiga y compañera le contó los detalles que recordaba. ¡Qué locura!, dijo la vieja, porque en este mundo las mujeres sobran y los hombres andan detrás de ellas como las moscas en busca de la miel, una vez saciados se marchan sin consideración alguna. No hay razón para matarse por cosas tan normales y de la vida cotidiana. Se extrañó de ver a Isabel llorando, ¿en qué podía afectarla esa tragedia? No creo que se trate de parientes, pues esta tipa es fea por su palidez y por su color casi lechoso, en cambio la noticia señaló que de los tres muertos uno era orgullosamente negro y los otros dos pendejos mulatos. Isabel fue al puesto de periódicos y compró el más sensacionalista con las fotos de los cadáveres, para confirmar que Tempestad había caído en la trampa de los líos amorosos. Le dolió muy hondo

haberlo perdido, ya que fue bueno, dulce y un sustantivo apoyo en su peregrinaje. Fue un error dejarlo solo en San Isidro, pero los sucesos están predestinados y son irreversibles. Llegó a la venta de tiquetes para tomar la lancha que le permitiría cruzar los canales de Tortuguero y pasó por el almacén del chino, para dejarle el clásico papel: "si alguna vez me necesita, me encontrará más allá del Parismina". Cuando regresó donde Rosy le explicó la razón de su viaje y le prometió que una vez instalada a la orilla del río la llevaría a vivir nuevamente con ella. La vieja lloró en silencio.

En el río Moín abordó la lancha, invadida por una sensación de libertad y de alegría. Le encantó ver las tortugas, los lagartos, las garzas, las loras, la más variada cantidad de pájaros, monos, así como el brincoteo de diferentes peces. Isabel se bajó en Parismina, un pueblo pequeño a la orilla del río, con escasas viviendas techadas con grandes hojas de palmera. No se quedó en el caserío, caminó más allá siempre en busca de un lugar libre que le permitiera construir un rancho de dos pisos, desde donde disfrutara de la musicalidad de las aguas y se sintiera camino al mar. Ya en el sitio que consideró ideal, dejó sus motetes y buscó para dormir un lugar protegido entre las piedras.

Esa noche, cansada de tanta emoción, se durmió profundamente y durante muchas horas la acompañaron muy buenos sueños.

## Tercera parte

**M**iguel, después de muchas gestiones y ruegos, logró una plaza en la escuela de Parismina. En ese entonces su fama era nefasta, pues para algunos resultaba un loco disfrazado de más loco de la cuenta, otros lo consideraron como un maniático sexual por los escándalos que provocaba en los prostíbulos y en las calles cuando le daba por toquetear a viejas, jóvenes y niñas. Muchos apuntaban que la causa de sus desórdenes se debía a su alcoholismo, sólo así se puede explicar que haya perdido el control de sus esfínteres urinarios y anales. El, en repetidas ocasiones, se proclamaba víctima de una mujer que idealizó y tuvo que convencerse de su poca valía, una asquerosa tal por cual. Pero el tipo no era tan indeseable, si bien no se baña ni se arregla. Eso es cosa de él, y si apagaba los cigarrillos en las bolsas de los pantalones era cuestión de su propio deseo autodestructivo, un asunto que no admite discusión porque cada cual decide su destino como le da la gana. En todo caso no había alternativa, quién otro podría aceptar una plaza tan poco apetitosa como la escuela de Parismina, tan alejada de la civilización y tan cerca de la barbarie. A nadie le interesa un puesto lejano y hostil, adonde sólo llegan las putas el día de pago. Es un hombre que lee y al que le gusta meditar sobre la vida y la muerte. No sea idiota, no se debe idealizar a quien no lo merece y Miguel es un simple comemierda.

Le gustó el pueblo y el río que lo encerraba en un espejo de agua que reflejaba su pobreza y su lento crecer. Sin proponérselo conoció a Marcela, una joven muchacha que deseaba tener una experiencia de amor que no la amargara, o sea que no le diera un hijo. Le pareció un anciano juvenil, que si bien hablaba demasiado y tomaba en exceso, además de andar tras las putas, tenía algo inofensivo y angelical detrás de sus ojos nublados y de ese aliento añejo que despedía su ropa. Con aquel calor tan húmedo no se separaba de su camisa blanca, de su corbata deshilachada y de su saco raído. Seguramente creía que para ser profesor debía utilizar una especie de uniforme, aunque estuviera tan deteriorado como él mismo. Tal vez la piedad produce una pasión diferente a las demás, es un apego a lo irremediable que se quiere componer en otra forma para que resulte aceptable y hasta digno de quererse. Era una realidad que el pobre maestro había tenido mala suerte, a la gente del pueblo no le gustó su apariencia menos su reputación de pervertido y su caminar por aquellos pantanos del pueblo como si estuviera en la avenida más prestigiosa del país. Definitivamente no lo aceptaban, pues en esos momentos preparaban escritos en que pedían su traslado.

Marcela, pese a los regañadientes de sus padres y parientes, se hizo cargo del aseo de su cuarto y de su ropa, lo levantaba temprano para que atendiera sus deberes y administró su salario, que llegó cuatro meses después de su nombramiento, época de penurias en que ella lo ayudó como pudo y pudo tanto que hasta le daba para el alcohol que él necesitaba para dormirse y despertar. El, a veces, en los momentos de delirio sexual, la llamaba chiquita linda, mi Isabelita, pero nunca le preocupó ese nombre, seguramente una reminiscencia de su pasado, tan oscuro y brioso como su mirada siempre lejana, como si estuviera en otro mundo, en otro tiempo. Marcela no había conocido a otra Isabel que aquélla venida de aguas extrañas, coja y casi

impedida que se proponía construir un rancho en las orillas del río. Tenía una mirada de profeta, una devoción que la devoraba como si padeciera de cáncer, un espíritu muy difícil de doblegar y una vocación de misionera, pero no presentía que fuera una mujer con un pasado tumultuoso, ni tuviera relación alguna con Miguel, quien a pesar de sus debilidades estaba hecho de letras y de aulas.

La pareja se llevaba más o menos bien, él sabía agradecerle sus atenciones y sacrificios, cuando tenía dinero lo compartía con ella y en algunas ocasiones, en que le faltaba voluntad para vencer sus rachas de rabia y enojo, ni siquiera se sentía capaz de regresar a su casa. Se acostumbró a dormir en las plazas, bajo los almendros, en las gradas de la capilla y en las orillas del río. Marcela se levantaba casi al amanecer para recogerlo y cuidarlo, sobre todo para disimularle sus moretones y hasta ahorró algún dinero para comprarle unos anteojos negros que ocultaran sus heridas en los párpados. Sin estar absolutamente enamorada de él, siempre le produjo una enorme lástima observar la forma en que se destruía y deseaba adelantar su muerte. Nunca le preguntó por su pasado, creía que las personas que se asentaban en el norte venían en procura de una nueva vida, de un empezar otra vez, pues a pesar de las inclemencias del tiempo, de la lluvia torrencial y del desafío que significa el aislamiento, el calor y la humedad, ambicionaban una casa propia y un campo para sembrar. Esa era la historia de su familia, la que en un momento determinó buscar un lugar libre que les permitiera vivir y mantenerse con la dignidad de los que trabajan para sí mismos, ponen todo su empeño en ello y no escatiman esfuerzo alguno. Su padre ya tenía una granja de porcinos y no le iba mal, pues las ganancias le facilitaban el ir pasando con humildad y en forma independiente. Se habían librado del lenguaje altanero de los capataces y de los patronos, no dependían de los aumentos vergonzosos que sobre los salarios mínimos ofrecían los gobiernos.

Cuando Marcela habló de esta experiencia familiar con Miguel, nunca afirmó que fueran felices pero sí dueños de sus propios destinos. El respondió con su acostumbrado silencio, con lo que manifestaba con claridad su absoluta indiferencia al tema, aunque a veces murmuraba ésas son puras ilusiones de los desposeídos, porque aquí no vale nada si no hay de por medio un título de propiedad, llega la policía y sin consideración alguna, salvo la de sus armas levantadas y listas a disparar destruyen ranchos y granjas. Ella, preocupada por ese comentario, le preguntó a su padre cuál sería su futuro si aquella propiedad que creían suya se la quitaban las autoridades, a lo que le contestó que eso era remoto, que conforme pasara el tiempo iban afianzando sus derechos y que, además, estaban dispuestos a dar su vida por su tierra. También le aconsejó dejar a ese maestrillo de mierda, un cabrón cualquiera quien sin cansarse de hacer escándalos se había convertido en un predicador de desgracias.

Los días de pago llegaban las lanchas llenas de putas, algunas de ellas seguían a Tortuguero, porque se debe distribuir bien el negocio. Miguel acostumbraba ir a verlas por si alguna le apetecía más que otra. Al muelle lo seguía Marcela segura de que su papel en esta historia era el del chivo expiatorio. Una tarde con su paso vacilante, a punto de caer, sostenido en las paredes y a veces sobre el brazo de ella, pasó muy cerca Isabel la coja, y ni siquiera se miraron con curiosidad alguna de reconocimiento. Entonces esa mujer no era la mencionada en sus delirios sexuales, ni parte de su pasado, ni la pareja de su primer y único matrimonio, ni de ese papel que le dejó como despedida en que advertía que si algún día la necesitaba, la buscara más allá del Parismina. Luego acompañaba a Miguel para dormir siquiera un rato tranquila, después de pensar que doña Isabel era efectivamente misionera, pues de seguro aspiraba convencer a las mujeres de vida alegre que debían rectificar su camino para orientar los pasos por la ley divina. Pero la cojita sólo iba a recoger unas

cartas que estaba esperando: una del chino con dinero, otra de Rosy para saber como le iba, alguna de Miguel para enterarse por donde caminaba, por supuesto una de Tempestad desde el otro mundo y la última de Vicente para conocer que le ha pasado después de salir de la cárcel.

Luego de sacarlo del prostíbulo, Marcela lo llevó a la casa y ya a medio dormirse le preguntó, sin curiosidad en lo que había pasado y vivido, si había vuelto a ver a Isabel, a lo que él contestó que hoy al atardecer en el muelle y que era lamentablemente la ruina de una mujer que fue muy interesante por su rebeldía y su belleza. Así fue como ella se despertó con la decisión de conocer más de cerca a esa persona. Empezó como en todo trato humano por ofrecerle algunas ventajas, para ganar su confianza y enseñarle su espíritu de solidaria amistad. Muy pronto se presentó la ocasión para ello, la vio caminar por el pueblo con pesadas bolsas, seguramente de comestibles y de materiales de construcción, pues no era ajena al hecho de que estaba terminando un rancho muy cerca del cauce caprichoso del río. Se acercó a ella con cortesía y le rogó que la dejara ayudarla, pero Isabel era esquiva y orgullosa, además se sentía autosuficiente, a pesar de sus limitaciones. Gracias, muchas gracias, pero puedo sola con mis obligaciones. Se sonrió con esa claridad que sólo poseen los que están seguros de su destino.

No se dio por vencida, inició caminatas por la ribera del Parismina, hasta que logró descubrir el rancho, que le pareció alto y esbelto con esa gracia que ponen las mujeres al hacer las cosas. Con la vergüenza que producen las labores de entrometimiento, descubrió que Isabel tenía una amiga, nada menos que Jessie Brown, aquella linda y perezosa compañera de escuela, quien al terminar el curso que no aprobó movía sus caderas a un ritmo de danza africana. Siempre le tuvo una viva simpatía, por su sinceridad y desparpajo. También le gustaba la familia Brown, ya que casi no venían al pueblo ni participaban en sus fiestas. Limpios,

trabajadores, nunca pedían favores pero los prestaban cuando era necesario. Salvo en el caso de Jessie, los demás parientes acostumbraron no gastarse en palabras, ni dar ni pedir explicaciones, porque les resultaba perder el tiempo en cosas inútiles. Religiosos, de creencias animistas, se sentían muy complacidos de vivir en medio de una naturaleza vigorosa, un tanto desordenada, tal vez a ratos caótica, obra inagotable de la voluntad creativa de las fuerzas divinas, como la tierra, la lluvia, las semillas, el río y más allá el mar. Jessie se hizo amiga muy pronto de Isabel y la empezó a ayudar con la construcción en que había empeñado su voluntad. Como no era muy experta en el montaje de una vivienda, pidió auxilio a los suyos, los que muy pronto colocaron los horcones, mientras las mujeres recogían hojas de las palmeras que servirían de techo. Cuando la luz se esfumaba al intensificarse el atardecer, se sentaban en la planta de abajo, Isabel empezó a relatarles cuentos. Los Brown la oían con poco interés y no aportaban credibilidad a las historias. Jessie creyó que era bueno estimularla y entonces contó los recuerdos de costumbres, ritos, descripciones, creencias y mitos que había oído en el curso de su vida. A veces su padre la interrumpía para agregar un detalle y cubrir un olvido. El resto de los parientes comenzaron a seguir su ejemplo por lo que las sagas se fueron convirtiendo en creaciones colectivas.

Marcela logró comunicarse con Jessie y al final de una larga conversación le confesó que deseaba establecer amistad con Isabel, pues tenía una gran admiración por esa mujer valiente y luchadora. Le dijo que llegara por el lugar y ya verían que pasaba. Por esos días las relaciones con Miguel se habían hecho difíciles y duras. Su carácter se puso malhumorado y caía en tandas interminables de borracheras, no iba a la escuela, no atendía a los padres quejosos de sus irresponsables ausencias, no le importaba salir con su ropa sucia y rota, hacía sus necesidades donde le daba la gana, gritaba palabras obscenas y la gente del pueblo verdaderamente

cansada de su escandaloso comportamiento, terminó el escrito con la lista de sus faltas, nombró una comisión para que lo entregara directamente en el Ministerio de Educación, pero pasaron días y semanas sin respuesta. Cuando las personas de Parismina comprendieron que las autoridades menospreciaban sus verdades, decidieron hacerse cargo de sus asuntos porque era el único camino de resolverlos.

A esas alturas de los sucesos, Isabel ya tenía sembrado un papayal, varios árboles de mango ya en cosecha, un plantío de cítricos, combinado con caimitos y guayabas, así como una pequeña huerta para los condimentos esenciales en las ensaladas. Aprendió a comer los bananos que crecían espontáneamente, hasta con sal. A ruego de Jessie, quien seguía insistiendo en la visita, le dijo que la invitara para el sábado. El día llegó como llegan las fechas señaladas y puntual Marcela se presentó vestida de rosado inocente. Gracias por invitarme, ahora estoy muy sola, he dejado a Miguel, su conducta se ha hecho insoportable. Volví a la casa de mis padres. La historia le pareció muy conocida a Isabel, quien había reconocido a Miguel al toparlo en el muelle, y sólo pensó en que miseria humana se convirtió aquel muchacho que conoció desde la infancia y tal vez llegó a amar en su juventud. Marcela siguió informando sobre lo que acontecía en el pueblo y detalló el movimiento que se había desatado contra el maestro. Además contó que un hombre moreno, todo de blanco hasta los zapatos, con acento panameño y una valija de agente viajero, llegó al muelle preguntando por una tal Isabel que lo estaba esperando en un lugar más allá del Parismina. Casi vio la escena, Vicente en el centro, con sus ojos concentrados en otear los alrededores, la cercanía y la distancia del río. Comentó que parecía un hombre simpático, cortés y galante, ojalá se quedara en el pueblo. No recibió respuesta ni reacción alguna, la huésped y su amiga permanecieron inmutables, por lo que el curso de la plática tomó otro rumbo: el de los cultivos, los ruidos de la noche, la hora

en que se levantaban los pájaros y la musicalidad apaciguante de las aguas ya fuera en verano o en invierno. Adelantada la tarde, cuando las tres esperaban la despedida, Marcela se atrevió a preguntar a la anfitriona cuál era el origen de sus cicatrices y mutilaciones, a lo que respondió con calma y prudencia Isabel que las historias de las vidas a veces se enseñaban en el cuerpo y en otras ocasiones se escondían internamente para llenar a las personas de mezquindades y profundos resentimientos. Esta contestación dolió a la invitada, quien en silencio admitió que la merecía y que para siempre quedaba excluida de ese círculo que escogió la senda de la soledad y del silencio. El regreso se le hizo lento y pesado, por lo que al entrar al poblado decidió tomarse unas cervezas en la primer cantina que encontrara, por supuesto ahí estaba el panameño, el que se le acercó para acompañarla.

Antes de irse a su rancho, Jessie le pidió disculpas a Isabel por el mal rato pasado, realmente no tenía ni idea de que Marcela fuera tan chismosa y aficionada a conocer detalles privados de temas que no le importaban. Isabel la consoló afirmando que lo sucedido no tenía la mínima significación pues ella estaba acostumbrada a ese tipo de curiosidades. Su cara, su cuerpo y sus actitudes no correspondían a las que se consideraban normales, ella era consciente de eso. Como se sentía un poco amenazada de habladorías y de incompreensión, la invitó a pasar la noche con ella, siempre que avisara a sus padres de su decisión. Ya sola pensó en dos cosas: qué le pasaría a Miguel con su desafío constante a las disposiciones populares y su menosprecio a la aceptación de las más elementales normas de convivencia social, y cuáles serían las andanzas de Vicente al terminar su condena penal. Ella no sabía ni podía saber que fue un reo ejemplar, que se mostraba arrepentido de sus faltas y delitos, que se volvió servicial y cooperador, que no daba queja alguna por su comportamiento y actitudes, así es que se hizo digno del indulto, pero no pudo librarse de aquel mote de cara de barranco que lo

perseguía en las calles de David y en los alrededores de Paso Canoas. Decidió entonces dejar su país y venirse a Costa Rica, para buscar en la primera oportunidad aquella hija de puta de Isabel, causa de todos sus males o de algunas de sus felicidades, quien lo había convocado más allá del Parismina. Pasó muchas trifulcas, variadas dificultades, penurias, pero empeñó su voluntad en salir adelante. Robó, no pagó cuentas pendientes, hizo compromisos que no cumplió, pero con zalamerías y promesas de cambiar, logró ahorrar lo suficiente para una camisa y un pantalón blancos, no le alcanzó para los zapatos, que le dieron seguridad en un mejor porvenir. Participó, siempre sonriente y haciendo gala de su buen humor, en los negocios sucios que le propusieron, algunos bastante bajos como el asalto de ancianos, pero al final decidió honrarse y vivir como un hombre tranquilo y noble, o sea aspirar a un trabajo honesto y normal como el que ofrecen los anuncios publicitarios. Se matriculó en la presentación de las solicitudes de empleo que aparecían en los periódicos y así logró el más difícil, increíble y milagroso, el de vender de Limón hacia el norte, una línea de mariscos envasados, precisamente los que abundaban al natural en la zona: langostas, cangrejos, camarones, caracoles, almejas y pescado ahumado como el mero, la corvina y la macarena. Claro no era una labor lucrativa pero le ofrecía la oportunidad de buscar libre, inocentemente y sin despertar sospechas a esa mujer de sus pesares.

Jessie le preguntó a Isabel si a veces no se sentía demasiado sola y le contestó que sí, por eso le escribió a Rosy, una viejecita encantadora con quien vivió en el puerto, que se viera con ella ahora que tenía casa y podía mantenerla, lamentablemente le respondió que ya era una catástrofe de años y no quería moverse para enterrarse con tranquilidad. Un tanto desagradecida, no, más bien un mucho sabia.

A vista y paciencia de los que asistían a la cantina, Miguel se abrió la bragueta y empezó a masturbarse. Los que miraron el acto se indignaron y empezaron a gritar: saquen

a ese cochino. Vicente se levantó con la agilidad de un venado entre los riscos y le pegó un puñetazo que lo hizo rodar por el suelo, sin atender las súplicas de Marcela de no le haga daño, es un pobre loco. Luego la calmó y se la llevó a otro bar donde cambiaron de bebida, ya no cerveza sino ron con coca cola. ¿Por qué a ese indecente vulgar usted lo ve como a un desquiciado? Porque el río enloquece con sus correrías, va con todas las fuerzas a entregarse al mar para desvanecerse en sus brazos que no acarician sino que golpean, que no saben amar sino que odian, que no comprenden porque se creen dueños dominantes de sus propias corrientes y tempestades, porque no dan lumbre pero sí ofrecen el peligro de la muerte sobre el naufragio. Usted habla como Isabel, ahora sé que la conoce y sabe dónde está. Dígame. Después, ya ella tambaleante y muy torpe al tratar de expresar algo, él se la llevó a su precario cuarto de su más precario hospedaje. Ahora va a saber lo que es un hombre verdadero, un hombre cuerdo y sano, uno que no escatima caricias y miembro. Ella se quejó, aquel cuerpo la estaba ahogando.

Reunidos en la escuela casi el pueblo entero, por lo menos los que estaban despiertos, decidieron nombrar una comisión de cinco. Se escogieron a los más fuertes y callados, éstos que no hablan de más ni cuando tienen unos tragos encima, pues nadie debe saber que pasó esta noche y como se rematará el asunto. La forma y el modo queda en manos de ustedes.

Le confesó Jessie que le gustaban sus cicatrices, mientras con un dedo sudoroso recorría una a una, la del ojo izquierdo, la del derecho, la que dividía en dos la nariz, la cercana a la oreja, la que le alargaba la boca, la que le arrugaba involuntariamente la frente y la que le partió el mentón.

Dígame: en donde está, que le voy a dar su merecido, mientras trataba de asfixiarla con ambas manos, ya casi desfallecida pero consciente Marcela decidió darle una dirección falsa, donde el río jugando a mar contra las rocas, entre altas

y puntiagudas piedras, enredaba las piernas y hacía perder el equilibrio para que las aguas arremolinadas se embriagaran de espíritus vengativos. Al cerrar la puerta Vicente no notó que dejó a Marcela sobre la cama con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, fijos en un techo que ya no podía mirar.

A pesar del sopor en que había caído Miguel, tuvo fuerzas instintivas para inclinarse hacia un costado y vomitar. Luego se volvió a dormir profundamente, pero no tanto para dejar de sentir que le amarraron los pies y le ataron las manos. Después en alguna forma percibió que lo arrastraban hacia la orilla. ¿Estaría soñando? Puede ser que sí porque muchas veces soñó que era una serpiente que se deslizaba en busca de un escondite que le asegurara que nadie sería capaz de encontrarlo, donde podría hacer lo que le viniera en gana, quizás dormir en una densa oscuridad que le garantizara que nunca más hallaría la luz. ¿Una forma fácil de morir? Tal vez.

Le propuso a Isabel que con masajes acariciantes y con la ayuda de la savia que despedían las plantas de sábila cuando se cortan, podría ir curando poco a poco sus invalideces. No hay ningún remedio mejor que el cariño. Empezó a masajear el brazo izquierdo encogido, con una delicada dulzura que alivió los dolores de los intentos de estirarlo, por lo que Jessie no se dio cuenta de sus lágrimas ni de sus quejas ahogadas. En ese momento la lluvia intensificó su vértigo de empapar la tierra y engrosar el caudal del Parismina. El viento, totalmente desatado, derribaba las plantas de banana y de papaya, y los frutos del cacao caían al suelo, aún los verdes, como si los más hábiles recolectores estuvieran contabilizando el regreso a la tierra de sus más preciados productos. Ellas no oían nada, envueltas en sus susurros y en los propósitos de fundirse.

¿Dónde diablos están esas piedras?, se preguntaba Vicente una y otra vez, mientras se resbalaba y hundía con

tanta frecuencia que se sintió harto de beber agua por los ojos, la nariz y la boca. De nada le servían las manos que se resbalaban sobre los bordes de las rocas, ni sus pies que no encontraban apoyo enredados en los remolinos traicioneros de las aguas, la tenacidad disciplinada del aguacero no le permitía ver por donde había entrado a la trampa y como podía salir de ella, cada vez con menos fuerza, más cansado y carente de esperanza.

Los cinco hombres, a quienes la lluvia impedía el paso y el viento agitaba sus ropas empapadas, tuvieron el presentimiento que sería noche de inundaciones y de riesgos por lo que debían regresar a sus ranchos y poner a salvo a sus familiares, pero no lo hicieron porque tenían una obligación que cumplir. Además siempre creyeron que las cosas a medio hacer, permanentemente quedan mal hechas. Le colocaron a Miguel los sacos de piedra en el abdomen y dejaron su cuerpo al arbitrio del tempestuoso río. Mañana bucearían para liberar a Miguel de amarras y pesos. Luego, ayudándose unos a otros salieron casi corriendo de las aguas revolucionadas, para ver qué había pasado en el pueblo y en sus hogares.

Las aguas ya habían invadido la planta inferior del rancho y se entretenían en socavar los cimientos, así como las bases de los horcones. Un zapatazo insolente del viento rompió la puerta, pero ellas no le dieron importancia, pues Jessie estaba muy ocupada en aliviar el pie torcido de la pierna derecha de Isabel, ya no con las manos sino con los labios.

En la presente novela hay dos elementos fundamentales y profundamente entrelazados. El primero consiste en los modos en que se percibe a Isabel, el personaje protagónico; el segundo es esa especie de utopía más allá del Parismina que da nombre a la obra.

En el mundo de la realidad de los seres humanos, no existe esa mujer que Miguel anda buscando. Isabel es siempre un ideal que se persigue en vano ...

... Isabel va hacia utopía, o para ser más precisa, hacia una de sus formas, a la que las feministas han llamado “ginecotopías”: lugares –ficciones literarias– donde las mujeres pueden gozar de todo lo que la sociedad patriarcal les ha venido arrebatando por siglos. [...] Más allá del Parismina se configura como un espacio femenino, una ginecotopía.

*Yadira Calvo*

# Más allá del Parismina

Carmen Naranjo

Colección **Sulayom 1**  
Druk Editores



9789977952123